

DM

EN EL  
CORAZÓN  
DEL MARCO

DYLAN MARTINS

DYLAN MARTINS

EN EL  
CORAZÓN  
DEL NARCO

DM

En el corazón del Narco

©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins

1ªEdición: Noviembre, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

# Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capitulo 33](#)

[Capitulo 34](#)

# CAPÍTULO 1

## Cruzando al otro continente

Todo preparado, maletas cerradas, pasaporte en mano y directa para ir a buscar a mi madre por nuestro pequeño hotel, un lugar muy frecuentado todo el año por turistas, un lugar con mucha magia y encanto, ese que ella gestionaba en nuestro pueblo, Vejer de la Frontera, donde residíamos junto a mi hermano Tino. Todos vivíamos de ello, pero ahora me tocaba irme de vacaciones, llevaba soñando mucho tiempo con perderme por Marruecos, sola, descubrir ese país que teníamos frente a esta costa de España.

- Mamá, ya me voy –dije soltando la maleta y abrazándola –, no vale reprimendas, no te preocupes que sé cuidarme sola –puse mis dos manos sobre su cara y le di un profundo beso en su frente.
- Hija, ya no te puedo prohibir nada, pero cuídate mucho y no te metas en sitios que puedan ser peligrosos –hablaba con su rostro de preocupación, por ella me dejaba en Vejer, donde me pudiera controlar.
- Tengo treinta y cinco años, sé cuidarme solita –protesté.
- Ariadna, hija, ten mucho cuidado.
- Te lo prometo –volví a abrazarla antes de salir hacia fuera donde me esperaba el taxi para llevarme al puerto de Tarifa.
- Hermana –escuché a Tino a lo lejos –. No te pensarías ir sin antes despedirte, ¿no? –me guiñó un ojo y nos fundimos en un abrazo.
- Mira que sois peliculeros, me voy de vacaciones, no a la guerra –

bromeé.

- Ya podrías haber escogido un resort en el Caribe –protestó mi hermano, en el fondo le daba mucho miedo saber que me iba a un lugar tan desconocido como era Marruecos, al menos para nosotros.
- Bueno, no era lo que me apetecía, busco otro tipo de experiencia – agarré mi maleta mientras negaba con la cabeza y ahí los dejé mientras iba hacia el taxi –. Prometo escribiros mensajes y mandaros fotos –dije antes de meterme en el sillón de atrás.

Me alejé viendo la cara de preocupación de mi madre y el rostro de resignación de mi hermano, con una sonrisa en la cara y negando por saber que yo era así, no había nada que me frenara en mis decisiones.

El camino hacia Tarifa duró cincuenta minutos, el taxista era muy amable, lo conocía del pueblo y comenzó a comentarme mil aventuras de las tres veces que estuvo en ese país, aunque yo llevaba ya muy estudiado todo, me había dedicado el último año a empaparme de información y documentarme bien sobre ese lugar.

Pasé el control policial español y me metí en el Ferry, ya se percibía la mezcla de la cultura marroquí y la occidental, muchos mochileros como yo cruzando el estrecho, para adentrarse en otra vida muy diferente a la nuestra.

Me llamaba mucho la atención la gente de Marruecos, muchas de ellas con su velo y chilaba, chicas con velo de colores llamativos pero vestidas de forma occidental y otras sin nada que ver con aquella cultura, ya más europeas, sin tradición en sus vestuarios, ni nada que le hagan sentir ancladas a esas tradiciones.

Me fumé un cigarro mirando al mar, mientras navegábamos en ese ferry ligero que no tardaría más de una hora en atracar en el puerto principal de Tánger.

Se me pasó toda mi vida por la cabeza, me acordé de mi exnovio, Julio, ese que me dejó para irse con una chica que había conocido en la despedida de

solteros de nuestro amigo Pepe, después de diez años de relación y un futuro soñado y preparado que se encargó de tirar por la borda por un calentón de una noche.

Hacía ya un año de nuestra ruptura, ya había pasado lo peor, Julio ya no seguía con esa chica, intentó volver conmigo varias veces, pero yo no pensaba perdonarle aquella traición.

Ahora necesitaba ser libre, encontrarme a mí misma y no veía mejor manera que este viaje que, sin saberlo, me cambiaría la vida para siempre.



## CAPÍTULO 2

Tánger frente a mí

¿Cómo describir tantas sensaciones?

Tenía frente a mí Tánger, el ferry estaba atracando y yo me encontraba en el exterior del barco, observando aquello que era tan nuevo para mí.

A la derecha se veía un laberinto de calles que hacía presagiar que era la parte antigua de la ciudad, su medina, en alto, impresionaba mucho, a la derecha playa y una avenida con una construcción nueva, se notaba la diferencia entre una parte y otra.

Me llamaba la atención que, con un simple vistazo, parecía que había hecho quince horas de viaje y no solo una.

Salí de allí pasaporte en mano para enseñar el sello que me habían puesto de entrada en el control policial marroquí que había en el barco, así que salí del puerto donde ya esperaban muchos taxistas e intermediarios para ofrecerte sus servicios. ¡Toda una locura! Por unos momentos me sentí chiquitita.

Al final, entre tanto agobio, cogí un petit taxi y le pedí que me llevara hacia la estación de autobuses.

Ruido, tráfico que se avisaba con el claxon del coche, pero por lo visto el revuelo más grande era al caer el sol, cuando todos se echaban a la calle.

Todo parecía tan igual y tan extremadamente diferente a la vez, que era una sensación de caos brutal, era mi primer contacto con aquel país y tenía que empezar a acostumbrarme.

El próximo autobús salía a las doce de la mañana, aún faltaba más de una hora, no se percibía que fuera completo, así que aproveché para tomarme un té

antes de empezar el trayecto hasta una de las ciudades imperiales “Fez”, ese que sería mi primer destino.

El calor empezaba a apretar, normal, principios de julio. ¿Qué iba a esperar? Menos mal que iba cómoda, llevaba unos pantalones cortos tipo safari en color verde militar, una camiseta de tirantes blancas y unas sandalias de tiras color beige, muy cómodas para poder andar bastante, eso sí, llevaba mi maleta de mano, nada de mochila, me gustaba tenerlo todo muy ordenado y organizado, no aguantaba esas mochilas a las espaldas y cargar con ello.

Observaba todo, la gente caminando, me hizo mucha gracia el carácter que tenía ese idioma, hablaban gritando, más o menos como yo, eso me decía todo el mundo.

- Perdona –escuché una voz cerca de mí y levanté la mirada. Un chico marroquí, parecido sacado de una telenovela, su pelo negro a capas, perfectamente vestido, como sacado de una pasarela, un móvil en las manos y señalando al suelo, donde miré y vi que se me había caído un ticket.
- Gracias –dije titubeando mientras él se sentaba en la mesa de al lado, sonriendo.
- Pensé que podría ser importante –sonreía de forma entrecortada pero muy sensual, la verdad es que ese hombre imponía.
- No lo es, pero podría haberlo sido –le devolví la sonrisa.
- Eres andaluza, ¿verdad? –hablaba perfectamente el español.
- Sí, de un pueblo llamado “Vejer de la Frontera”, en la provincia de Cádiz.
- Lo conozco, además está hermanado con Chefchaouen, hay una historia bonita detrás, este precioso pueblo marroquí está construido a semejanza del tuyo.

- Leí sobre la historia, es uno de los lugares que quiero conocer durante este viaje.
- ¿Viajas sola?
- Sí, además a la aventura, no sé cuánto tiempo estaré en cada lugar que visite, ni cuando volveré a España, lo mismo duro una semana que un mes –solté una carcajada.
- ¿Cuál es tu primer destino? Si se puede saber, claro.
- Voy ahora a Fez, estoy loca por perderme en esa ciudad, descubrir cada rincón de su laberinto de calles en la medina...
- ¿Vas con esa compañía de autobuses? –preguntó señalando a la terminal.
- Sí, pensé en ir en Taxi, pero no quiero arruinarme la primera semana –reí.
- Voy para Fez – señaló un coche de lujo que había aparcado, un Mercedes negro reluciente que imponía –. Si te parece bien, mi chófer no tendrá inconveniente en trasladarnos a dos, en vez de a uno –puso su mano en el corazón como gesto de ofrecimiento –, él llega ahora, entró al banco a hacer una gestión aprovechando que me encanta tomar café aquí cada vez que hacemos tránsito, vengo precisamente de España.
- No quiero ser una molestia –dije cortada, pero decidida a montarme en ese coche donde iría más fresquita y cómoda, además de gratis, si mi madre me escuchara pondría el grito en el cielo.
- No lo eres –estiró su mano señalando la silla libre de su mesa, ofreciendo que me sentara junto a él.

- Gracias – dije cogiendo mi mochila rosa y arrastrando la maleta.
- ¿Entonces te vienes en mi coche?
- Claro, lo mismo hasta tengo suerte y de vez en cuando me hacéis una parada para fumar un cigarro –bromeé para romper el hielo.
- No hay problema, puedes fumar en el coche, yo también soy fumador, además cuando gustes parar para tomar té, comer o que lo necesites, se para y ya...
- Madre mía, sí que he tenido suerte al encontrarte –sonreí encogiéndome de hombros. Su mirada me imponía mucho, era un rostro perfecto, con ese aire árabe que lo hacía de lo más sensual, era guapo a rabiar.
- Suerte nosotros, de ir con tan simpática compañía durante el trayecto. Ahí viene Hashim –dijo sonriendo mientras él se acercaba –. Hashim, nos acompañará hasta Fez, ella es .... –Me miró pues no sabía mi nombre.
- Ariadna, me llamo Ariadna –solté una carcajada.
- Un placer –dijo Hashim dándome la mano –, os espero en el coche – dijo con mucho esfuerzo, pues se notaba que no hablaba apenas el español.
- Por cierto, me llamo Namir...

## Capítulo 3

Con destino a Fez

Estaba loca, iba sentada en el sillón de atrás, Namir iba de copiloto, yo miraba por la ventanilla, lo observaba todo, pero pensaba eso, que estaba loca, en un país árabe, sentada en un coche con dos desconocidos y quizás poniendo mi vida en riesgo, pero algo me decía que no, que había algo de él que no me inquietaba, lo vi una persona muy hospitalaria.

Entre ellos hablaban en marroquí, el chófer apenas hablaba español, Namir me decía que hablaban de trabajo, de vez en cuando se reían y él me decía a qué venían esas risas, era tan educado que parecía de otro planeta.

La ruta me encantaba, íbamos todo el tiempo por la costa, hasta que llegamos a Kenitra y paramos a comer en un lugar espectacular.

Eran apenas pasada la una de la tarde, el calor ya era mucho más notable.

Era como un palacete, unas terrazas con vistas al mar, una decoración mimada a su estilo marroquí, un lugar con un encanto capaz de enamorar a cualquier persona.

El chófer no se sentó con nosotros, él prefirió ir a comer unos pinchitos a un lugar cerca de ahí, así que nos dejó en la mesa y se despidió hasta un rato después.

- Me dejarás al menos pagar a mí –protesté mientras miraba la carta.
- No, no te voy a dejar pagar, señorita –sonrió sin dejar de ojearla también.
- Voy a pagar o no me monto en el coche –dije chulescamente, con una sonrisa de mandona.

- Está bien, pues no te montes, pero la maleta no te la pienso entregar hasta llegar a Fez, tú decides si viajas con maleta o sin ella –me guiñó el ojo.
- ¡Te denuncio! –soltó una carcajada.
- ¿Me denuncias? –rio mirándome sonriendo –Estás en Marruecos, por si no lo recuerdas.
- ¿Me estás diciendo que aquí no protegen al turista?
- No, claro que protegen al turista, pero cuidan muy bien a ciertas personas de bien de este país –me volvió a guiñar el ojo.
- ¿¿¿Quién eres tú??? –pregunté intrigada y riendo.
- Namir Hakme –extendió su mano a modo presentación –, uno de los hombres más influyentes de las montañas de Ketama –volvió a sacar esa sonrisa tan interesante.
- A ver... ¿Cómo de influyente? ¿A qué te dedicas? –tenía ya una intriga brutal, alguien importante, obvio, cochazo, chófer y bastante dinero por lo que hacía presagiar – ¿Actor? ¿Ministro? ¿Jeque?
- Tengo un negocio muy importante de exportación. Bueno, cambiando de tema, ¿me dejas pedir a mí y que pruebes uno de los platos estrellas de mi país?
- Claro –señalé con la mano a la carta dándole vía libre.

Hizo una elección que jamás olvidaré, un Tajín de Kefta, muy parecido a las albóndigas de ternera en tomate, pero en pequeñas, con huevo incluido, una comida que a partir de ese día pasaría a ser una de mis favoritas. Además, una ensalada marroquí que estaba espectacularmente preparada y tenía un exquisito sabor.

Comenzó a hablarme de su madre Zulema, tenía sesenta y tres años, vivía con él, en una casa que me hacía presagiar que sería todo un lujo, me hizo gracia que su mamá, a pesar de tener personal del servicio, le encantaba cocinar y todos los días pasaba las horas y horas en la cocina. No tenía padre, como yo, una coincidencia que nos asombró a los dos. Era hijo único.

Después de charlar y charlar retomamos el camino, esta vez dejando la costa, por la montaña, me encantó más, pasando por lugares que había casas en medio de la nada, niños andando por los arcones de las carreteras, a pie de la tierra, todo parecía estar a años atrás de lo que era hoy España.

- ¿Cuántos días piensas estar en Fez?
- Ni idea, hasta que me aburra de recorrerla —reí.
- ¿En qué parte tienes el hotel?
- En ningún lado, tengo dos o tres apuntados cerca de una de las puertas de entradas a la medina.
- ¿No tienes hotel? Entonces eres bienvenida a mi casa, no hay más que hablar.
- No, no, ni de coña, en serio te lo digo, te lo agradezco de corazón, pero no, prefiero estar en un hotel, me sentiré más libre y cómoda.
- Está bien —levantó sus manos —, pero espero que me permitas un día invitarte a probar la comida de mi mamá.
- Eso sí, claro, encantadísima.
- Pero ya sabes que si en cualquier momento te apetece venirte unos días a mi casa, solo me lo tienes que decir —me dio una tarjeta con su número de teléfono.
- ¡Gracias! Apunta mi número.

Saco su teléfono y lo escribió.

Llegamos a Fez, ni me preguntó dónde me dejaba, directo fue a una de las entradas de la medina, donde había un precioso Riad, un pequeño caserón adecuado como hotel, con un encanto brutal, con la esencia de aquel país.

Lo seguí hasta la recepción y él habló en árabe, la chica me pidió el pasaporte, tomó mis datos, rellenamos el registro de entrada y nos acompañó a la habitación, Namir también, quería asegurarse de que todo estaba bien.

La chica tras enseñarme esa espectacular habitación se despidió.

- Gracias, la elección ha sido brutal, no sé cuánto me costará la noche pero la pagaré encantada, estas vistas a la medina –dije saliendo a la terraza de mi habitación –no tiene precio.
- Descansa un rato, ahora quedan dos horas hasta que empiece a caer el sol y es la mejor hora para pasear.
- Gracias por todo –dije frotando su brazo en señal de agradecimiento.
- A las nueve vengo a por ti, quiero enseñarte la medina –dijo guiñándome el ojo y marchándose.

¿Enseñarme la medina? ¿Iba a volver? Una alegría invadió mi cuerpo, en el fondo me encantaba la idea, no había mejor guía para enseñarme un poco de esa parte antigua de la ciudad, además que me daba mucha tranquilidad estar a su lado, en definitiva, que era un tipo que me llamaba mucho la atención.



## Capítulo 4

### Un laberinto de sentidos

Sonó el despertador, ni recuerdo cómo me quedé dormida, me duché y sequé mi media melena morena, me cogí una cola en alto, me maquillé un poco y escogí para mi cita un traje por la rodilla, tipo túnica, en color blanco, con las mangas muy cortitas a la altura de los hombros, con un escote tipo v. Me puse unos zapatos color beige, tirando a tierra, descubiertos, eran con la plataforma de caña, con una hebilla detrás. Me miré al espejo y me gustaba lo que veía, muy acorde con el lugar, informal pero elegante, me colgué el bolso tipo capaza, de una de mis marcas favoritas, de color tierra, como los zapatos y mis labios de color rojo.

Me puse mis gafas de sol marrones, grandes, como yo decía, a lo Pantoja.

Llegué a recepción y ahí estaba Namir, leyendo un periódico sentado en la recepción, se levantó rápidamente, parecía que íbamos a juego, llevaba unos pantalones cortos de vestir en color blanco, sus piernas eran brillantes e impresionantes, estaba depilado, me di cuenta a la primera, el tipo tenía un porte y un cuerpazo que se dejaba entrever en esa camisa blanca que llevaba ajustada al pecho, de mangas hasta los codos, espectacular, con esos mocasines veraniegos de color rojo, como su correa, era elegancia al más puro estilo moderno.

- Estás preciosa...
- Tú también estás muy guapo –dije ruborizada.
- Vamos –puso su brazo para que me agarrase a él, cosa que hice encantada.

Y nos adentramos en la medina que tanto había soñado, en una de las más grandes e impactantes de Marruecos.

Pasear con él era lo más emocionante de todo, aquel lugar era enigmático, complejo, asombrante, lleno de olor, ruido, color, tenía todo en esos miles de callejuelas que completan tan impactante medina.

Namir me iba explicando toda la historia de aquel lugar, sin duda, la tenía y me parecía de lo más interesante.

Cenamos unos pinchitos que eran todo un deleite para el paladar, íbamos probando toda la comida callejera que iban haciendo en los cientos de puestos que encontrábamos por aquel laberinto, pero no vamos a hablar de los dulces, esos, se convertirían en mi obsesión desde aquel momento, de todos los sabores, a cada cual mejor, me hacía presagiar que iba a volver con unos kilitos de más.

Algo que me asombró era que cuando caía el sol, todo se convertía, salían miles de personas a la calle, se sentaban a charlar, a comprar, a cenar, cobraba una vida impresionante todo.

Namir me impresionaba a cada momento más, me hacía sentir como hacía mucho no sentía por un hombre, me sentía respetada, cuidada, mimada, protegida, era ese hombre que cuando conoces, no puedes quitártelo de la cabeza.

Adentrada la noche y después de haber recorrido muchos rincones, Namir me llevo al Riad y me dejó impresionada.

- Mañana, a las diez, te espero aquí en la zona de desayunos, luego nos iremos todo el día, te quiero enseñar un lugar precioso, lleva bañador, te hará falta –me dio un beso en la mejilla, me guiñó el ojo y me dejó ahí muda, en una nube que solo él era capaz de controlar, haciendo de mi aventura todo un control a su merced, pero eso me gustaba, era lo que deseaba en esos momentos.

## Capítulo 5

No era un día más

Me desperté a las ocho de la mañana, no podía seguir durmiendo, a pesar de que la noche anterior me costó mucho coger el sueño, todo lo vivido en mi primer día en aquel país fue muy rápido, casi ni me dio tiempo a asimilar el cambio de cultura, cuando ya parecía formar parte de ella, el conocer a Namir el primer día de mi viaje había sido algo que aceleró de alguna forma el transcurso de aquella aventura.

Namir me encantaba, me atraía como hombre, era muy enigmático, educado y con algo especial, me sentía muy atraída por él, pero a la vez me imponía mucho y me causaba mucho respeto, tenía ganas de seguir descubriendo a ese hombre...

Me metí en la ducha, estuve un buen rato bajo el agua, viendo pasar todo lo ocurrido, pero en cámara lenta, no tenía sentido, pero a veces suceden cosas que son inexplicables y que ocurren cuando menos lo esperas o imaginas.

Bajé a desayunar, el Riad tenía una zona preciosa, un salón mirando a una piscina interior que era alucinante. Tomé asiento y rápidamente apareció un chico y comenzó a poner café, té, zumo de naranja, tostadas, pasteles, tuve que decirle que frenase, pero hizo el que no me entendía o no tenía intención de hacerlo, pero me dejó la mesa que parecía que íbamos a desayunar un ejército.

Miré el móvil mientras tomaba el café, tenía un mensaje de mi hermano.

“Petarda. ¿Cómo vas por esas tierras?”

Sonreí al leerlo, sabía que esperaban saber que estaba bien para que tanto él como mi madre se quedaran tranquilo.

“Hermanito, esto es otro mundo, pero es genial, la gente muy amable, hospitalaria, educada, me voy a pensar si volver...”

Ya sabía lo que me iba a contestar, aguanté la risa y esperé la notificación.

“Si te quedas allí que nos manden unos camellos a cambio, tengo entendido que hacen esos intercambios.”

Solté una carcajada que se debió escuchar hasta en la calle.

“Manito, abraza a mamá y por la noche os envío fotos, esta del desayuno es un adelanto para que veas lo bien que me tratan.”

Tiré una foto a toda la mesa y se la envié.

- Buenos días, Ariadna –escuché la voz de Namir y levanté la cabeza.
- ¡Hola! –dije con una alegría que me salió de lo más profundo del alma, le señalé para que se sentara.

Estaba precioso, sonriente, traía un polito de color blanco y unos pantalones cortos verdes safari, estaba espectacular, a mí se me notaba ruborizada con solo mirarlo, pero no lo podía evitar.

- ¿Qué tal dormiste?
- Me costó un poco coger el sueño, el día fue intenso, mucha información y cambio en mi primer día –me encogí de brazos y le serví un café.
- Esta noche dormirás como una reina, nos espera un día largo –dio un sorbo al café, con esa sonrisa de misterio, de estar tramando algo y a mí, eso me encantaba.
- ¿Dónde vamos? –pregunté poniendo los ojos en blanco.
- Déjate llevar... – me guiñó un ojo.

Sonreí negando con la cabeza, se notaba que le gustaba sorprender y a mí no

me importaba que me sorprendieran.

Namir con su mirada parecía entender lo que mis labios no pronunciaban, era increíble la conexión que teníamos, nos reíamos sin necesidad de hablar y yo no paraba de pensar que bendita locura el haberlo conocido.

- Nos vamos —dijo cuando ya estábamos hasta el cuello de comer y beber tan succulento desayuno.
- ¿Dónde nos vamos? —pregunté de nuevo para buscarle la lengua.
- A presentarte a tu futura suegra —dijo saliendo sin mirarme, dejándome atrás muerta de risa por la barbaridad que me había soltado.
- Pues cómprame un vestido de esos y un velo si quieres que le caía bien —dije bromeando mientras lo seguía hasta el coche.

Se fue para un 4 x 4, un todoterreno flamante, grande y esta vez no estaba Hashim.

- ¿Y este coche y tu chófer? —pregunté montándome en el asiento del copiloto, él sostenía de forma educada la puerta.
- Hoy nos vamos de aventura solos —dijo y cerró la puerta para ir a su asiento del conductor.
- ¿Cómo que nos vamos solos? ¿Y mi suegra? ¡Yo quiero pasar el día con mi suegra! —protesté bromeando mientras él sonreía.
- Mañana te la presento y pasamos el día con ella...

Me entró una carcajada, pero si eso era la posibilidad de al día siguiente pasar un día más con él, me hacía feliz la idea.

- Vale, mañana vamos a ver a mi suegra –dije poniéndome las gafas de sol y sonriendo.
- Pues no hay más nada que hablar –aceleró el coche y salió de la parte de la medina.

Salimos a la parte moderna de Fez, de ahí nos fuimos a las afueras de la ciudad y nos metimos por un camino que nos llevó a la puerta de un Hotel palacio impresionante, los jardines hasta llegar a la entrada a las instalaciones eran impresionantes, muy cuidados, llamativos, coloridos, un silencio se hizo durante ese camino hasta aparcar el coche, si la parte de fuera era así, ya me imaginaba la de dentro...

- Estoy flipando –dije bajándome del coche.
- Vamos, señorita –me puso su brazo para que me agarrara a él.

Lo conocían, sin duda, solo le faltó al personal de aquel palacio hacerle la ola, el lugar se veía tranquilo, con clientes que estaban hospedados allí, pero gente muy exclusiva, no quería ni imaginar cuánto costaba una noche allí, ni lo sabría, pues nosotros íbamos a pasar el día, pero eso ya era un espectáculo para mi vista.

Se nos acercó un camarero, traía ya directamente una botella de rioja español y dos copas, lo puso en la mesa con unas aceitunas típicas marroquíes.

- Namir, no deberías de beber –dije agarrando mi copa, bromeando.
- Tú tampoco, estás con un extraño, en un país distinto y lo estás haciendo –me guiñó el ojo.
- La verdad es que no me debería de fiar de ti, pero mira, soy muy arriesgada, de todas formas, le mandé una foto a mi hermano de tu cara, más la matrícula de tu coche, le he dicho que si cada hora no le mando un emoticono es que estoy en riesgo –dije evitando reír mientras daba un trago de ese rico vino.

- ¿En serio? –preguntó intrigado.
- Aja...
- ¿Aja?
- Sí, aja...

Solté una carcajada, ya no podía evitarlo, pero no se lo negué, lo dejé con la duda, lo que sí estaba claro es que en mi móvil había matrícula y foto que le saqué con disimulo, nunca se sabe lo que puede pasar en la vida.

Namir tomo su foto y me tiró una.

- ¿Qué haces? –pregunté riendo.
- Tomarte una foto, enviársela a mi madre, nunca se puede saber que me puede pasar, eres una desconocida –me guiñó el ojo mientras yo lloraba de la risa.
- ¿¿¿A mi suegra???
- Aja...
- Anda, ahora eres tú el de aja, se ve que aprendes pronto –dije tumbándome en la hamaca, quitándome el vestido y quedando en bikini ante él. Sus ojos denotaban nerviosismo, yo solo esperaba que le gustase lo que estaba viendo.

Namir se sacó la camiseta, se quitó el pantalón y se quedó con un bañador que le quedaba de muerte, tenía un torso perfectamente trabajado, se notaba que se cuidaba, me estaba entrando unos calores impresionantes, me puse muy nerviosa, quería que no se diera cuenta, pero el rubor en mi cara me estaba delatando.

Su teléfono sonó, él hablaba en árabe muy alterado, pero su idioma como ya me había dado cuenta el día anterior, era muy profundo y con carácter, así que me fui a la piscina y me metí en ella, dejando mi copa en el borde, para tomarla en remojo mientras me fumaba un cigarro, quería dejarlo tranquilo con su conversación, él me observaba y me guiñaba el ojo, cuando terminó la conversación se vino a mi lado y nos fuimos para la barra acuática que había para tomarnos ahí algo.

- No deberías de fumar...
- Ni tú tampoco –dije haciendo una mueca.
- Bueno, eres muy contestona –negó riendo con la cabeza.
- Una cosa, Namir, quiero probar eso que es tan famoso y fumáis aquí.
- ¿¿¿Hachís???
- Sí, eso mismo, quiero ver si es más bueno del que nos llega a mi tierra –me encogí de brazos.
- ¿También fumas de esas cosas?
- No, pero lo he probado y lo he consumido en muchos momentos de mi vida, te recuerdo que vivo en la provincia de España donde más llega y se consume vuestra mierda –solté una carcajada.
- Pues para ser una mierda, bien que la quieres probar...
- Entonces qué. ¿Me vas a conseguir un poco? –miré para otro lado intentando disimular y quitar importancia.
- ¿Para cuándo lo quieres?
- ¡Ya! –volví a soltar otra carcajada.



Se levantó se fue a la hamaca, se puso de espalda y volvió con uno liado en las manos.

- Toma, para que veas que ningún hombre en la vida te va a complacer tan rápido como yo –dijo dándomelo delante del camarero.
- Namir, esconde eso que vamos a salir detenidos –dije acojonada.
- ¿Detenidos? Anda, disfrútalo, en tu vida probarás algo mejor.
- No hay problema, puedes fumarlo tranquilamente –dijo el camarero irrumpiéndonos.
- ¿Pero aquí se puede fumar libremente por todas partes? –pregunté alucinando.
- No se debe, pero aquí no hay problema, nadie te dirá nada y menos aún va a venir la policía.

Se dio un chapuzón y me dejó con el porro en las manos, flipando en colores, miré al camarero, me encogí de brazos y me lo encendí.

- ¿Cómo está eso? –preguntó saliendo de la zambullida.
- Mortal, vas a tener razón y todo de que es la mejor –sonreí mientras daba otra calada.
- Siempre tengo razón... – dijo chulescamente en plan bromas.
- Namir, te quería preguntar algo –dije rezando para cuando le contara me dijera que me acompañaba o algo por el estilo.
- Adelante...

- Investigando un poco tu país antes de venir, vi un lugar que desde entonces no consigo arrancar de mi cabeza, quiero llegar a él, sé que viviría una de las mejores noches de mi vida.
- ¿A qué lugar te refieres? Aunque la mejor noche de tu vida te la puedo hacer vivir también aquí en Fez –dijo riendo.
- Son las dunas de Erg Chebbi... quiero ver un anochecer y amanecer en uno de esos campamentos, quiero ver la noche en medio de aquello, debe ser impresionante, me gustaría que me aconsejaras de cómo podría llegar allí.
- Merzouga, al sur de Marruecos, donde las estrellas bailan todas las noches, donde cargas energías suficientes para mucho tiempo, nos vamos pasado mañana, yo te llevaré...

Casi me pongo ahí a bailar el Sarandonga, eso era lo que yo quería escuchar y eso fue lo que él me dijo, pero yo tenía que seguir con mi película.

- No quiero que te veas en la obligación, me puedes decir cómo ir más cómodamente y de qué manera, no quiero trastocar tus planes... – dije esperando no joder su ofrecimiento y que ahora me dijera que me fuera en bus, pero tenía que quedar bien.
- Tienes dos opciones, una es ir en autobús hasta Errachidia, que es casi toda la noche en camino y de allí a Merzouga en 4 x 4 que hay con conductores que te llevan a los campamentos –me empezó a entrar sudores de pensar que la había jodido con mi comentario –. La segunda opción es que nos vayamos en mi 4 x 4 y te puedo jurar que iba a ser la aventura más importante de tu vida, unos días que jamás olvidarás. Así que decide...
- Contigo, contigo –dije descojonándome de la risa.
- Pues listo, mañana te presento a tu suegra, comes con ella y al día

siguiente nos vamos.

- Me parece muy chulo el plan –le saqué la lengua, entre el peta y el rioja me estaba poniendo graciosa, estaba en mi salsa. –Por cierto, hay que dormir en el campamento, en esas jaimas...
- Claro, una noche la hacemos en la jaima y otra en el complejo en habitaciones con aire acondicionado, conozco un campamento que lo tiene todo, con piscina incluida a pie de dunas, se parece mucho a este sitio, es una pasada –me guiñó el ojo –
- Venga, nos vamos a esa, por muy cara que sea, estas vacaciones me pienso dejar aquí los ahorros de mis últimos 5 años de trabajo –no podía parar de reír mientras hablaba.

Namir negó con la cabeza.

- Ayer pagaste tú todo, cafés, té, lo que comíamos por la medina... Hoy pago yo todo, o te juro que...
- ¿Qué? –me dijo chulescamente, desafiándome.
- Te como a besos, si me pones esa cara, te como a besos –él fruncía el cejo poniendo cara de sorprendido –. Vamos en Marruecos, en un sitio como este de lujo, con un morenazo como tú y encima sin pagar un duro. ¿¿¿Cómo no te voy a comer a besos??? – soltamos una carcajada –Es broma, yo pago hoy y no admito un no.

Se acercó a mí y puso su mejilla y la señaló con el dedo.

- ¿Qué quieres? –pregunté llorando de la risa.

Seguía señalando su mejilla y entonces le agarré la cara con las dos manos y le planté un beso en los labios, así mismo, sin pensarlo, iba por la segunda copa de rioja, me estaba fumando eso y no me lo iba a pensar.

- Esto es para que también me pagues el viaje al desierto –dije riendo al separarme de él.

Me agarró por el hombro, se acercó a mí y me devolvió el beso, pero esta vez con lengua, de esos que parece que se le va la vida y lo peor de todo que besaba de muerte, de eso que empiezas a desear que esos labios recorran toda tu piel. Se separó y me dijo:

- Con este ya te has ganado toda tu estancia en mi país, correrá a mi cargo, pero no te separarás de mí ni un momento, me acompañarás hasta cuando tenga que ir a revisar mi trabajo, el resto del tiempo te enseñaré yo todo, sin soltarte de la mano, vas a ser mi sombra –dijo sensualmente y luego me plantó otro beso.
- ¿Y si no vuelvo a España nunca? –pregunté bromeando, en el fondo estaba muy cortada, pero a la vez deseaba todo de él.
- Tienes dos opciones...
- Ya estamos con las opciones... – reí.
- Repito, tienes dos opciones, una que vuelvas a tu país de la mano conmigo para ver a tu familia y luego regresar conmigo de nuevo, o irte sola, dejando aquí al que pudo ser el amor de tu vida –rellenó las copas.
- Uy lo que me ha dicho... – me puse las manos en las mejillas.
- Tienes la elección en tus manos –dijo levantado su copa y señalándome.
- Imagino que tengo tiempo para pensármelo, ¿no? –bromeé.
- Tienes todo el tiempo del mundo, pero antes de tomar el barco hacia España, lo tendrás que tener decidido.

- Joder...— me bajé de mi asiento de la barra de la piscina y me zambullí —¿Sabes qué te digo? Hay que vivir el día a día, aunque no me creo lo que me has dicho —me reía mientras volvía a subirme al taburete.
- ¿No me crees? —dijo moviendo la botella de rioja que por su orden el camarero la había dejado ahí —Pues te lo estoy diciendo muy en serio.
- ¿Tú vas queriéndote quedar a la primera extranjera que ves?
- Ni extranjera, ni de aquí, es a ti, esa que ha despertado algo fuerte en mí desde el día que la vi.
- Joder con la cafetería esa, te presentó al amor de tu vida —bromeé de nuevo, yo era así y no tenía remedio.
- Te equivocas, ahí no te conocí...
- ¿Ah no? ¿En otra vida? Romanticón me ha salido el niño.

Namir soltó una carcajada.

- Venías en el ferry en el que venía yo.
- ¿¿¿En serio???
- Sí, estabas en el exterior fumándote un cigarro mientras el barco navegaba, yo estaba al lado hablando con Hashim, no podía dejar de mirarte, pero tú no me miraste ni un solo momento —puso cara triste—. Luego te fuiste cuando el barco atracó y ya te perdí de vista.
- Ohhh y nos vimos de nuevo en el bar...
- No —soltó una carcajada y negó con la cabeza—. Nosotros teníamos el coche en el ferry así que no salimos a pie, yo no podía quitarte de mi

cabeza, al salir del puerto te volví a ver hablando con los taxistas, le dije a Hashim que se esperara y cuando te montaste en un taxi, le ordené que te siguiera, jejeje

- ¿En serio?
- Afirmativo, así que te seguimos y te llevaron a la estación de bus, yo esperé mirando de lejos, con tan buena suerte que te volví a ver salir y te fuiste a la terraza del bar, así que le dije a Hashim que fuera a aparcar el coche bien y me fui a sentarme a tu lado...
- No me lo puedo creer –dije alucinando, pero estaba feliz de saber que había ido a buscarme.
- Y ahora estás aquí, me has besado y nos vamos a ir al desierto –abrió las manos como diciendo que era fantástico todo.

Me bajé de mi taburete, me acerqué a él y le di un beso.

Ese día lo pasamos todo el día allí, comiendo, piscina, bebiendo, cenando y disfrutando de la magia de descubrir quién era quien.

Luego me dejó en el Riad, quedando en que al día siguiente me recogería a la misma hora, nos encontraríamos en el desayuno.

Me fui a la cama feliz, aunque lo hubiera sido más, si en ella hubiera estado él...

## Capítulo 6

En su más íntimo entorno

Despertar y asomarme por ese balcón ¡no tenía precio!

Después de una buena ducha y ponerme un traje de tirantes blanco, largo hasta los tobillos, con una flor en medio, bajé a desayunar.

Ahí estaba él, sentado con todo el desayuno por delante, se levantó y me recibió con un beso en la mejilla.

- ¿Bien? –me preguntó.
- Perfecta, emocionada de ir a conocer a mi suegra –bromeé.
- Esta muy emocionada esperándote, lleva cocinando desde las ocho de la mañana...
- ¿En serio? –tomé el café que ya me había preparado Namir.
- Y tan en serio...
- ¿Qué le has dicho que vas a llevar a una loca que conociste de aventurera solitaria por tu tierra?
- Nada que ver, solo le dije que le iba a presentar a mi futura mujer.
- Estás de broma, ¿verdad?
- ¿Eso crees?
- Espero que sí –dije en tono amenazante.

- Bueno, ya lo veremos...
- A mí no me des el desayuno, veremos si no me va a sentar mal...
- Anda, come y disfruta, nos espera un día muy simpático –me guiñó un ojo.
- Simpático eres tú –solté de modo irónico.
- No lo creo –soltó una preciosa sonrisa –, por cierto, mañana salimos a primera hora para el sur, ya he avisado a la gerente del Riad, que mañana dejas la habitación.
- Gracias, de todas formas, luego iré a abonar la estancia, así mañana no tengo que hacer todo tan precipitado.
- Ya está pagada –dijo mordisqueando una tostada.
- Ah no, eso no, Namir, dime cuánto ha costado que lo pago yo –dije enfadada.
- ¿Recuerdas ese beso que valió para todo tu viaje? –dijo haciendo gestos con las manos, como el que no quería la cosa.
- No quiero ir de gratis por la vida, me puedo permitir gastarme este viaje, si no, no lo hubiera hecho, quiero que me digas el importe que te costó mi alojamiento...
- Tienes dos opciones...
- ¡Ya empezamos! –resoplé –A ver, dime... pero que conste que quiero y voy a pagarlo...
- Como te decía, tienes dos opciones, o me abonas el importe y te quedas sin mi compañía todo el viaje o aceptas que este viaje completo te lo regalo yo y estaré a tu lado –abrió los brazos en señal



de que esas eran las opciones.

- Eso es chantaje...
- Yo lo llamo opción...
- Sí claro, desde luego... Hablaremos tranquilamente en el desierto...
- Siempre estoy abierto al diálogo.
- ¡¡¡Vaya chulo eres!!!
- No lo seré tanto cuando disfrutas de mi compañía... –se encogió de hombros.
- Bueno, en el fondo a las mujeres nos ponen los tipos así – le sonreí.
- No creo que me veas de esa forma, eso lo dices por buscarme la lengua, como tú dices.
- La lengua... ¿Me vas a chantajear todo el tiempo con tu lengua? –hice una mueca.
- Repito, no chantajeo a nadie...

Negué con la cabeza, era cabezón y le gustaba tomar las riendas.

Nos fuimos para su casa, si el hotel del día anterior me sorprendió, esta no iba a ser menos, una entrada a lo “Falcon Crest”, personal de servicio en los jardines, una zona de estacionamiento impresionante, unos jardines de película y una entrada a esa mansión digna de un multimillonario, esa era la sensación, de repente salió una señora que rápidamente entendí que era su madre.

Se vino hacia mí directamente, llevaba un velo y una chilaba...

Me dio varios besos en las mejillas, en su cultura se hace así y empezó a decirme guapa por señales, entendí que no hablaba nada de español, pero hacia lo posible por que la entendiese, luego abrazo a su hijo y se lo comió a besos, alargó su mano y me invitó a entrar.

Espectacular, la casa era de película, un salón más grande que el hotel de mi madre, una cocina que era impresionante, un baño que ya lo quisiera el hotel Ritz, en la planta de arriba habitaciones con sus vestidores y baños.

Su madre enseñándome todo y hablándome por gestos, nos terminábamos riendo por la situación, pero nos estábamos entendiendo, que eso era lo importante.

Volvimos a bajar y ahí estaba Namir, con una botella de vino descorchada y una copa esperándome, la madre volvió a la cocina, nosotros nos quedamos en el jardín.

Namir estaba hablando por teléfono, como siempre, parecía discutir, era algo que ya me hacía mucha gracia, incluso pensaba que lo mismo me veía a dos peleando de verdad y ni distinguía.

Me hizo señas para que me metiese en la piscina, le levanté el dedo en señal de acuerdo, me encantaba tanto el agua que pensaba que en mi otra vida fui un pato.

Dejé la copa sobre el borde y él se acercó con un cenicero y un paquete de tabaco, seguía hablando, un rato después por fin colgó.

- Estoy dejando mi trabajo listo para irnos mañana al desierto tranquilos, quiero disfrutar y no estar muy atento al trabajo.
- Me tiene intrigada tu tema laboral, debe abarcar mucho para conseguir todo esto –dije abriendo los brazos y señalando aquella maravilla de casa.
- Bueno, la verdad es que deja mucho dinero el tema de la importación a esta escala.

- ¿Qué importas? ¡Tengo intriga! –protesté poniendo las manos cruzadas sobre mi pecho.
- A la vuelta del desierto te enseñó mi lugar de trabajo –me guiñó el ojo y se sentó en el borde de la piscina.
- Vale... estoy deseando salir para el sur, sé que va a ser una sensación única.
- Única eres tú –me dio un toque en la nariz y se tiró a la piscina.

Su mamá apareció con una amplia sonrisa, en sus manos traía un plato de aceitunas y más vino.

- Shukran –dije dando las gracias, era una de las pocas palabras que me había aprendido.

Los dos sonrieron, ella se retiró a la cocina, me daba la sensación de que ella tenía un rol muy arraigado con los temas del hogar, a pesar de tener un servicio a su disposición.

- Me encanta tu pronunciación en árabe –dijo acercándose y tocándome el culo de forma muy excitante.
- ¿A qué hora salimos mañana? –dije poniéndome muy nerviosa, me estaba provocando unos deseos que iban a ser difíciles de frenar.
- A la hora que quieras, cuanto más temprano mejor –me apretó con las dos manos por mis glúteos contra él, dejando pegada a su miembro y sintiendo un cosquilleo impresionante en la barriga.
- No me importa madrugar –dije soltando una risa nerviosa.
- Pues a las siete estaré esperándote en el desayuno –me guiñó el ojo y me dio un beso en los labios, luego se sentó en el borde y yo me quedé en el agua frente a él.

- Vamos sin Hashim, espero que salgamos vivos de esta aventura...
- ¿Vivos? A mí no me asustes... – dije asombrada.
- No te preocupes, voy protegido...
- ¿Es peligroso ir al sur? –pregunté sin saber si estaba bromeando –  
¿Qué quiere decir ir protegido?
- No es peligroso andar por este país, lo peligroso es ir con personas  
influentes, pero no te preocupes que llevo un arma...
- ¿¿¿Estás de coña???
- No –se encogió de hombros.
- No, por favor, dime que estás de broma.
- No lo estoy, las personas destacadas de tu país llevan seguridad y  
esas cosas también...
- Pero no van armados...
- Eso no lo sabes, te falta mucho mundo por recorrer y muchas cosas  
por saber –se agachó y me dio un beso –. Tranquila, nadie nos va a  
seguir ni mucho menos hacer nada –me dio un pellizco en la mejilla.

Su mamá comenzó a preparar la comida en el porche, junto a la chica del servicio, nos secamos y fuimos allá, nos sentamos con ella, pero yo no me quitaba de la cabeza lo del arma, aunque por otro lado podría ser normal, por seguridad, por otro me daba temblor pensarlo, no había visto ni una en mi vida, pero también era cierto que me fiaba mucho de él.

La mamá comenzó a contarme durante la comida muchas cosas de Namir, él

iba traduciéndonos, era muy bromista, como su hijo, y cocinaba de muerte, era el mejor cordero que me había comido en mi vida, con patatas fritas. Se notaba muy cariñosa y respetuosa con su hijo.

Estuvimos en su casa todo el día, incluso cenamos allí, la tarde la pasamos en la hamaca tomando el sol, yo me imaginaba siendo la mujer de él y viviendo en esa mansión, me entraban ataques de risa que tenía que disimular.

Por la noche me llevó al Riad, nos despedimos con un precioso beso y un hasta mañana.

En la habitación aproveché para ducharme y recoger todo, pero me caía de sueño, ese día estaba agotada, así que fue caer en la cama y quedarme dormida.

## Capítulo 7

Hacia el sur de Marruecos

Desperté antes de que el despertador lo hiciera, así que cogí todo y bajé a desayunar, despidiéndome de esa preciosa habitación que me había acogido durante mi estancia en Fez y que había pagado Namir, cosa terrible por mi forma de ser, pero contra eso ya poco podía hacer.

Abrí la puerta de la habitación y en el suelo una rosa preparada preciosa y una nota, me agaché y la cogí sonriendo, si era para mí, era de Namir.

“Empezar el viaje con una rosa es bonito. ¿No lo crees? Te tengo preparado el café.”

La madre que lo parió, si era hasta romántico, lo tenía todo, bajé con la flor en la mano y en la otra la maleta, con una sonrisa que no podía quitar de mi cara.

Ahí estaba sentado, en ese rinconcito del día anterior.

- Gracias –dije soltando la maleta y dejando la rosa sobre la mesa.
- Buenos días, estás guapísima –dijo levantándose y dándome un beso en la mejilla, para luego señalar con su mano para que me sentara.
- Me ha encantado –volví a coger la flor y olerla.
- Te iba a traer un ramo de 50 rosas, pero luego iba a ser incómodo para el viaje, así que preferí una y la puedes coger más e incluso ponerla en tu pelo y tirarte una foto durante el viaje –dijo poniéndome el café delante.
- Pues sí, luego me tiraré un selfie con la rosa en la oreja y con cara de influencer.

- ¿¿¿Cara de influencer??? Te hacen mal las redes sociales –rio negando con la cabeza.
- Pues un día voy a ser influencer –le saqué la lengua.
- ¿Para qué quieres ser influencer? –encogió los hombros.
- Pues para ser influencer, te regalan ropa, te pagan por publicitarla, te contratan para eventos y todas esas cosas...
- ¿Y si te pago yo para que seas exclusivamente mía? Te puedo comprar todas las ropas del mundo –hizo un gesto de interesante.
- Todo es negociable, todo tiene un precio –dije chulescamente.
- ¿Tienes un precio? –carraspeó.
- Todo y todos tienen precio –guiñé el ojo.
- ¿Qué precio tendría que pagar para que fueras solo mía? –puso su cara seria.
- Soy muy cara... – bromeé
- ¿Cómo de cara?
- Muy, muy cara –cogí la tostada y comencé a mordisquearla.
- Lo pagaré –me guiñó el ojo.

Salimos rápido, no queríamos llegar muy tarde y nos esperaba un gran camino por delante.

Metió mi maleta con la suya, en el maletero y yo puse la rosa sobre el salpicadero. Namir, antes de montarse, se sacó de la parte de atrás de su

pantalón una pistola, yo ya no la recordaba, el corazón me dio un vuelco, la puso en el cajón del apoyabrazos que había entre los dos.

- Tranquila, lleva conmigo años –arrancó el coche y salimos de allí.
- Mejor no quiero ni pensarlo...

Salimos de la ciudad y puso música, para mi sorpresa comenzó a sonar una canción muy antigua pero que me dio un subidón tremendo y comenzamos a cantar, no me podía creer que estuviera sonando “Volare.”

Fui un momento muy divertido, incluso grabé un vídeo de los dos cantando el estribillo, luego le pedí que me pusiera música de allí y me encantó, me gustaba mucho la mezcla de voces, instrumentos y el ritmo que le daban.

Los dos íbamos vestidos iguales, eso me hizo mucha gracia, llevábamos unos vaqueros por encima de las rodillas y una camiseta blanca, yo de tirantes, él en mangas cortas, si nos hubiéramos puesto de acuerdo, no iríamos tan igual.

A las once de la mañana ya estábamos a 3 horas de Fez, en Midelt, una ciudad situada a los pies del monte Ayachi, junto a un río en el oasis del valle de Muluya.

Al estar situada en la ruta que lleva al desierto, hay mucho turismo ya que paran los autobuses, 4 x 4 y coches de alquiler, todo lleno de turistas.

Tomamos un refresco, nos fumamos un cigarro, haciendo un descanso junto al río.

Retomamos el viaje rápidamente, hacía mucho calor y en el coche con el aire acondicionado y viendo todo, se iba de maravilla, ya se iban notando los cambios de paisajes todo era más arenoso, todo más árido.

Seguimos cantando y disfrutando de todo lo que veíamos, dos horas después ya estábamos en otra de las paradas, Errachidia, entre medio del Atlas y el desierto, al llegar ahí tuve la sensación de que me habían quitado el reloj, de que se había parado el tiempo, todo rojizo, anclado en el pasado, no se notan



los peligros de la época actual a la que estamos acostumbrados, ahí se hacía latente el refrán que tanto usan “las prisas matan”.

Comimos ahí, fuimos al centro de la ciudad, tenía la sensación de que me iba a derretir, estábamos a 40 grados, además que el clima ya es desértico.

Comimos unos pinchitos espectaculares, tomamos unos refrescos y continuamos hasta la que iba a ser nuestra siguiente y ansiada parada, Merzouga...

## Capítulo 8

### Bajo el cielo del desierto

A dos horas de nuestro destino, me encendí un cigarrillo y subí el volumen de la radio, me encantaba ver ese espectáculo de cambios, el sur parecía de otro planeta, nada que ver con lo que había conocido de Marruecos, esa música avivaba el camino, Namir, por supuesto, era un pilar muy importante en esa aventura, increíble lo que sentía, esa sensación de haber conocido a alguien al que parece que conoces de toda la vida, era conexión, química, atracción y un sinfín de calificativos que envolvía la magia de los dos.

- Una pregunta, Hashim –bajé el volumen de la radio mientras daba una calada al cigarro.
- Dime –me acarició la mano.
- ¿No has tenido ninguna relación seria?
- No...
- ¿En serio?
- Me he debido a muchas mujeres –dijo en tono bromista.
- Moro tenías que ser –solté bromeando.

Namir soltó una carcajada y negó con la cabeza.

- ¿Y tú?
- Sí, diez años, pero se fue de despedida de soltero y la lio –sonreí.

- ¿Y te ríes?
- Ahora mismo –me acerqué a su oído –le estoy muy agradecida por haberla liado.
- ¿Segura?

Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

- Segurísima –volví a subir el volumen de la radio.

Cuando terminó la canción marroquí, él cambió y puso una canción, me hizo señas con su dedo a su oído y luego el dedo diciendo silencio, que la escuchara, para mi sorpresa comenzó a sonar la de Romeo Santos, la canción de “Eres mía”. Seguí mirando al frente, ante el espectáculo natural que tenía frente a mí, con una sonrisa al advertir la de sorpresas que me podía dar Namir y más con ese tema de mi Romeo, me encanta, comenzó a tararear un trozo.

Se me caía la baba, me dejaba el alma por los pies, me erizaba la piel, me hacía elevarme a lo más alto, tenía la extraña sensación de no haber sentido esas cosas en ningún momento de los diez años que estuve con Julio.

- Me encantas –dije sin dudar.
- Te estás enamorando...
- ¿Qué dices? ¡Tampoco te pases! –solté una carcajada.
- Quien ríe último, ríe mejor.
- Estás muy seguro –solté una risa irónica, aunque en el fondo temía que fuera a tener razón.
- El tiempo es el más sabio –guiñó el ojo y nos metimos en unos minutos de silencio.

El camino era una aventura preciosa, se había detenido el tiempo en aquella parte, pero si de algo estoy segura es de que, al llegar a Mezourga y ponernos en ese punto que era la puerta de entrada al desierto, fue algo impresionante, una carretera fina en medio y a los dos lados, desierto de arena, solo arena, mirase donde mirase, unos carteles a los lados avisando el desvío para el campamento que hayas elegido, evidentemente solo podían transitar 4x4.

Ahí estaba nuestro cartel, eso me dijo y se desvió por la arena, adentrándose hasta llegar a los pies de la gran duna, donde estaba nuestro campamento.

Para que me entiendan, era un complejo hotelero como los del Caribe, pero al estilo árabe, con la piscina a los pies de las dunas, con terrazas, salones, habitaciones, restaurante interior y exterior, en vez de tener delante el mar, tienes kilómetros de arenas formando dunas. Frente a la piscina a 300 metros un campamento de jaimas de ese complejo, los huéspedes podían escoger las noches que querían dormir en las jaimas o en habitaciones, inclusive alternar, que eso era lo que íbamos a hacer nosotros.

Era puro Caribe, pero sin agua, solo con arena, la piscina invitaba a meterte y tomar una cerveza bien fresquita, yo estaba alucinando, los chicos del hotel, todos con sus chilabas azules y su pañuelo puesto en la cabeza, en plan sombrero, era todo de película.

Nos recibieron con un té y luego nos acompañaron a la jaima, ahí pasaríamos la primera noche, era un complejo de lujo, una preciosidad, pero que a la vez te daba la calidez de estar en pleno desierto, no por estar en un complejo así le quitaba magia al entorno, mira que yo pensaba que sí, pero no, te podías adentrar en las dunas y quedarte sin ver nada.

Cuando entré a la jaima me quede boquiabierto, una cama gigante en medio, a un lado unas esterillas por si querías dormir en el suelo, pero vamos esa cama en esa jaima no me la perdía yo por nada del mundo y dentro de la jaima un baño, el lavabo, ducha y wáter, con un espejo, hecho todo con madera, era precioso.

Las jaimas de lujo eran 6, todas puestas en círculo, pero bien separadas, en medio alfombras y mucha porta velas marroquíes, que encenderían por la

noche. Entre tienda y tienda una mesa de madera con dos banquetas alargadas, para los desayunos, incluso se podía cenar ahí.

Todo era un espectáculo. Dejamos las cosas y nos cambiamos para ir directos a la piscina, dejamos las toallas sobre las hamacas, el calor se hacía temer, nos metimos en el agua y nos trajeron dos cervezas fresquísimas.

- Aquí venden alcohol en todas partes, ¿no? —pregunté asombrada.
  
- Para nada, en muy pocos sitios, solo que son los que yo frecuento en mis paradas —sonrió ampliamente.
  
- ¡Borracho!
  
- Calla, te vas a cargar mi imagen —bromeó.
  
- ¿Imagen? Lo que no entiendo es que te conozcan en todos los sitios, te tratan como si fueras el hermano del Rey. ¿No serás un personaje público de este país y no me lo has contado, no? —reí —De ti ya me espero cualquier cosa.
  
- Puede ser, pero hasta que no volvamos para Fez, no lo vas a poder descubrir.
  
- Ya te vale —le di un manotazo en el hombro.
  
- Esta me la vas a pagar...
  
- Pues mira, no estaría mal que pagase ya algo, eso de ir por la cara como que no me gusta.
  
- La cara dice, aun no entendió lo de estar a mi lado —levantó las manos como desesperado.

- Al final va a resultar que me voy a ir con más dinero del que vine – reí.
- No te vas a ir...
- ¿Ah no?
- No, no querrás irte...
- Tú estás fatal, quieres matar a mi madre de un disgusto –me di una zambullida.

Él me miraba riendo, se le notaba súper a gusto a mi lado, yo también lo estaba, me daba una paz interior tremenda.

Estuvimos hasta que empezó a anochecer, fuimos a ducharnos, decidimos cenar en la terraza de al lado de la piscina, una ensalada y un Tajín de Kefta, con un vino que llevaba Namir y que por supuesto a mi chico le autorizaron a sacar, vamos, si pide que vayan a Tánger y se lo traigan, también le dirían que sí, evité de reír con ese pensamiento de humor que me había venido, pero era impresionante el trato que le daban en todos los sitios.

Achispados, así terminamos de la cena, ya la noche refrescaba un poco más, pero seguía haciendo un calor impresionante.

Luego nos fuimos a sentarnos a las dunas, con dos gin tonics, lo nuestro era beber y beber, estábamos de relax, ¡qué leches!, nos íbamos a tomar todo lo que nos echaran.

- Yo dormiré en el suelo, te dejo la cama a ti –dijo seriamente mientras movía el vaso, yo sabía que me estaba provocando a que contestara.
- Un mojón, tú duermes fuera de la tienda, vamos, vas a violar mi

espacio... – dije chulescamente.

- Qué va, creo que hay otra tienda libre, ahora le digo al chico que me la prepare, yo duermo mejor en una cama también –dijo queriendo hacer el que no le daba importancia.
- Qué tonto eres –me tumbé sobre sus rodillas –, tú vas a dormir a mi lado. ¿O me vas a dejar sola en el desierto para que alguien me haga algo? –puse cara de pena.
- Para nada, no se preocupe, contraté dos guardas espaldas para la puerta de tu jaima –me guiñó el ojo.
- ¡Idiota! –me volví a levantar riendo.
- Pienso dormir toda la noche abrazadito a ti –dijo acercándose a mi oído y produciéndome un hormigueo por el estómago.
- Así me gusta –le di un beso.

Aquello era un espectáculo, el cielo despejado, millones de estrellas, jamás había vivido esa sensación, una preciosidad al alcance de nuestras retinas.

Tengo un regalo para ti, se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita.

- ¿Y esto?
- Algo que te gustó –la puso en mis manos.

La abrí y me quedé impresionada, una cadena de oro con la mano de Fátima, labrada y con piedrecitas de diamantes. Recordé que me quedé embobada por esa pieza delante de una joyería.

- Namir, no debiste de hacerlo.
- Lo hice encantado –dijo quitándomela de las manos y colocándola en mi cuello.

Namir puso su móvil a modo selfie para que yo me la viera puesta, era una pasada, me encantaba cómo me quedaba, pero lo vi un regalo muy excesivo, aunque también comprendí que su poder adquisitivo no le hacía hacer un gran esfuerzo, pero el detalle fue brutal, una joya que me acompañaría el resto de mi vida.

Le di un fuerte abrazo, acompañado por un gracias a su oído que terminó con un precioso y largo beso bajo ese cielo estrellado, en el desierto, un momento que jamás podría olvidar.

Nos fuimos a dormir, íbamos a tener que madrugar esa noche, pues queríamos ver el amanecer y había que ir en camello a las cinco de la mañana.

Nos acostamos en la cama, en medio de la jaima gigante, abrazados, el techo se podía mover y lo dejamos al descubierto, queríamos sentir que estábamos bajo ese cielo, bajo ese momento que hacía que todo fuese mucho más especial.

No pasó nada, no fue más allá, no entendía por qué, yo lo deseaba con todas mis ganas, pero parecía que todos los tiempos los marcaba a su manera, esa que hacía que yo estuviera viviendo a su lado los mejores días

de mi vida.



## Capítulo 9

El amanecer más mágico de mi vida

Llevaba pocas horas durmiendo, era incapaz de abrir los ojos, una de sus manos acariciaba mi entrepierna, la otra me abrazaba, podía escucharlo respirar pegado a mi oreja, me estaba excitando mucho. De repente, su mano se metió por debajo de mis bragas, acariciaba mis partes, su otra mano subió hasta mis pechos, comenzó a acariciarlos cada vez más fuertes, mientras sus otros dedos se introducían dentro de mí y jugaban a la vez con mi clítoris.

Abrí los ojos e intenté ir hacia su boca, pero él me frenó, con su mano ordenó que siguiera quieta...

Siguió jugando con mis partes, luego bajo sus labios desde mis pechos hasta abajo, colocando frente a mi zona más íntima, quitándose las bragas y entrando con su lengua directo a mis partes, esas que lamió como nunca antes lo había hecho nadie, haciendo estallar en un orgasmo que arrancó toda la tensión que había dentro de mí, haciéndome sacar un gemido que no me cabe duda que se escuchó en todo el campamento, pero a mí me daba igual, caí rendida como si me hubiera desmayado.

Abrió mis piernas, dejándola flexionadas, se quitó la ropa y empezó a penetrarme tranquilamente, mirándome a los ojos, acariciando mi pecho fuertemente, para empezar a ir más rápido hasta llegar a embestirme de la forma más brutal y placentera que jamás nadie había conseguido hacérmelo antes.

Me había ganado, pensé mientras quedamos abrazados, mirándonos sonriendo, después de haber tenido ese momento que, en el fondo, llevaba deseando desde que lo vi.

Se levantó de la cama, me cogió en brazos y me llevó a la ducha, faltaban

veinte minutos para salir a ver el amanecer a la gran duna.

En la ducha fue romanticismo puro, me lavaba sensualmente mientras me comía a besos, no me dejaba tomar las riendas, dejaba denotar quién mandaba, pero a mí me gustaba, me hacía sentir protegida, me daba una sensación que me hacía sentir especial, a su merced, pero muy especial...

## Capítulo 10

En mi retina para siempre

Salimos de la jaima, era de noche, los faros de velas alumbraban, unos chicos bereberes nos sirvieron un café antes de montarnos en los camellos que ya nos esperaban en fila.

No paraba de tirar fotos y echarnos selfis, cuando ya estábamos todos los de las jaimas, nos montaron en los camellos y comenzaron a caminar dunas y dunas hasta llegar a la gran duna.

Namir iba en el camello de atrás, yo me volvía y él me tiraba fotos, yo hacía lo mismo, me mandaba besos y me guiñaba el ojo de una forma tan sensual que me hacía recordar el momento tan excitante que había pasado unos momentos antes...

Llegamos a la gran duna, nos sentamos en la arena, saqué el paquete de tabaco.

- Un cigarrito para el pecho, por lo de la jaima –guiñé el ojo –y lo bien que lo hemos hecho –soltamos una carcajada y le di un cigarro.
- Eres tremenda, tremendamente divertida –me dio un beso en la mejilla.

El amanecer comenzó a dejarse ver, era impresionante, estaba embelesada, no paraba de tirar fotos, aquello era uno de los momentos más especiales que había vivido, además junto a Namir, ese hombre que desde el primer momento fue un flechazo en mi corazón.

Un rato después nos volvimos a montar en los camellos y volvimos al

campamento, sacamos las cosas de la jaima y nos fuimos a las habitaciones que tenían en aquel lugar, en plan más formal, ya habíamos vivido una noche en las jaimas y era suficiente, seguiríamos en el campamento, pero en la parte firme, en plan hotel.

La habitación era todo un espectáculo de lujo y belleza, un baño gigante con una bañera de hidromasajes, lo miré y sonreí, él encogió los hombros.

Nos fuimos a desayunar, al exterior, junto a la piscina, mirando a las dunas, bajo el cielo del desierto, donde sentía la paz, la tranquilidad de no importarme un reloj, sin el ruido el mundo, encontrándome a mí misma y dejándome llevar por algo que había irrumpido en mi vida.

El desayuno era de película, como todo lo de allí, el café estaba delicioso, los creps con Nutella era todo un deleite, las tostadas, los zumos, sin prisas, sin ruidos, aquello era una sensación que pocas veces podemos llegar a sentir.

- Me quedaría aquí un mes –dije mirando a la gran duna mientras sostenía el café.
  
- Pues mañana nos vamos –me guiñó el ojo.
  
- Jo, qué poco dura lo bueno –me crucé de brazos, quejándome.
  
- ¿Qué dices? Lo bueno aún no hizo más que empezar –acarició mi mejilla.
  
- ¿Qué planes tienes, señor misterioso?
  
- Tú solo déjate llevar...
  
- Hasta que te aburras de mí y me dejes en cualquier rincón de este país –le saqué la lengua.

- Mientras estés en Marruecos –se acercó serio a mi cara, mirándome fijamente a los ojos –siempre serás mía –dijo seriamente y luego cogió el vaso de té.
- Eso si yo quiero –dije chulescamente mientras cogía una tostada.
- No te equivoques, en estas tierras no... – sonrió de forma segura.
- ¿Y si me niego? ¿Me vas a dar un tiro? –pregunté bromeando.
- Eso nunca, pero te puedo retener obligada...
- Te denuncio a la policía...
- ¿A la marroquí? Tienes un problema, los tengo de mi parte...
- Sí, hombre, a toda la policía del país vas a tener de tu parte –negué con la cabeza soltando una carcajada.
- No, con tener a las tres personas más poderosas de la policía marroquí de mi lado, me es suficiente, una llamadita y listo –me guiñó el ojo chulescamente.
- No me das miedo –le saqué la lengua.
- No habría razón para que lo tuvieras –se encogió de hombros.
- Solo quiero saber una cosa...

Me hizo un gesto con la mano como diciendo que adelante a la pregunta.

- ¿Mañana vamos para Fez?

- No, mañana vamos para otro lugar...
- ¿Me queda la pregunta del comodín del público?
- ¡La última! –soltó una carcajada.
- ¿Me vas a echar de menos cuando vuelva a España? –estaba deseando escucharle la respuesta.
- No, pues no te irás, te acompañaré a recoger las cosas tuyas para venirte a vivir conmigo...
- ¿Y si no quiero?
- Vas a querer, me lo vas a pedir, no vas a querer alejarte de mí – levantó una ceja.
- Bueno, si me sigues follando como lo hiciste hace un rato... – solté una carcajada.
- Qué bruta eres –reía negando con la cabeza.

Tras el desayuno nos metimos un rato en la piscina y luego nos fuimos de ahí en el 4 x 4 a pasar unas horas a un sitio que me quería enseñar.

Salimos de las dunas del desierto, fuimos a unos mercados, todo me fascinaba, ese cambio brutal entre mi vida cotidiana y lo que se vivía allí, me chocaba mucho, pero era tan especial que me hacía replantearme muchas cosas, entre otras, que vivíamos esclavos de la tecnología y de tener muchas cosas que al final, controlaban nuestras vidas.

Nosotros tenemos reloj, ellos tienen el tiempo, eso era algo que me llevaba sin dudas, de este viaje.

Pasamos todo el día por fuera visitando sitios remotos, hablando con gente de

allí, incluso tomamos té en casa de una familia nómada, que no dudaron en abrirnos sus puertas.

Por la tarde volvimos al campamento, nos duchamos y cogimos una mesa al aire libre para cenar.

Un grupo de músicos amenizaban la velada, las estrellas volvían a aparecer a darnos otro espectáculo, aquello era especial, aquello era la aventura de mi vida.

Nos tomamos dos botellas de vino, estábamos ya sentados en las dunas, la música seguía, la noche estaba animada, nuestras manos se acariciaban, nuestros ojos hablaban sin necesidad de abrir la boca.

Sobre la una de la mañana volvimos a la habitación, al día siguiente volvíamos a salir rumbo a... ni puñetera idea...

## Capítulo 11

Entre sus brazos

Llegamos a la habitación, me frenó agarrándome el brazo mientras cerraba la puerta, luego me jaló hasta los pies de la cama, donde se sentó y me dejó frente a él, entre sus piernas y comenzó a quitar mi falda, mis bragas, mi camiseta... dejándome desnuda frente a él mientras me observaba.

— ¿Y tú qué? —señalé a su ropa.

Puso su dedo en mis labios, en señal de que me callara, ese mismo dedo que fue bajando hasta introducirlo en mi vagina.

— Ufff —solté un resoplo al entrar tan bruscamente sus dedos dentro de mí.

Con su otra mano tiró de mi cuello hacía su boca, empezó a besarlo a mordiscos, con su otra mano saliendo y entrando en mí. Podía escuchar cómo respiraba rápidamente, estaba excitado, como yo, pero necesitaba tocarlo, no me dejaba tomar las riendas de nada.

Se levantó rápidamente y comenzó a desnudarse, luego me tumbó boca abajo, levantándome a cuatro patas, lo que en mi pueblo se llamaba a perrito y comenzó a embestirme de una forma brutal, mientras su mano acariciaba mi clítoris, yo pensaba que iba a desfallecer, llegué al orgasmo más rápido de lo deseado, pero ese hombre conseguía acelerar toda la excitación que conseguía sacarme.



— No puedo más —me quejé.

— Sí puedes.

Se sentó en el filo de la cama y me sentó frente a él, siguió penetrándome brutalmente, agarrando por la espalda fuertemente y consiguiendo llevarme a su ritmo a ese que nos volvería hacer chillar fuertemente de placer...

— Eres una máquina —dije cayendo rendida en la cama.

— Esto solo es el principio —dijo marchando al baño a lavarse.

Y ahí me quedé tumbada, soñando con los próximos momentos que me quedarían por descubrir de ese hombre, pues si algo tenía claro era que quería perderme todos los días entre sus brazos.

## Capítulo 12

Directos a Ketama

- Buenos días, dormilona –note los labios de Namir, susurrando junto a mi oído.
- Buenos días, pollita –dije besando su mejilla.
- ¿Pollita? ¿Y esa soez? –preguntó riendo.
- Soez dice... luego bien que la utilizas –me estiré –. Tengo hambre...
- Pues vamos, nos llevamos ya las cosas, hay que salir pronto.
- ¿Qué hora es?
- Pues las siete. ¡Hora de levantarnos! –me dio un cachete en el culo.

Nos fuimos con nuestras cosas a la zona de la piscina, nos encantaba desayunar allí, devoramos de todo, nos tomamos un café, un té y un zumo, con la barriga llena nos montamos en el 4x4 y rumbo a... Ni idea, pero para allá íbamos.

Namir puso la música flojita, un poco de ritmo latino, me sorprendía mucho, pero ese hombre parecía más occidental que yo.

Había sido la estancia corta en el desierto, pero muy intensa, lo vivido allí había sido una explosión de sensaciones y sentimientos, aquel lugar era digno de visitar de vez en cuando, las noches allí no tenían precio, algo que es muy difícil de experimentar si no llegas a sitios así, lugares remotos del mundo.

Cada vez tenía la sensación de llevar casi toda una vida al lado de este

hombre, increíblemente apenas llevábamos juntos seis días, pero la conexión era tan brutal que parecía que pertenecía ya a mi vida.

Ahora el trayecto era a la inversa, de un lugar remoto de un país a la otra parte de la civilización, aunque me preguntaba quiénes eran los civilizados, a veces creemos tenerlo todo, pero ese todo nos ata, no nos da la libertad que otros tienen, esa que cuando se percibe, te da mucho para pensar.

Namir respetaba mucho mi silencio, sabía que conectaba con todo aquello que pasaba por mis ojos, que disfrutaba viendo el paisaje, las casas y personas que se cruzaban en nuestro camino, que observa y me metía de lleno en esa aventura, de vez en cuando acariciaba mi mano, mi pierna, me ofrecía un cigarro, me miraba, nos mirábamos y eso era más que suficiente, no hacía falta hablar, más que cuando yo, le soltaba una de las mías, esas cosas que a él le sacaban una sonrisa.

A media mañana hicimos una parada para tomar un refresco, el calor era impresionante, al final cogimos un par de latas bien frías y nos metimos en el coche para continuar nuestra ruta.

A la hora de la comida paramos en Ifrane, llamada la Suiza de Marruecos, a sesenta y cinco kilómetros de Fez, llena de casas alpinas, lagos y parques, no daba la sensación de estar dentro de ese país.

Aparcamos y nos metimos en el centro de la ciudad, una calle peatonal llena de restaurantes y terrazas, nos sentamos en una de ellas, tenía una sensación muy extraña, como si me hubieran plantado directamente en cualquier lugar de Europa.

— No te muevas, ahora vengo —dijo Namir después de haber pedido la comida, sin casi dejarme hablar, levantándose y marchándose.

Sonreí, así era él, misterioso, sabía que no tardaría mucho, me sentía muy protegida por él.

Me tiré un selfie, coloqué bien la mano de Fátima que llevaba colgada, algo que siempre me acompañaría.

La colgué en el Facebook, pronto comencé a recibir comentarios, la gracia era que Namir no tenía redes, ni las quería, su teléfono solo lo usaba para hablar o buscar información.

Unos quince minutos apareció, con una bolsa muy coqueta en la mano.

- ¿Qué me has comprado? –bromeé.
- Toma, míralo tú misma –puso esa bolsita de boutique delante de mí.
- Ah. ¿Era para mí? –pregunté extrañada.
- Claro... – la señaló con su mano para que la abriera.
- Un mojón para ti –dije cuando descubrí uno de los contenidos, era un precioso velo para la cabeza, por el tacto se dejaba ver que era de mucha calidad, en color tierra –, es una maravilla, pero yo no me lo voy a poner, quizás para el cuello, pero no me pidas que me lo ponga, no pertenezco a tu cultura –dije mientras abría otra bolsita que había dentro.
- Ariadna, no te voy a obligar ni pedir nunca que te lo pongas en la cabeza, solo una vez, o cuando vea que es importante, pero mañana te enseñaré algo y me gustaría que siguieras mi consejo y lo hicieras, me dejarías más tranquilo, solo será un rato –dijo pidiéndomelo de forma educada y correcta.
- ¿Dónde vamos a ir mañana? –pregunté intrigada.
- Vamos para la zona de Ketama, allí tengo una casa que te gustará mucho, donde paso mucha parte del tiempo, desde donde controlo mi trabajo y mañana te quiero enseñar precisamente eso, mi trabajo –me guiñó un ojo.

- ¿Y quieres que en tu trabajo sea cuando lo lleve puesto? ¿Es así? – dije sin entender nada.
- Así es.
- Vale, me lo pondré –dije sin dudarlo, quizás en su empresa habría personas muy arraigadas a la tradición, seguramente sería una muestra de respeto, en un caso puntual no me importaba ponerlo –. Esto me encanta –dije descubriendo lo que había en la otra bolsa, era unas gafas de Dior que había visto en una revista y le dije que me encantaba –. ¿Cómo lo has conseguido?
- Hice unas llamadas desde el desierto, me estaban esperando en esa tienda que es muy exclusiva con las gafas y el pañuelo que les pedí.
- No debiste hacerlo –dije dándole un beso en la mejilla.

Me coloqué las gafas, de pasta negra, grandes, con unos brillantes al lado formando la marca de Dior, eran una cucada.

- Me siento una puta con tanto regalo –dije brutaemente, como yo era – solté una carcajada.
- ¿Cómo dices eso? –soltó una risa de impacto y negó con la cabeza.
- Mira la foto que he subido al Facebook –le mostré el móvil.
- Estás preciosa y parece que estás por Europa –me guiñó el ojo.
- Sí, es impresionante este lugar, te saca del arraigo del país.

Comimos y continuamos la ruta hasta Ketama, su otra casa, donde pasaríamos,

según Namir, algunos días.

Se notaba la zona de montañas, llegamos a su hogar, un casoplón en medio de las montañas, me impresionó mucho, mucha seguridad desde la entrada de esas grandes puertas, una kilométrica muralla rodeando y protegiendo el interior, la seguridad de fuera al verlo lo saludaron muy respetuosamente, casi como si fueran militares y abrieron las puertas.

- No me lo puedo creer –dije mirando todo, impactada por esa casa, por todo lo que veía, si la casa de Fez me había impresionado, esto ya era de otro nivel.

Namir sonreía mientras dejaba el coche en la zona de aparcamientos, un chico de su edad más o menos vino a saludarnos, por su forma de hacerlo, entendí que Namir ya le había hablado de mí. Se llamaba Kale.

- Es uno de mis hombres de confianza –dijo Namir señalándolo.

Yo estaba atónita, lo seguí hasta el interior, allí nos saludó una mujer de mediana edad, era Amira, encargada del hogar y de la cocina.

Tras enseñarme esa casa, palacio, o como se pueda llamar, dejamos las cosas en la habitación y nos bajamos a la zona de piscina, Namir estuvo un rato hablando con Kale, imagino que, de trabajo, también hizo varias llamadas, yo aproveché para tomar un té mientras me mensajaba con mi familia.

Un rato después apareció otros dos hombres, los cuatro hablaban en una mesa al fondo, me di cuenta de que todos llevaban un arma en la espalda, eso me inquietaba, pero imaginaba que Namir por lo que debería de tener, debía de tener mucha seguridad a su alrededor.

Amira apareció con unos dulces para acompañar al café, me llevé una alegría al descubrir que hablaba un poco de español y era muy simpática.

Seguía apartada de ellos, en el otro lado de la inmensa piscina, yo estaba en un sofá exterior súper cómodo, con mi móvil y de un relax que no tenía precio, fotografiaba todo con disimulo y se lo mandaba a mi hermano, ese que me llamaba loca y me preguntaba que, si sabía lo que estaba haciendo, no lo sabía, pero era lo que quería en esos momentos.

Aquello era como estar encerrada en un castillo, la piscina no era una normal, era como si fuera un lago, inclusive tenía una zona dentro del agua para sentarte a tomar algo, lleno de preciosas palmeras a media altura.

¿Por qué yo? Me preguntaba mil veces, ese chico podía tener a todas las mujeres que quisiera, era guapo, tenía un cuerpo impresionante, dinero y una vida que ya la quisiéramos el resto del mundo.

Seguramente cuando se cansara de mí. me daría dos patadas, pero yo pensaba vivir el momento, pero sabía que cuando volviera, una parte de mi corazón se quedaría aquí para siempre.

Kale no dejaba el teléfono, Namir y los otros dos hablaban, lo hacía de forma que parecía que estaban organizando algo, sería todos sus trabajadores, pero yo observaba, Amira venía y me volvía a servir té, era de lo más simpático, además transmitía mucha dulzura, ellos tampoco dejaban de tomar té, vi cómo Namir se levantaba y se venía hacia mí.

— Toma –me dio un cigarrito de esos que me gustaban.

— Buen detalle –sonreí.

— Tengo que salir con mis dos chicos, Kale se queda aquí con la seguridad y Amira, vuelvo en un rato para cenar, si quieres aprovecha para estar aquí al sol o ve a ducharte a descansar –me dio un beso en la mejilla.

— Vale, ve tranquilo, luego nos vemos.

Allí me quedé un rato más, terminando el té y disfrutando de ese cigarrillo que me había hecho Namir.

Kale pasó por mi lado;

— Si necesitas algo, estoy en la parte delantera de la casa.

— Gracias, tranquilo.

¿Qué iba a necesitar? Si lo necesitara se lo pediría a Amira, pero bueno imaginé que era por quedar bien y ofrecerse para cualquier cosa...

Un rato después subí a ducharme, cual fue mi sorpresa que en la cama había un corazón con trufas de chocolate sobre una bandeja y una rosa que al cogerla me di cuenta de que era de chuchería, se me salió una amplia sonrisa, al lado había una nota.

“Para mi bella y alocada niña.”

Me metí en el baño, con una coca cola zero bien fría que le había pedido a Amira, puse música en el móvil y me quedé ahí recordando los momentos tan bonitos que había pasado con Namir. Comencé a tararear la canción de Vanesa Martín.

Después del baño me puse un vestido corto de tirantes, color marrón, me cogí una cola alta y bajé a la cocina a charlar un poco con Amira, me sentía sola en esa casa tan grande, así que fui a buscar compañía.



- Hola, Amira –dije entrando a la cocina.
- Hola –me dijo con la mano que adelante y una sonrisa que me encantaba –. ¿Qué desea tomar?
- Un vaso de agua con mucho hielo –sonreí.
- Ahora mismo –se dirigió a la nevera. – ¿Qué tal el baño?
- Bien, me he relajado bastante, el viaje ha sido largo.
- Me alegra, el señor ya está de vuelta, os estoy preparando una ensalada de marisco y un delicioso pescado al horno que me encargó.
- Estupendo –huele genial.
- Toma –me puso el vaso sobre la mesa alta en la que estaba apoyada.
- ¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?
- Como diez años, ya es como mi casa –sonrió.
- Eso está bien.
- ¿Qué está bien? –preguntó sonriendo Namir desde la puerta de la cocina.
- Holaaa –dije feliz de verlo.
- Hola, preciosa –me dio un beso en la mejilla –, vamos al jardín.
- Luego nos vemos, Amira –le guiñé el ojo y ella me hizo lo mismo.

Salimos al exterior.

— Estoy agotado —dijo quitándose la ropa para darse un chapuzón en la piscina.

Yo me quedé sentada observándolo, quería que me metiese, pero yo ya estaba fresquita, bañada y no me iba a meter.

Lo notaba un poco ausente, pensativo, pero debía ser el cansancio, así que después de cenar, nos fuimos a la habitación a acostarnos pronto, el día había sido largo, así que nos fundimos en un abrazo y caímos rendidos.

## Capítulo 13

Frente a la realidad

- Buenos días –escuché desde la puerta del baño mientras yo intentaba abrir los ojos.
- Buenos días –me estiré –. Qué pronto te levantaste –apenas eran las siete.
- Soy madrugador –dijo acercándose a mí para darme un beso en la frente –. Vamos, nos espera un succulento desayuno.

Me levanté quejándome, fui al baño a asearme y vestirme.

- Te espero abajo –dijo mientras me pegaba a él para besarme.
- No tardo –le saqué la lengua.

Hoy era el día en que iba a conocer su imperio, su empresa, aquello que le daba una calidad de vida al alcance de muy pocas personas, lo tenía todo, atractivo, interesante, sensual, carismático, divertido, sensual... No entendía qué tenía yo para haberse fijado en mí, pero me hacía sentir la mujer más feliz del mundo.

Entré a la cocina y saludé a Amira.

- Buenos días, el señor la espera en el exterior, disfrute del desayuno.
- Gracias, voy antes de que se lo coma todo –bromeé.

Ella sonrió y afirmó con la cabeza, era un encanto.

Namir estaba leyendo algo en el móvil.

- Deja el móvil y disfruta de todo esto –dije señalando el gran banquete que había sobre la mesa.
- A sus órdenes –dijo poniendo a un lado de la mesa.
- Así que hoy vamos a conocer su imperio... – guiñé el ojo.
- Aja –dijo mordisqueando el pan y se le escapó una risa.
- Esa sonrisa es que guay, la voy a impresionar más aún... – bromeé
- ¿Tú crees?
- Pues sí.
- Pues sí que te va a impresionar, no te quepa duda –guiñó el ojo y atendió una llamada que le estaba entrado al móvil.

Lo miraba y me daban ganas de comerlo, babeaba con su voz, con su forma de dirigirse a mí, con todo lo que desprendía...

Salimos de su casa con dos coches escoltándonos atrás.

- ¿Por qué llevas dos coches de seguridad?

- Cuando me dirijo a nuestra zona laboral, siempre llevo varios escoltas.
- ¿Y eso?
- En un rato lo comprenderás...

Un rato después, en una zona alta y aislada de Ketama, paramos el coche frente a la mayor plantación de marihuana que jamás hubiera visto mis ojos ni en documentales.

- Uala –dije asombrada –. ¿Esto es legal?
- Tranquila, está todo muy bien controlado.
- Yo estoy tranquila, inquieto debe estar el responsable de todo esto – solté una carcajada y mirando asombrada aquello.
- Yo estoy tranquilo, te repito que está todo controlado... – dijo volviendo al coche.

Me monté sin entender lo que había creído escuchar.

- Esto –dije señalando por la ventanilla del coche a la plantación que se veía a lo lejos –. ¿No será tuyo, verdad? –pregunté asustada.
- Todo eso y lo que vas a ver hasta que llegemos a las naves, son míos...

- Dime que estás bromeando, Namir...
- Para nada, esta es mi empresa de exportación –se encogió de hombros mientras conducía.
- Ah no, no Namir, no me digas que eres traficante, por Dios... –me estaba poniendo pálida.
- El más importante de toda la zona de Ketama –dijo seriamente como el que dice que es el dueño de cualquier empresa de ropa.
- Namir, esto no me está gustando...
- ¿A qué temes?
- ¿Cómo que a qué temo? ¿En serio? –estaba súper indignada.
- En que me puedo diferenciar a tener una empresa de exportación de cuero a hachís. ¿Ya por eso no soy la persona que conociste sin importar el trabajo que tuviera? De todas formas, tengo una cadena de supermercados por todo el país de Marruecos, es a lo que la gente se piensa que me dedico, a vivir de ello.

Llegamos a una entrada llena de seguridad, por supuesto, trabajadores de Namir, yo estaba enfurecida, no quería estar siquiera allí, pero ya estaba.

- Espero que volvamos lo antes posible –dije bajándome del coche.
- Así será.

Sus hombres nos recibieron en una casa que había al lado de las naves, ahí

estaban los de confianza de él y encargados de vigilar todo, en las naves y en el exterior hombres trabajando y preparando los fardones de hachís.

Tras enseñarme todo, yo con el rostro serio, nos sentamos en el porche con 3 hombres a tomar un té, dos de ellos estuvieron el día anterior en su casa y fue con los que se fue, yo no hablaba, miraba mi móvil, tenía el alma por los pies, ahora comprendía porqué en la casa que estábamos, por último, hospedados, la frecuentaba tanto como la de Fez, aquí estaba cerca del control de su... ni siquiera sabía cómo llamarlo.

En ese momento me entró una llamada de mi hermano por WhatsApp, yo tenía puesta una tarjeta de prepago que me dio Namir, para tener internet, pedí disculpas y me levanté a coger la llamada.

- Dime, guapo.
- Ariadna, tienes que regresar a casa... – dijo nervioso.
- ¿Qué dices? ¿Qué pasa?
- Tienes que venir ya...
- ¿¿¿Pero qué pasa??? –pregunté nerviosa y en tono alto, Namir y los chicos me miraron.
- Mamá...
- ¿¿¿Mamá qué??? –
- Le dio esta madrugada un paro cardiaco, acaba de fallecer –dijo rompiendo a llorar.

Se me cayó el móvil de las manos, me tire al suelo a abrazarme a mi misma, encogida, rota de dolor y conteniéndome a chillar.

Namir corrió hacia mí.

- Eh. ¿Qué te pasa, cariño? –se agachó a abrazarme.
- Me tienes que llevar a Tánger ya, tengo que coger un barco a España. Debo llegar lo antes posible, mi madre ha fallecido –dije llorando desconsolada.
- No, no puede ser –me levantó y abrazó.
- Quiero irme ya –no dejaba de llorar.
- Ahora mismo –se volvió y dijo algo a los chicos y salimos a toda leche para su casa a recoger mi documentación y ropa.

Yo no hablaba, solo lloraba y él acariciaba mi mano, respetando mi silencio.

En su casa recogí rápidamente mis cosas y Namir se preparó una pequeña maleta.

- ¿Y eso?
- Me voy contigo a España, no te pienso dejar sola.
- Namir...
- No hay más nada que hablar, me voy contigo –agarró mi maleta y la suya y salió corriendo al coche.

Nos montamos en el coche y salimos a toda prisa hacia Tánger.

No hablamos en todo el camino, yo iba sollozando, él seguía acariciando mi mano.

Cogimos al medio día el ferry, el coche de él también lo metimos en el barco, nos pusimos en la parte alta, yo no paraba de llorar y él de abrazarme.

Cuando llegamos a Tarifa, salimos directos al tanatorio, ya mi hermano me había dado instrucciones de todo.



## Capítulo 14

Despedida.

Entré al tanatorio y ahí estaban mis tías, primas y mi hermano que corrió hacia mí a buscar ese abrazo que, aunque sea solo un poquito, algo le consuele.

- Qué fuerte, Ariadna, qué fuerte –sollozaba sin soltarme.
- No me lo puedo creer –dije casi sin poder pronunciar las palabras.

Le presenté a Namir, que le dio su pésame, luego vino toda mi familia y vecinos a abrazarme.

Cuando vi a mi mamá por el cristal, me derrumbé, no podía ser cierto, nuestra madre, el ángel de la guarda de mi hermano y mío, la que tuvo que hacer de padre y madre para sacarnos hacia delante, esa mujer que nos guio por el camino más honesto, esa gran mujer que se fue sin poderse despedir de mí...

Namir y mi hermano me sacaron afuera, mi hermano y yo nos mirábamos sin entender por qué nos pasaba eso a nosotros, era el palo más grande que la vida nos daba.

Nos quedamos allí junto a ella hasta por la mañana, que la llevamos a enterrar, otro momento muy duro de ver, ella no quería que la incineraran, cosa que respetamos.

Namir no se separó de nosotros en ningún momento, tras el entierro, los tres nos fuimos para mi casa, el hotel que con tanto amor ella había levantado.

— Qué locura de todo ahora sin ella —dijo mi hermano.

Sabía que se refería al hotel, que funcionaba perfectamente todo el año, pequeñito pero acogedor, lo llevábamos entre nosotros 3 y 4 personas más de limpieza y cafetería —comedor.

— Tienes razón...

— Por mi lo vendía a los Jiménez —eran unos contratistas que habían puesto una muy buena oferta por el hotel, querían agrandarlo y hacerlo más grande, además que sabían que funcionaba muy bien.

— Si quieres venderlo, lo hacemos. Sé que siempre quisiste volar de este pueblo, no lo hiciste por no dejar sola a mamá, podemos venderlo si quieres, yo tampoco tengo fuerzas para seguir con esto. Además, era el sueño de mamá y siempre dijo que, si faltaba, ella se iba feliz porque lo disfrutó y sirvió para sacarnos adelante, pero que nosotros deberíamos ir a por nuestros sueños.

— Lo sé, por eso, cuanto antes hagamos todo mejor, que no se enfríen los contratistas Jiménez, mañana hablaré con ellos y arreglaremos todo. ¿Qué piensas hacer? Te puedes venir a vivir a la casa que yo compre.

— Tranquilo, hermano, por ahora no me compraré nada, pero me alquilaré una casa —Nimir permanecía en silencio, estaba haciendo un té para los tres.

— Con lo que nos pagan de esto más lo que mamá tiene en el banco, podemos comprarnos una casa y nos sobrará para dejar ahorrado algo.

- Lo sé, vamos a arreglarlo todo lo antes posible, con este dolor y trabajar en esto, ahora no me apetece.
- A mí tampoco –dijo con mucha pena, mientras las lágrimas le caían por la mejilla.
- ¿Puedo preguntaros algo? –irrumpió Namir con el té.
- Claro –respondió Tino, mientras yo afirmaba con la cabeza.
- ¿Cuánto os pagan por esto?
- Pues compran todo, el hotel con las 20 habitaciones, nuestra casa y los diez mil metros de terrenos, tenemos una oferta de trescientos mil euros.
- ¿No es poco?
- Es un pueblo de montaña, no pagan como si estuviera en uno de la costa, además agrandarlos les costará un pastón y arreglarlo como quieren. Nos pagan los impuestos que haya que pagar, el dinero es limpio, para nosotros poder empezar está bien, además mi madre tiene unos ahorros, vendió la casa de su madre cuando murió y nunca tocó el dinero, además de ahorrar del hotel. Mi madre nos dejó cubiertos.
- Ya lo veo. Siendo de esa manera quedáis bien, es lógico lo que queréis hacer.
- Claro, ya tranquilamente yo me compraré una casa, ahora no estoy para hacer nada a la ligera –dijo con toda la pena que sentía—. De todas formas, todo está puesto a nombre de mi hermano y mío, mi madre siempre dejó las cosas facilitadas, no hay ni que arreglar

herencias, ni nada. Mi hermano y yo somos los socios de toda la sociedad de la que es dueña el hotel.

Mi hermano tomó el té y se fue a su habitación. Yo me quedé con Namir en el patio de la casa, tomando y tomando té.

- ¿Puedo proponerte algo? –preguntó Namir cogiéndome la mano.
- Dime...
- Arregla estos días todo, yo me quedo a tu lado y nos regresamos a Marruecos una temporada, hasta que te aburras, o decidas que quieres volver, no tengas miedo, quiero explicarte todo.
- Namir, me da miedo tu mundo, no me lo esperaba, pero no te voy a mentir, me apetece estar contigo, como persona para mí eres de lo mejor, pero eso en lo que estás envuelto me puede salpicar y joder mi vida.
- Te prometo que no, está todo muy controlado, yo no paso nada, yo apenas aparezco por la zona y estamos muy protegidos, allí en Marruecos todo se puede comprar, hasta la tranquilidad de que los que pueden pillarnos, nos están protegiendo. De todas formas, te mantendré alejada de todo, confía en mí, vuelve allí conmigo...

El caso es que sabía que en Marruecos iba a estar más tranquila, aquello me daba paz, me hacía sentir mejor y para qué mentirme, quería estar a su lado, a pesar de saber que era uno de los mayores narcotraficantes del norte y centro de Marruecos.

- Volveré –dije llorando por todo –, pero si quieres vete tú, no sé los

días que me llevará todo esto, además tendré que alquilar algo y meter mis cosas.

- Gracias —me besó las manos —, me quedo contigo, mañana mientras tu hermano cierra el trato nos vamos a buscar una casa, estos días hacemos la mudanza, alquilamos algo, dejamos pagado un año.
- ¿Dejamos? —negué con la cabeza.
- Lo pagaré yo, pero será tuyo —me guiñó el ojo —, pero me tienes que aceptar de visita cuando venga —me dio un beso en la mejilla.
- Yo puedo pagarlo, no me sentiría bien que tú lo hicieras.
- Sé que puedes pagarlo, pero mira, te iba a proponer una casita en la costa, en un pueblo por aquí frente al mar, que podamos ir a Marruecos y venir, hasta que nos aburramos el uno del otro, aunque por mi parte, eso será imposible.

Namir me transmitía paz, estabilidad, protección, lo malo, su vida laboral, esa que no conseguía sacar de mi cabeza.

Pasamos el día en la casa, no salimos para nada, hasta por la noche que caímos rendido del cansancio, llevábamos un día y medio sin dormir.

## Capítulo 15

### Decisiones

Desperté y Namir no estaba a mi lado, bajé a la cocina y no estaba, salí al patio y allí estaban los dos desayunando, charlando, por cómo estaba la mesa se notaba que llevaban un buen rato ahí.

Saludé a los dos con un beso en la mejilla, era todo tan raro, saber que no volvería a ver por las mañanas a mi madre con ese café esperándome, o momentos de esos que ya no volverían a pasar, me hacían sentir muy triste, desamparada.

- He estado hablando con los hermanos Jiménez, como ellos tienen muy estudiado esto y valorado, se hacen cargo de todo hasta el final de las reservas, en cuatro días firmamos. Es el tiempo que tengo para ponerlo al tanto de todo y ellos mover todo en notaria.
- Me parece perfecto –dije dando un sorbo.
- Van a comprar la sociedad tal cual, el dinero que hay en el banco nos lo darán también con la compra, se quedan con la empresa y le vendemos nuestra parte de todo.
- Está bien.
- Tenemos que actuar rápido, la semana que viene debemos dejar esto, nos dan 3 días más desde la firma.
- Yo el mismo día espero dejar esto –se me cayó una lagrima por la

mejilla y Namir me cogió la mano.

- Yo tengo decidido que me voy a Conil, tito me dice que trabaje en su asesoría, allí no me faltará trabajo, además estuve mirando y hay pisos a muy buenos precio, lo que me permitirá dejar un buen colchón ahorrado.
- Me parece genial, hoy me iré con Namir a buscar un alquiler, aún no tengo claro donde lo pillaré, pero imagino que cuando me de el aire, seguro que me decido, lo que tengo claro es que aquí no me quiero quedar.
- Ya me dijo Namir que te vas una temporada a Marruecos, me alegra saber que allí estas en buenas manos y que ese país te aporta tan buen rollo.
- La verdad es que sí, no sé cuánto tiempo estaré, pero me voy una temporada.
- Me alegra mucho, el cambio de aires te irá bien.

Después del desayuno mi hermano se fue a ver a los Jiménez, se encargaba de arreglar todo, yo me fui con Namir en su coche, sin tener claro adónde íbamos, necesitaba pensar en que lugar iba a tener mi alquiler en España, mi casa, para cuando volviera.

- ¿Te puedo dar un consejo? – dijo mientras arrancaba el coche.
- Claro –otra vez comencé a llorar, me sentía totalmente vacía sin mi madre.
- No sabes cuánto tiempo vas a estar en Marruecos, tu casa estará sola, pienso que deberías meter todo en mi coche, venirte a Marruecos, te

instalas en mi casa, si algún día decides irte, puedes venirte a casa de tu hermano que te recibirá con los brazos abiertos, hasta que busques algo...

- Namir, no puedo irrumpir en tu vida de esa manera, no sé, veo que tienes razón en lo de alquilar, pero meterme con todo en tu casa me parece muy fuerte.
- Fuerte es que lo desees y no lo hagas, nos podemos instalar en Fez, lejos de todo lo que no te gusta, yo iré de vez en cuando, o me acompañas y te quedas en mi casa de Ketama, pero podemos intentar algo, algo que los dos deseamos.
- Todo esto es de locos –puse mi mano sobre mi frente y abrí la ventanilla. – ¿Qué hago en Fez? Yo quiero trabajar, una cosa es que me vaya de vacaciones y otra instalarme y quedarme cruzada de brazos.
- Puedes en Fez, si quieres, aprender peluquería en el salón de una amiga mía, le ayudé para que lo abriera, su familia es para mí como la mía, le va genial, si quieres ir a ratos a distraerte y aprender, puedes hacerlo.
- Me gusta la idea, es más, yo me saqué el título de peluquera y el curso de las uñas de gel –solté una sonrisa, a pesar de que no podía con la tristeza.
- Claro, vente conmigo, solo tienes que llevar ropa y objetos personales, deja que todo fluya, quiero que estés a mi lado –dijo mientras besaba mi mejilla.
- Todo es una locura, pero no estoy para pensar mucho.
- Déjame a mí pensar por ti, déjame que te llene un poco el vacío tan grande que tienes, déjame amarte y cuidarte...



Pues eso necesitaba, que me cuidaran, me mimaran, tenía razón, alquilar algo precipitado no tenía sentido.

Los siguientes días dejamos todo arreglado, mi hermano se encargó de todo, mi hermano estaba destrozado, al igual que yo, pero arregló todo, el día de la firma en notaria ya teníamos la casa vacía, los muebles de la casa se lo dimos a mi tía que tenía un campo y lo demás lo repartimos, separamos el dinero, vendimos todo y nos fundimos en un fuerte abrazo en la puerta de notaria, prometiéndonos que siempre estaríamos el uno para el otro y que nos veríamos pronto, además de estar en contacto todos los días, era mi hermano, sabía que me quería con todo su alma, al igual que yo a él.

## Capítulo 16

### Volver a Marruecos

Montada de nuevo en el ferry, esta vez sin ataduras en España, solo dejando a mi querido hermano, pero nada más, tenía la sensación de haber perdido todo en mi vida, pero, por otro lado, que tenía que comenzar a crear mi propia historia.

Mientras me fumaba el cigarro, en el exterior del barco, Namir fue a por unos cafés, yo miraba al mar y no podía creer como la vida se había llevado a mi madre tan joven de golpe, como me la había arrancado de la forma más dolorosa, sin estar a su lado.

Ahora iba de nuevo a ese país que tanto me había gustado, no sabía si por una semana, un mes, unos años o para toda la vida, era incapaz de ver un futuro lejano, tenía el miedo de saber que el hombre que había robado mi corazón se dedicaba a algo que lo ponía en peligro, algo que podía terminar muy mal, aunque él pensara lo contrario.

Yo tenía dinero suficiente para comprar una casa y me sobraba para vivir unos años, él tenía una fortuna incalculable. ¿Sería posible conseguir sacarlo de ese mundo y que comenzáramos juntos una vida nueva sin riesgos? En el fondo, creo que tenía esa esperanza, pero aún nos quedaba mucho por descubrir y por hablar.

— Toma —apareció con dos cafés.

— Gracias —dije limpiándome las lágrimas.

Me abrazó con la mano que le quedó libre.

- Te juro por mi vida que te voy a ayudar a reducir ese dolor y vacío que hoy tienes dentro de ti —me dio un fuerte beso en la coronilla de mi cabeza.
- Gracias —dije volviendo a llorar como una Ariadna.
- No me las des nunca, lo que se hace con el corazón no necesita reconocimiento, para mí eres tan importante como si fueras parte de mi vida desde hace mucho.
- Namir, tengo miedo —rompí a llorar y me abracé fuertemente a él.
- No, no, no, preciosa —me cogió la cara con sus manos —, no tengas miedo a nada, ven, coge los cafés vamos a sentarnos en ese banco — señaló a uno que había también en el exterior en la parte de atrás del barco —. Te voy a contar algo.

Me agarró la mano y tiró de mí hacia allí, nos sentamos, pusimos en medio los cafés y volví a encenderme un cigarro.

- ¿Qué me vas a contar?
- Pues mi vida, esa que tú ves hoy desde diferentes puntos de vista, esa que pocos conocen realmente.
- Estoy deseando escucharla.
- ¿Ves mi mamá, cómo me quiere?

- Si y ví que te respeta mucho.
- Más respeto a ella yo, a veces me duele verla trabajar en la casa tanto y sin necesidad, pero comprendo que es su estilo de vida y es lo que le hace feliz.
- Pero yo tampoco lo entendí el primer día, luego me di cuenta de que ella es feliz, se entretiene y se siente bien con esa vida que imagino que es la que conoce.
- Te voy a contar toda la verdad, cómo comenzó todo. Yo tenía unos padres muy humildes, pobres, casi sin recursos, mi padre murió cuando yo tenía cinco años, lo que hizo que la cosa empeorara nuestra situación, mi mamá estaba enferma y nos cuidaba Zulema, la que hoy conoces como mi madre, ella se encargó de mí y de cuidar a mi madre.
- ¿En serio? —dije alucinada y deseando escuchar más.
- Sí —se hizo un silencio—. Dos años después murió mi mamá y Zulema me llevó a vivir a su casa, se hizo cargo de mí, como lo llevaba haciendo siempre, pues desde que tengo uso de razón, siempre ayudó a mi familia.
- Qué fuerte, te adoptó...
- Sí, con todo su corazón, con toda su nobleza, con toda su alma, se convirtió en mi madre, ella era viuda, pero tenía su casa pagada de herencia de familia y una paga de viudez bastante buena, ya que su marido era un alto cargo de Fez. Así que entiendo lo que estás pasando, yo perdí también a mi madre, pero hubo un ángel de la guarda como es Zulema y cuidó de mí, ahora me toca hacer la misma acción contigo, creo que todo pasa en la vida por algo y los caminos se juntan con un propósito, ahora haré lo que hicieron conmigo, además, de que te amo...

Me quedé blanca con lo que me había contado, más aún al escuchar de su boca que me amaba, encima de que me iba a proteger, algo que sinceramente necesitaba, jamás me había sentido tan vulnerable.

- Me quedo sin palabras.
- Estos días, hablando con mi mamá y contándole lo que te ha sucedido, nada más enterarse me dijo una frase que me llegó al corazón, de cierto modo, conociéndola, lo esperaba, me dijo que se repetía de nuevo la misma historia, solo que tú eres más mayor, pero que te cuidará, también, como si fueras su propia hija.
- Jo, así no hay forma de dejar de llorar –reí entre sollozos.
- Sé que nadie podrá tapar el vacío tan grande como la muerte de una madre, pero ya verás como en los momentos claves que necesites hablar con una madre, ella estará ahí.
- Pues como no sea por señas... no habla el español.

Le entró un ataque de risa.

- Te voy a buscar un profesor de árabe, para que todos los días té de una o dos horas de clases, quiero que aprendas nuestro idioma. ¿Te parece?
- Quiero aprenderlo, me encantaría, pero ¿por qué no me enseñas tú? – sonreí casi sin fuerzas.

- Ni tengo tiempo, ni paciencia, ni muchos hábitos que tendrá la persona adecuada para hacerlo –me guiñó el ojo.
- Tú y yo tenemos que hablar de muchas cosas –me encogí de brazos.
- Podemos hablar siempre de que lo desees, por supuesto...

Se divisaba ya Tánger, así que bajamos a la parte de abajo donde estaba el coche, un rato después ya estábamos saliendo del ferry dirección a Fez, de nuevo en ese maravilloso país, el que ya casi sentía mi segunda casa.

## Capítulo 17

Hogar, dulce hogar

Su mamá salió hacia fuera a recibirnos, se vino hacia mí y me dio un fuerte abrazo con mil calurosos besos, yo rompí a llorar y ella también, me agarró del brazo me llevó hacia dentro y me preparó un té, no le hacía falta hablar, su rostro y gestos me lo transmitían todo.

Namir y Hashim comenzaron a sacar todas las cajas de mis cosas del coche y lo llevaron a la que iba a ser nuestra habitación.

La mamá no paraba de darme abrazos y besos, de acariciar mi pelo y de llorar conmigo, se podía ver claramente que estaba muy afectada, reviviendo momentos como con Namir, lo que pasa que era diferente, era un niño y no tenía nada, yo en el fondo sabía diferenciar eso, a mí me había cogido con bastante madurez, había disfrutado toda mi vida de ella y económicamente no me quedaba desamparada.

Un rato después subimos a la habitación y comenzamos a colocar mis cosas en uno de los grandes roperos de esa habitación, allí había espacio para un regimiento, además me habían dejado la gran cómoda para mis cosas, cosa que me hizo mucha gracia.

Tras colocar todo con la ayuda de su mamá, nos duchamos y bajamos a cenar, Zulema nos había hecho una riquísima sopa, a la que le llaman Harira, estaba deliciosa, luego nos puso unas pastelas de pollo, pero yo no podía pegar bocado, le dije que me perdonara, que la comería al día siguiente, lo único que me entró fue la sopa, pero tenía el estómago cerrado.

Nos acostamos temprano, al día siguiente Namir, se iba a trabajar y revisar

todo, volvería tarde, yo aprovecharía para conocer el centro de belleza del que me habló y saldría al mercado, todo con la madre de Namir, que me iba a hacer de guía, nos íbamos juntas por la mañana.

No me costó nada coger el sueño, estaba reventada por el viaje y el cansancio cerebral que tenía, estaba agotada.

Por la mañana desperté y ya no estaba Namir, de todas formas, una hora aproximadamente antes lo noté irse, me dio un beso de forma delicada en mi cabeza, duró unos segundos, lo sentí con toda mi alma.

- Salam allecum –dije acordándome de ese saludo tan internacional que todos conocemos del árabe.

Zulema sonrió, vino a comerme a besos, era una dulzura, señaló que me sentara y comenzó a ponerme un banquete delante, yo con la mano le decía que parase, pero ella había preparado todo un señor desayuno.

El café estaba delicioso, pero yo no podía casi ni probar lo demás, ella casi me obligó, me juntó un poco de manteca y mermelada sobre la tostada e insistió para que me la comiera.

Un rato después salimos a perdernos por la medina de Fez, esa que me gustaba tanto.

Zulema iba vestida con su pañuelo en la cabeza y su chilaba, era muy arraigada a su tradición, cosa que era por su propia voluntad, ya que nadie la obligaba, pero ella se sentía bien así, yo, en cambio, me puse un mono de tirantes negro, largo, muy fino y fresquito, con una cola bien alta y mis gafas de sol grandes.

Ella iba agarrada a mi brazo, era increíble, sin hablar el mismo idioma nos entendíamos todo, me hizo gracia, unos chicos me miraron descarados y ella le



dijo algo en árabe y todos agacharon la cabeza, yo la miré y sonreí, ella me guiñó el ojo.

Compramos verdura y frutas frescas, a pesar de tener en el servicio de cocina a Amira, a ella le gustaba encargarse de las compras, así que luego fuimos a por carne y pescado, terminamos cargada de bolsas pero rápidamente paró a un chico con un carro y el lo llevo todo a su casa, yo entendí que la conocía, pues hablaron de forma que intuía confianza, luego nos fuimos y terminamos en el centro de belleza “Nahla”, que precisamente era la chica de la que me habló Namir, la dueña del centro y amiga de la familia, la madre de Namir, se despidió, Nahla, la traducía y me dijo Zulema que me esperaba en casa que me quedara con Nahla un rato.

Nahla era simpática y muy guapa, vestida de forma muy europea, nada de pañuelos, ni chilabas, no se diferenciaba en mi forma de vestir en nada.

- Me llamó hoy Namir, me dijo que me convirtiera en tu mejor amiga – soltó una risa y me guiñó el ojo.
- Este hombre es un controlador –saqué la lengua.
- ¿Me ayudas y termino antes para irnos a tomar un té?
- Claro. ¿Qué puedo hacer?
- Lava el pelo de la chica que está esperando y luego se lo secas un poco, que ya vengo yo a peinarla cuando acabe con esta.
- Perfecto –la verdad es que la idea me encantaba, así que me puse a ello.

Nahla, hablaba con las clientas y luego me traducía que decían, me transmitía muy buen rollo y me sentía a gusto allí.

- Entonces... ¿Vendrás todas las mañanas un ratito a trabajar? —me dijo sonriendo.
- Pues claro, si me dejas, yo vengo, me vendrá bien despejar la cabeza y aprender.
- Si no me cobras mucho — soltó una carcajada.
- Nada, solo quiero despejarme algunos días y aprender —sonreí.
- Según los días y horas que vengas, eso te pagaré a final de mes —me sacó la lengua y se fue a cobrar a la clienta.

Terminé de lavar la cabeza y entre las dos le secamos el pelo y la peinamos, me decía que lo hacía muy bien, la verdad es que siempre terminaba peinando a la gente, me encantaba el tema de la peluquería y estética.

Terminamos y nos fuimos a tomar un té a un hotel cercano, un precioso hotel, nos pusimos en el jardín y para mi asombro se encendió un cigarro.

- ¿Fumas? — pregunté extrañada.
- Claro, igual que tú —soltó una carcajada.
- Pensaba que aquí era raro ver a una mujer fumando.
- Aquí de puertas hacia dentro, no te imaginas la de cosas que no son como se piensan, muchas mujeres fuman y muchas de ellas son las que tienen la última palabra en su casa.
- ¿En serio?
- ¡Claro! Aquí y en casi todo el mundo, las mujeres somos las del

poder, las que chillamos y decidimos.

- No me daba la impresión de eso –solté una risa.
- De lo que se cuenta a lo que hay...
- Ya veo, de todas formas, a Namir se le ve muy europeo, no es de tradiciones...
- ¿Namir? Ese en una semana te lleva vestida como a su madre –dijo seriamente.
- ¿¿¿A mí??? Un mojón para él –dije firmemente.

Nahla, soltó una carcajada.

- Es broma, Namir, es muy respetuoso, además de ser una de las mejores personas que he conocido y que más nos han ayudado.
- Me habías asustado –puse mi mano en el corazón.
- Me vas a tener que pillar, tengo un humor muy irónico –me sacó la lengua.
- Eso me gusta –sonreí.
- Estoy segura de que nos llevaremos muy bien, debes ser muy buena chica. Namir jamás metió a nadie desconocido en su casa, pero lo tuyo ha sido muy fuerte –sonrió negando con la cabeza.
- Todo ha sido muy fuerte, llegar el primer día, conocerlo y no separarnos...

- Eres la envidia de medio Fez –dijo riendo.
- ¡Exagerada!
- ¿Exagerada? ¿Pero tú lo has visto bien? Guapo, interesante, forrado de dinero, casas de lujo, servicio, protegido por altos cargos del país, un hombre respetado, nadie se atrevería a meterse con él.
- Muy fuerte, sí –solté una carcajada.
- Lo has enamorado –me guiñó el ojo.
- ¿Tú crees?
- No lo dudo ni lo más mínimo... Es la primera vez que me pide encarecidamente que cuide a alguien, que te tienda la mano a modo amistad, aunque al principio dije que sí pues por él y su madre hago lo que sea, pero ahora que te conozco, te convierto en mi mejor amiga –reímos.
- Tengo la sensación extraña de pertenecer a este mundo, me siento cómoda aquí, como si mi vida en España hubiese estado muerta, aquí veo mucha vida, color, sabor, olor, una cultura más bonita de la que creía saber, no sé, pero este país me está llenando mucho.
- Marruecos, bienvenida a Marruecos, raro es la persona que viene y nos va enamorado de este lugar, es ignorancia lo que hay ahí fuera, en el otro continente, se piensan que estamos a la sumisión del hombre, que no podemos andar así vestidas, que no podemos hacer nada y se creen cultos, pero a muchos les falta un gran conocimiento.
- Cuánta razón tienes, esto no tiene nada que ver con lo que nos han querido transmitir.
- Me va a encantar tenerte por la peluquería –se acercó y acarició mi cara.

- Yo me saqué el título de peluquera y hace poco hice un curso de las uñas de gel.
- ¿En serio?
- ¡Si!
- Madre mía, no te imaginas la de trabajo que hay en mi centro para eso, pero solo sabe hacerla una chica y no podemos atender todas las solicitudes.
- Pues si quieres, coge citas todas las mañanas, que yo voy sin problema, ya te he dicho que me encantaría entretenerme, hacer algo, además voy a empezar a aprender árabe, pero en septiembre, me ha puesto un profesor Namir, pero serán algunos días y un rato, los horarios que me digas te los cumpliré, quiero estar en tu centro, me va a dar mucha vida.
- ¿Aprender árabe? Quitaa, yo hablo con Namir, es una tontería, en la peluquería y conmigo lo vas a aprender, allí al final hablarás mejor de que aprendiendo con un profesor.
- Vale, creo que entre mujeres aprenderé antes –reí—. Una pregunta...
- Dime, todas las que quieras.
- ¿Aquí dónde compráis la ropa? Pues veo muchas tiendas, pero no las veo tipo como tú y yo vamos vestidas.
- Claro, estamos en la parte vieja y tradicional, pero si nos vamos a la moderna, hay centros comerciales, tiendas como en Europa de firmas conocidas, cuando quieras nos vamos de shopping.
- ¡Estupendo!

- Pero estoy segura de que Namir te llevará en más de una ocasión a boutiques y sitios exclusivos, él es muy... no me sale la palabra que utilizáis –se dio una palmada en la cabeza para intentar recordar.
- ¿Pijo?
- ¡Eso! Muy, muy pijo –nos reímos a carcajadas.
- Veo que hablas muy bien mi idioma.
- Claro, he tenido algún enamorado español, pero luego me querían llevar para allá y no, no dejo mi tierra, la amo mucho.
- Normal, te entiendo, no lo quiero ni dejar yo –solté una risa.

Terminamos el té y nos fuimos de nuevo para el centro, ya la estaba esperando una clienta, me presentó a Zara, la chica que llevaba el tema de la estética y uñas, que antes estaba haciendo un trabajo encerrada en el gabinete y no la había visto, también hablaba español y era muy simpática, cinco minutos después llegó Samira, la otra peluquera, Nahla era la dueña y tenía a ellas trabajando.

La peluquería abría a las diez de la mañana y se quedaba abierta hasta las seis de la tarde, todos los días menos los viernes, era el día festivo de ellos, como para nosotros los domingos.

Mi teléfono sonó era mi hermano, me salí a fumar un cigarro y hablar con él, estaba más animado, pero podía percibir su tristeza, ya se había instalado en Conil, en septiembre comenzaría a trabajar en la asesoría de nuestro tío, en ese momento estaba en el hotel, había ido a Vejer a recoger unas cosas que faltaron y a terminar de explicar una cosa a los hermanos Jiménez, aunque se habían quedado con el personal que teníamos y así el cambio no había sido tan drástico, en un par de meses comenzarían las obras.

Volví a entrar para dentro, le dije a Nahla que era mi hermano, vino y me

abrazó cariñosamente, estaba al tanto de lo que nos había pasado.

Unos minutos después, entró Namir por la puerta.

- Cuánta belleza junta –dijo con su preciosa sonrisa.
- ¿Has visto mi belleza de fichaje? –dijo Nahla, señalándome.
- Ojo, has tenido mucho ojo, muy bella, sí señor –bromeó guiñándome el ojo.
- Oye, aquí me van a enseñar árabe, pienso venir todas las mañanas a trabajar, así que te ahorras el profe –me reí.
- Eso ha sido cosa de ella –dijo señalando a Nahla –, pero está bien, no pienso discutir con dos mujeres –dijo levantando las manos a modo de me rindo.
- Haces bien tendrías las de perder –dijo Zara, irrumpiendo en la conversación.

Todas conocían a Namir, lo respetaban mucho, también bromeaban, se notaba que había confianza.

- Nahla, me dice mamá que vengas con nosotros a comer que está haciendo un tajín de ternera con ciruelas.
- Síííí, no digas que no –la miré de forma amenazante.
- Está bien, pero me queda unos veinte minutos de terminar con esa chica, luego me puedo escapar un par de horitas –guiñó el ojo.

- Perfecto, ahora pasamos a por ti, voy a ir con Ariadna a comprar unos dulces, ahora nos vemos.

Salimos de allí, Namir me miraba sonriendo.

- Te gustó Nahla, ¿verdad?
- Me encantó, es muy simpática y amable, estoy segura de que nos vamos a llevar muy bien.
- Yo también. Por cierto... ¿Irás todos los días a la peluquería?
- Claro, por la mañana tú sueles trabajar, pues yo también.
- Me parece una genial idea, de veras que me alegro mucho, no te hace falta trabajar, pero eso te hará bien, además podrás ahorrar más de lo que ya tienes –sonrió.
- Yo quería hablar contigo, estoy un poco rallada, no sé cuánto tiempo me quedará aquí, no sé si debería de estar en tu casa, es que realmente no sé ni lo que soy para ti –solté una carcajada.
- Eres el amor de mi vida y la que quiero como madre de mis hijos – dijo flojito cerca de mi oreja, luego me agarró la mano y entramos a la pastelería.

Lo que me había dicho... en shock que estaba, frente a ciento de pasteles de todos los colores y sabores, pero sin reaccionar, el amor de su vida y la futura madre de sus hijos, ya me veía así, me lo imaginaba, pero también me veía en las noticias con el titular de que pillan al mayor narcotraficante y a su mujer de encubridora, tuve que aguantar de reír, pero más que reír, era para llorar.



- Namir –dije jalando del brazo y me acerque a su oído –, tengo una propuesta indecente que hacerte.

Soltó una risa que se escuchó en toda la pastelería.

- ¿Cuál? –preguntó en mi oído, también en flojito.
- Otro día te lo digo –dije muy flojito, guiñándole el ojo.
- Te lo recordaré todos los días.

Seguidamente nos tocaba, así que ahí acabo la conversación, elegimos los que más nos llamaban la atención y salimos con una caja con un kilo de pastelitos.

Fuimos al centro y esperamos en la puerta, al poco tiempo salió Nahla, nos metimos en el coche de Namir, él se sentó de copiloto, estaba Hashim, nosotras nos sentamos atrás.

Nahla iba jugueteando con un anillo de mi mano, uno de la marca Tous, a la que yo era muy asidua, me encantaba sus joyas.

Llegamos a la casa y Zulema ya estaba esperándonos con una sonrisa de oreja a oreja y nos llevo al porche exterior, donde tenía preparada la mesa, nos dijo que nos sentáramos ahí a tomar algo, que en un rato lo tendría listo.

Namir apareció con una botella de vino y sirvió las tres copas.

- ¿Tú también bebes? –pregunté a Nahla asombrada.

- ¿Pero tú qué te crees, que aquí las mujeres no bebemos, fumamos, ni hacemos lo que ustedes hacéis? –dijo de forma muy graciosa.
- Me quedo muerta –dije cogiendo una aceituna.

Zulema vino con la comida, Fátima, la chica del servicio también se encargó de la mesa, cuando estuvo todo puesto, la mamá de Namir se sentó.

Nos reímos mucho, pues Nahla, traducía todo lo que yo decía y también lo que decía Zulema, me di cuenta de que la mamá tenía un sentido del humor impresionante.

La comida estaba deliciosa, luego tomamos un té con los pasteles y Hashim, ya llevo a Nahla al centro, tenía que irse, así que nos despedimos quedando en vernos a la mañana siguiente.

Namir y yo nos quedamos en la cama balinesa del jardín, no sin antes habernos metido en la piscina.

- Namir, me siento mal viviendo aquí por la cara, me siento una intrusa.
- Yo no lo veo así, yo te siento una parte de mí, de nosotros, de la casa, no digas eso, ¿qué necesitas? Dime qué necesitas para sentirte como yo te siento y lo haré.
- No se trata de eso, no sé que hay entre nosotros, no sabría calificarlo.
- Está bien, te lo explico más tarde, confía en mí.
- ¿Más tarde?

- Sí, no seas impaciente –me abrazó y me puso mi cabeza sobre su pecho, ahí nos quedamos dormidos un rato.

Cuando despertamos fuimos a ducharnos, nos vestimos y nos fuimos a ni idea, así era él, el señor misterioso.

Me llevó a un restaurante precioso, apartado, en una zona que no parecía pertenecer a Fez, un restaurante exclusivo digno de un premio a la elegancia, todo estaba pensado al milímetro, subimos a la parte de arriba, a una terraza con un silencio y una paz arrolladora, con unas vistas preciosas, fuera del bullicio de la ciudad, fuera del mundo, un espectáculo de desconexión brutal.

Pidió la cena, además de vino, cuando lo sirvieron y se apartó el camarero, sacó una caja de su bolsillo, la identifiqué rápido, era de Tous, me la puso en las manos.

- ¿Y esto? –pregunté asombrada.

- Ábrelo –dijo señalándola.

Madre mía, un anillo de oro blanco y diamantes en forma de alianza, yo lo había visto en la página, una maravilla de anillo.

- Esto es el símbolo para decirte que para mí eres mi prometida si tú lo aceptas, que desde que te conocí sabía que eras la mujer que llevaba toda la vida esperando, que quiero que te quedes a vivir conmigo para siempre y que cuando tú lo desees, estoy dispuesto a casarme contigo.

- Namir —dije comenzando a llorar.
- Te amo...
- Yo también —dije colocándome el anillo. —Acepto ser la mujer del narco —dije mientras reía y sollozaba.

Namir apretó mi mano, sonrió y comprendí que eso contestaba a todas mis dudas, que, a partir de ese momento sí me sentiría un poco más parte de su familia, de su casa y de su vida...

## Capítulo 18

Una nueva vida

Me levanté temprano, Namir era el culpable, estaba acariciándome para despertarme, lo consiguió, lo hizo de la manera más dulce, cariñosa, sin desenfreno, con mucha sensualidad, como solo él sabía hacerlo.

Bajé con él a desayunar, Zulema ya estaba en la cocina, nos recibió con un abrazo cargado de besos, era un amor de mujer, era puro amor.

Desayunamos tranquilamente en el porche de fuera, nos gustaba mucho ese rincón, con esa mesa preciosa y unos sillones con cojines que eran de lo más cómodos.

- Estaba pensando en que me gustaría hacer en breve una escapada contigo.
  
- ¿Una escapada?
  
- Sí, irnos tres días a algún país de Europa, el que te apetezca.
  
- Eso suena muy bien, cualquier lado me parecería perfecto.
  
- Ya pensaré en algo –me guiñó el ojo.
  
- Vale, pero me avisas con tiempo, para avisar en la peluquería, no las voy a dejar tirada de un día para otro.

- Mírala ella, pronto empieza a cuidar su trabajo –sonrió –, no te preocupes te aviso con unos días de antelación, pero esa peluquería es como si fuera mía, así que ni te preocupes.
- ¿Tuya? Tú la ayudaste, pero es de Nahla –protesté.
- Yo me entiendo, no te preocupes por nada.
- Ya conozco tus yo me entiendo, vives envuelto en todo un misterio – dije chulescamente.

Un rato después se fue, yo subí a ducharme y un chico de seguridad me llevó al centro.

- Buenos días –dije a las tres, esta vez estaban todas.

Me saludaron muy simpáticamente, me encantaba el buen rollo que se traían, pronto empezaron a llegar las clientas.

- Hoy vas a lavar, secar y peinar liso a esta chica –me dijo Nahla.
- Perfecto –dije ilusionada.

Me puse a lavar la cabeza, una melena larga y gruesa, mucha cantidad, pero yo estaba contenta, me sentía feliz, todo era una novedad para mí.

Nahla, como decimos en mi tierra, tenía guasa, era muy bromista y cotilleaba con todos los chismes que le llevaban las clientas, a todas le decía que yo era la prometida de Namir, todas miraban extrañadas como diciendo qué pinta la prometida de ese poderoso hombre trabajando en la peluquería.

La mañana se pasó volando, a las dos apareció mi chico y nos fuimos para su

casa, me despedí agradeciendo la amena y divertida mañana que había tenido, me iba muy feliz, me sentía más realizada.

Llegamos a la casa, nos pusimos el bañador y bajamos al jardín.

Namir, como siempre, sirvió una copa de vino, nos sentamos en el filo de la piscina.

- Ariadna, dentro de cuatro días nos vamos...
- ¿Adónde?
- Ya lo verás...
- Ya empiezas con los puñeteros misterios –me quejé.
- Ya sabes cómo soy, me gusta sorprender...
- Te gusta tocarme las narices –reí—. ¿Cuántos días nos vamos?
- Tres.
- Vale, se lo diré a Nahla.
- Ella ya lo sabe...
- ¿En serio? ¿Antes que yo? –negué con la cabeza riendo, lo tenía todo controlado.

Los siguientes días pasaron volando, por la mañana me iba al centro, se me pasaban las mañanas volando, me lo pasaba genial con el humor de las chicas, los chismes de las clientes, estaba aprendiendo palabras árabes, pero, sobre todo, estaba aprendiéndome la vida de todas las que pasaba por la peluquería, para mi impacto, hasta de infidelidades me enteré.

Namir me recogía todos los días, luego veníamos a la casa, comíamos, piscina y por las noches salíamos a cenar, yo me sentía muy mimada y querida.

Me estaba dando cuenta que en aquel país me sentía mucho mejor que en el mío, no me preguntéis por qué, pero era todo, a pesar del bullicio, era otro ritmo, más calmado todo, más entretenido, me daba más vida.



## Capítulo 19

Europa...

- Arriba, cariño, llegamos tarde... – su beso en la coronilla nunca faltaba.
- Hasta que no me digas adónde vamos no me pienso levantar...
- Te cuento hasta tres o te mato a cosquillas –puso cara chulesca –. Uno....
- ¡¡¡Vale!!! –me levanté de un salto, cosquillas y a esa hora, como que no...

Cogimos el equipaje, una maleta de mano cada uno, para tres días y en verano, no hacía falta mucho más.

Hashim nos llevó hasta el aeropuerto de Casablanca, unas tres horas. Namir me dijo que desde el aeropuerto de Fez no había vuelos directos hasta nuestro destino, así que llegamos tres horas después y allí enseñó en el control los billetes y entramos.

Tomamos un café con un pastel y luego nos fuimos a la puerta de embarque, donde ya descubrí que nuestro destino era ...

- ¿¿¿Nos vamos a Egipto??? –pregunté mirando el cartel de El Cairo...
- Aja –dijo tranquilamente, mientras le entregaba los billetes a la azafata.

Me abrió paso para que yo entrase primera, yo iba riendo y negando con la cabeza, para volverse loca, a Egipto, mi país soñado, al menos iba con un árabe. ¡Qué mejor compañía!

First Class... cosa de ricos... Unos asientos más grandes que el sofá de mi casa, todo de primera clase.

- Namir. ¿Cuántas horas hay hasta Egipto? –pregunté mientras me abrochaba.
- Pues unas cinco horas...
- Muchas horas... ¿No? –solté una carcajada.
- ¿Tienes algo mejor que hacer? –dijo con voz sugerente.
- Pues la verdad es que no...
- ¿Entonces de qué te quejas? ¿Por qué no disfrutas de todo el viaje? Esto es parte de ello...
- Joder, te has levantado filósofo, ¿no?

Negó con la cabeza conteniendo la risa, ya el avión entró en pista y despegamos.

Nada más estabilizarse en el aire, la azafata, nos trajo una botella de vino y unos entrantes en plato de porcelana y todo. ¡Cuánto glamour! Yo parecía la típica niña de barrio, alucinando en colores con todo.

- ¿Por qué has elegido Egipto?
- Porque me dijiste que era uno de tus deseos de conocer –se encogió de hombros.
- Es verdad, pero también te dije que mi sueño era conocer Asia.
- Para Asia necesitamos muchos más días –me guiñó un ojo.
- Pues para Egipto tres días también es muy poco –hice una mueca.
- ¿Y quién te dijo que vayamos a estar solo tres días?
- Pues, por ejemplo, que no puedo faltar tanto a mi nuevo trabajo y seguidamente porque solo traje ropa para ese tiempo –dije chulescamente.
- Pues con perdón –dijo flojito a mi oído –, tus ejemplos son escalofriantemente sin lógica, ya que la peluquería ha sobrevivido muchos años sin ti y, por otro lado, Hashim fue a facturar la maleta grande donde va todo nuestro equipaje necesario –puso cara de interesante.
- Vale, tiene sentido, pero ¡estás como una cabra!
- Pero te gusto y mucho...
- Eso es verdad –dije señalándole con el tenedor y reaccionó echándose un poco hacia atrás –, tranquilo, no voy a hincártelo... –reí.
- De ti me espero cualquier cosa.
- Tonto eres –le saqué la lengua.

Tras la comida, vino el café con unas deliciosas galletas y unos bombones, luego, caí rendida, tan en trance que cuando me di cuenta, estaban avisando de que íbamos a aterrizar.

- Joder. ¿Cuánto he dormido?
- Tres horas y has babeado en mi hombro –dijo serio, aguantando reír.
- ¿En serio? –dije cortada.
- Y tan en serio...
- Pues ya poco puedo hacer –dije sonrojada como la vida misma.
- Nada, debe ser que cada vez tienes más confianza. Inclusive se dice que el amor hace babear.
- ¡Estúpido! –grité que hasta la azafata se enteró y se rio.
- ¿Qué van a pensar en un país así de que una mujer insulte a su futuro marido?
- Por mí como si quieren pensar que te doy latigazos –soltamos una carcajada.

Desde el aire, conforme íbamos aterrizando, pudimos ver las pirámides, era espectacular verlo como si fuéramos un pájaro.

Salimos hacia fuera y nos estaba esperando dos de seguridad, para mi asombro ya tenían la maleta que facturó Hashim.

Nos llevaron a un coche privado y de allí al hotel.

Era como Marruecos, pero muy diferente, se mascaba otro ambiente, nada que

ver realmente, para ser más o menos de la misma cultura, yo notaba brutalmente la diferencia.

Llegamos al hotel, desde el jardín, la piscina y las habitaciones, se podían ver las pirámides, era alucinante.

Dejamos las cosas en la habitación y nos fuimos a tomar algo al bar que había en ese precioso y lujoso jardín.

Pidió dos Gin tonics, para mi asombro, el bar del hotel tenía todas las bebidas importadas, o sea, podía pedir lo que quisiese que lo tenía.

- Qué bonitas se ven, impresionan –dije observando las pirámides.
- Mañana por la mañana iremos.
- Solo verlas desde aquí parece que las pudiera tocar, es impresionante.
- Vas a ver cosas que te impresionarán de igual manera.
- Ya, pero a esas –señalé a las pirámides –les tenía muchas ganas.
- Pues ahí las tienes, frente a ti, para que la disfrutes desde aquí y mañana bajo sus pies.

Pase un atardecer precioso, tomando copas con Namir, luego nos fuimos a otra zona del hotel a cenar, también en unos jardines, la cena fue todo exquisitez, todo muy mimado y cuidado, era el hotel más caro de allí, no me podía creer la suerte que tenía de estar allí.

Tras la cena, que se alargó bastante, nos fuimos a la habitación, estábamos reventados del viaje, además, nos esperaba un precioso día cuando nos levantáramos.

## Capítulo 20

En la noche de Egipto

- Namir, estoy cansada, déjame dormir –protesté.
- ¿Cómo puedes dormir teniendo las pirámides frente a ti? –señaló al ventanal que había dejado abierto para poderlas ver desde la habitación.
- Quiero dormir –solté una risa al ver su mano entrar por debajo de la camiseta de tirantes que tenía puesta.
- Ah no, no puedes meterte de forma tan sexy en mi cama y pretender que no suceda nada –su mano bajaba hacía el interior de mis braguitas.
- Namir...
- Schhh...

Y así, sus manos comenzaron a jugar con mi cuerpo, como siempre hacía, elevándome al séptimo cielo, haciendo que mi cuerpo diera botes de placer, consiguiendo que mi mente pidiera más, pues cuando Namir me tocaba, me faltaba hasta el aire.

Namir tenía el control de la situación, siempre, no permitía que yo tomara el mando, pero eso a mí me encantaba, me avivaba, me enloquecía quedar a su merced...

Ahora sí dormiría bien, pues el orgasmo me había terminado de agotar.

## Capítulo 21

Frente a las pirámides.

El sol comenzaba a entrar con tanta fuerza que era imposible seguir durmiendo.

Namir estaba duchándose y fui a hacerle compañía, así ya aprovechaba y me duchaba también.

- Buenos días, grata sorpresa –dijo haciendo hueco para que me pusiera con él.
- Buenos días –me abracé a él bajo el agua.

Me encantaba, lo amaba, era mi debilidad y yo estaba comenzando a estar tan pillada por él, que todo era una fiesta a su lado.

Nos trajeron el desayuno, toda una mesa de variedad y cantidad, queríamos desayunar en la terraza de nuestra habitación, con esa vista impresionante hacia las pirámides y hacia los jardines, un momento impresionante que había que disfrutar.

- ¿Te vas a montar en los camellos? –preguntó Namir.
- Qué va, ya tengo mi camello particular –dije señalándolo –para que me monte a mí–solté una risa.
- Qué graciosa mi niña –dijo sirviéndome té –. Yo no soy ningún

camello –guiñó el ojo.

- Tú eres el jefe de los camellos, que es peor.
- Bueno, según cómo lo mires.
- ¿Mirar? ¡Ni pensarlo! No quiero ni pensarlo, me veo en la cárcel por tu culpa –negué con la cabeza, sonriendo maléficamente.
- No, a la cárcel no vas a ir y menos por mi culpa, de eso puedes estar tranquila...
- ¿Por qué no lo dejas?
- Lo dejaré, pero ahora mismo no es el momento...
- ¿Lo dejarás? ¿Tienes una fecha?
- No... Pero lo dejaré.
- Cuando te hayan pillado...
- Te equivocas...
- ¿En serio te piensas que vas a ser intocable siempre?
- Por ahora lo soy, en cuanto piense lo más mínimo que dejo de serlo, me abro...
- ¿Te abres? ¿Te dará tiempo? No entiendo por qué no lo dejas ya, tienes dinero, una cadena de supermercados. ¿Por qué arriesgas?
- Aquí hay muchos intereses, pero te prometo que lo dejaré...
- No entiendo de esos intereses, pero deberías de retirarte a tiempo, te lo digo en serio, sabes que evito hablar de esto, no te digo nada,



intento no entrar en nada que tenga que ver con tu negocio, por llamarlo de algún modo, pero me duele en el alma, me encantaría que llevaras una vida normal.

- La llevo. Bueno, terminemos de disfrutar del desayuno que aquello nos espera –señaló a las pirámides.
- Está bien –dije en tono serio.
- No es momento, Ariadna.
- He dicho que está bien...
- No deberíamos estropear este viaje, podríamos hablarlo más detenidamente en Fez.
- Me parece perfecto –no quitaba la seriedad de mi cara.

Se hizo un silencio y seguimos desayunando, en el fondo no quería estropear el día, así que intenté cambiar la actitud y disfrutar de los momentos que me esperaban.

Llegamos ahí, la teníamos enfrente, tanta historia de cinco mil años atrás frente a nosotros, lo que siempre había leído y visto en documentales, ahora lo tenía delante de mí.

Imponía a la derecha la gran pirámide de Keops, realmente imponía todo, pero llegamos tarde, ya había muchos turistas que habían madrugado para entrar, la seguridad que nos acompañaba nos dijo que podían hacer una llamada y conseguir que entrásemos, pero le dije que no, así tenía una excusa para volver de nuevo a Egipto.

Allí me sentía pequeña, recordaba lo que nos habían contado de cómo construyeron las pirámides, pero yo no me lo creí nunca, soy de la teoría de que eso fue construcción alienígena o de una especie más grande y avanzada que la de nosotros, pero claro, en esos momentos te viene a la cabeza lo que la

historia nos ha transmitido.

Al final entre lo que recuerdas y lo que piensas, es que lo tienes todo ante ti, pero quizás nunca vas a saber las respuestas a tantas preguntas.

Andamos bastante, disfrutando de la necrópolis, aquello era espectacular, Keops, de Kefren y Micerinos, toda una envergadura para los tiempos en que sucedieron tales construcciones.

- Estas disfrutando, tu silencio y tu mirada te delatan.
- Namir, estoy flipando, llego a conectar con esto, se me olvida el mundo...
- ¿Hasta de mí te olvidas?
- Pues sí y eso que te tengo pegado a mi culo –saqué la lengua y seguí disfrutando de la panorámica, nos habíamos alejado bastante.

De allí nos llevaron al museo de egipcio y nos enseñaron muchos lugares de El Cairo, se notaba la presencia de la policía turística, nosotros íbamos escoltados, pero se notaba la seguridad con los grupos que nos cruzábamos.

Por la tarde volvimos al hotel, nos metimos un rato en la piscina, el calor había sido sofocante, estuvimos un buen rato en remojo, de todas formas, teníamos ante nosotros a las pirámides que nos saludaban desde lejos, todo un espectáculo desde el hotel.

Subimos a ducharnos y nos preparamos para cenar en la terraza de la habitación, había pedido la comida un rato antes, queríamos quedarnos allí relajados.

- ¿Dónde vamos a ir mañana?

- ¡Impaciente!
- Ya está el señor misterio –protesté.

Llamaron a la puerta y Namir fue a abrir, nos trajeron la mesa con toda la cena y una botella de vino.

- Que aproveche, señorita –dijo Namir volviéndose a sentar.
- Quiero saber el recorrido que nos espera.
- Pues todo va a ser sorpresa, así que nada de exigir...
- Namir, a ti te encanta las sorpresas, pero porque tú las sabes todas, pero a mí me ponen de los nervios –me quejé.
- Me encanta sorprender...
- Te encanta sorprender, tener el control en la cama... Los demás a tu merced –hice una mueca.
- Si no estás feliz así, puedes decírmelo –su tono pasó a serio.
- ¡Me encanta! Pero es que te pasas de misterioso –intenté no cabrearlo, no se lo merecía.
- No sé qué voy a hacer contigo...
- ¿Conmigo? ¡Lo que quieras! –le guiñé el ojo.

Tras la cena, caímos rendidos, no podíamos con nuestros cuerpos, entre el calor y todo lo que andamos, no dábamos para más.

## Capítulo 22

Con el misterio en los talones.

Amanecer y volver a desayunar en la terraza de la habitación, con esas vistas...

- Hay que hacer las maletas –dijo Namir, con su sonrisa misteriosa.
- ¿Las maletas? –puse cara de no entender nada.
- Aja, nos movemos de sitio...
- ¿Tan pronto?
- Sí, nos vamos –me guiñó el ojo.
- Ya empiezas con los misterios y a mí, acabada de despertar, me pone de muy mala leche –me quejé.
- Ya se te pasará...
- Qué chulo eres –negué con la cabeza, enfadada.
- Bueno, así me conociste – me hizo un guiño.
- A partir de ahora te voy a llamar Mis, de misterio –hice una mueca.
- Una persona que me hace sonreír me toca el corazón y el alma, tiene derecho a llamarme como quiera.

Se me escapó una sonrisa, era para comérselo, aunque sus misterios me sacaban de quicio.

Desayunamos, hicimos las maletas y bajamos, ya nos estaban esperando y nos trasladaron al aeropuerto.

Me imaginé que iríamos a otra parte de Egipto, a ver por ejemplo Abu Simbel, pero no, me quedé impactada cuando fuimos al mostrador y el siguiente destino era...

- ¿¿¿Abu Dabi??? ¿¿¿A los Emiratos Árabes???
- Aja...
- ¿Aja? Mira, señor misterio, me has matado ahí. ¿Qué vamos a hacer allí?
- No te imaginas la de cosas que se pueden hacer, las tiendas más lujosas del mundo, además, quiero enseñarte algo...
- Estoy flipando –dije siguiéndolo por el aeropuerto –, pero vamos, hay tanto por ver en Egipto que no entiendo por qué tan poco tiempo.
- A Egipto volveremos y te lo enseñaré todo, pero comprenderás el porqué del cambio de destino.

Estaba segura de que me iba a sorprender, este hombre era así, así que nos montamos en el avión, primera clase y tres horas después ya estábamos en los Emiratos.

Nos recogieron a la salida del avión, nos llevaron directamente a un coche de lujo en el cuál ya se encontraba nuestro equipaje, como en las películas, me sentía la rica de las pelis americanas, impresionante todo.

Qué decir de ese lugar, solo con saber que es una de las ciudades más ricas del mundo, creo que es suficiente para comenzar a imaginar lo que mis ojos empezaban a ver.

- Esto es alucinante... – dije mirando hacia fuera de la ventanilla del coche en el que nos llevaba un chófer y un chico de seguridad.
- Lo es, a mí me encanta...
- ¿Ha venido más veces?
- Muchas, aquí tengo una de mis casas, precisamente donde nos alojaremos.
- ¡No jodas! –soltamos una carcajada.
- Te jodería ahora mismo –dijo acercándose a mi oído –, pero no es momento.
- Siempre pensando en lo mismo –negué, riendo, con la cabeza.

Llegamos a una especie de isla privada, con casas que ponían los bellos de punta, se notaba desde fuera la exclusividad y el lujo, hasta que se abrió las puertas de una y ahí estaba su casa, mi cara era un poema, asombro total.

Una piscina elevada sobre el mar, con una especie de pasarela de madera al gigantesco porche de la casa, a los lados de esa pasarela una fina arena blanca para entrar directos al agua, yo estaba flipando, todo en madera blanca, precioso, la casa con grandes cristaleras a esas vistas.

- ¿Esto es tuyo? –dije mientras saludaba con una sonrisa y cogía una copa de vino de la bandeja de la chica del servicio que nos traía para

recibirnos.

- Y tuyo, siempre que no me dejes –brindó con su copa hacia la mía, a la vez que me guiñaba un ojo.
- ¿Dejar? Me dejarás tú a mí, con todo lo que tienes puedes tener a quien te dé la gana a tu lado.
- Yo solo te quiero a ti, para mí eres la única y mejor mujer del mundo, todo aquello que había esperado y que sabía que encontraría algún día.
- Desde luego, hijo, que cuando quieres no hay quien te gane a meloso –sonreí mirando aquello que tenía ante mí.
- Qué cortante eres –negó sonriendo.
- Pero soy todo lo que habías esperado –le devolví sus palabras.
- Efectivamente...
- Pues eso –dije chulescamente.

Entramos a la casa, 4 plantas con un ascensor en medio, la primera con un comedor a la derecha y la cocina a la izquierda, un baño en el pasillo, debajo del ascensor y de las escaleras, en la segunda planta un salón gigante precioso, todo en blanco, como toda la casa, afuera junto al ascensor y escaleras, otro baño, en la tercera planta dos habitaciones con baño para invitados y en la última, su dormitorio, con la cama gigante en el centro mirando el mar, un gran vestidor y un baño precioso.

- Me muero del gusto –dije sin pensarlo.
- Eres muy bruta, pero me encantas –dijo acercándose y abrazándome

por detrás.

- Yo quiero meterme ya en esa piscina –dije observándola desde arriba, se veía de ensueño.
- Vale, ahora subirá la chica y nos colocará las cosas de la maleta, ponte la ropa de baño y bajamos.
- Ah no, no, yo deshago mi maleta.
- No, déjala a ella –me dio un cachete en el culo exigiendo que me cambiase ya.

Bajamos a la piscina, allí nos tomamos otro vino dentro de ella, fumándonos un cigarro y observando la maravilla que teníamos ante nosotros.

- Mañana te vas de tiendas –dijo abrazándome.
- ¿Me voy? Dirás nos vamos...
- No, irás con dos de seguridad, yo tengo una reunión importante, por eso hemos venido.
- ¿Una reunión? ¿Con quién? ¿Para quién?
- Con mis socios, estamos montando unos hoteles de lujo, además que tenemos que revisar el tema de la exportación de petróleo de nuestras empresas.
- ¿En serio? ¿Y me puedes explicar cómo coño no dejas ya el tema de hachís?
- Ahora no puedo, te he dicho que lo dejaré, ya te lo explicaré todo mejor para que lo entiendas.



- Lo que no entiendo es que con los grandes negocios y dinero que tienes, sigas jugándotela en ese tema –dije enfadada.
- Ariadna, no empieces...
- Está bien, pero vamos, te puedo esperar mañana aquí, no me hace falta irme de shopping –dije enfadada.
- No me seas cortante, te vas de shopping, te he preparado una tarjeta a tu nombre, compra todo lo que te plazca, no te preocupes por el dinero –me guiñó el ojo.
- Pues cuidado, que me la puedo fundir, que con este lujo me gasto tres mil euros rápido en tiendas exclusivas –dije irónicamente.
- ¿Tres mil nada más? Eso sería como si no la utilizaras, no seas tonta, hay grandes firmas y cosas que desearas tener cuando veas, aprovecha comprando todo lo que desees y te guste.
- ¿Me estás comprando?
- Qué tonta te pones –me plantó un beso en los labios con el que atajó el tema.

Y así terminamos un precioso día, cena incluida en ese rincón frente al mar, dándome cuenta de que la vida de Namir, era mucho más de lo que yo imaginaba.

## Capítulo 23

El día más lujoso de mi vida

El sol se hacía notar por la ventana, abrí los ojos y tenía una preciosa flor en la almohada de la cama y una nota.

“Baja a desayunar, luego te llevarán a disfrutar de las compras. Eres mi gran amor. Te amo.”

A tomar por culo, eso era levantarse a lo grande, aunque lo hubiera preferido tener a él, pero esos detalles a mí me enamoraban.

Salí a la terraza a desayunar, la chica con su sonrisa me lo puso todo por delante, yo no sabía ni cómo se llamaba, pero nuestra sonrisa era el idioma más internacional y respetuoso que podíamos transmitirnos.

El café estaba delicioso, al igual que todo, pero en especial ese café, olía fuerte y con mucha personalidad en el aroma, terminé de desayunar y ya vino uno de los chicos a por mí y fuimos al coche, apenas hablaba español, así que el día iba a ser de lo más mudo.

Llegamos a un centro comercial donde nos esperaba una chica experta en modas y marcas, me acompañó a las tiendas más exclusivas de firmas, hablaba perfectamente español y comenzó a asesorarme, yo alucinaba con los precios de los bolsos, zapatos y ropa, pero ella me decía que no lo mirase, que tenía ordenes de Namir, que era mi día para aprovechar y hacerme de todo lo que me diese la gana.

- Pero es mucho dinero este bolso —dije mientras me lo veía colgado mirando al espejo.
- Es precioso, además que te lo puedes poner cualquier día, es un bolso que viste y muy ponible, es para toda la vida.
- Y tanto, como para que se estropee con lo que cuesta —solté una risa.
- Nos lo llevamos —me guiñó el ojo —. ¿Hay alguna firma que te guste?
- Tous, me encanta Tous...
- Bueno, nos viene genial, vamos a ir allí que la tenemos muy cerca.

Así hicimos, fuimos a Tous, mi debilidad, comencé a probarme de todo, pulseras, gafas, anillos, collares, bolsos, de todo lo habido y por haber, Anne, la chica que me acompañaba lo iba poniendo todo a un lado, sonreía y disfrutaba viendo cómo me emocionaba con las cosas de esa firma, al final, me llevé todo, no había nada que discutir, ella fue a caja y dispuso que me lo prepararan, cosa que me encantaba las cajas en las que metían las compras, los bolsos, todo era tan bonito...

Uno de los chicos de seguridad que nos acompañaba, iba llevando al coche todas las bolsas, nosotras seguíamos haciendo shopping, se estaba convirtiendo en el día más caro de mi vida, jamás había gastado tanto, ni en mis mejores sueños, pero Namir así lo había decidido y yo me estaba dejando mimar.

A la hora del almuerzo me llevaron a un restaurante donde comí junto a Anne, un lugar exclusivo en alto, en un hotel de lujo, donde se veía a todas las chicas en plan glamour, iban tan tiasas que parecía que se iban a romper, bromeé sobre ello.

Anne se dedicaba a llevar a mujeres de jeques y hombres de poder de tiendas,

las acompañaba y asesoraba, amaba su trabajo, era joven, tenía treinta años, preciosa, elegante, simpática y hablaba muchos idiomas.

Charlamos largo y tendido, le conté cómo había conocido a Namir, se reía mucho, decía que era la primera vez que aparecía con una chica, que lo conocía de hacía cinco años y que era un hombre muy respetado en los círculos más distinguidos.

Tras la comida nos despedimos, los chicos me llevaron a la casa y allí estaba Namir, tomando un vino, sentado en el borde de la piscina y sonriendo, mientras los demás introducían las bolsas en la casa, yo me acerqué a él.

- Una cosa te voy a advertir –dije acercándome mientras aguantaba la risa.
- Dígame, preciosidad...
- Si un día me dejas, no pienso devolverte todos los regalos –reí mientras le daba un fuerte beso en los labios.
- Para nada, no lo quiero, no me veo usando cosas de mujer –me guiñó el ojo –, ve a ponerte el bañador, te espero yo y una copa de vino para la mujer más hermosa del mundo.

Aproveché para ir a ponerme un bañador blanco que me había comprado, muy elegante y sensual, me encantaba cómo me quedaba, además de un pañuelo blanco casi transparente que iba anudado a un lado de mi cadera y quedaba de lo más chic.

- Preciosa –dijo al verme, dándome la mano para que me sentara junto a él en el borde de la piscina.
- Dos días más así y te arruino –dije riendo mientras cogía mi copa de vino.
- No hay problema, usted tiene derecho a todo.

- Una cosa, si tengo derecho a todo, me podrías dejar decidir un poco sobre tu vida...
- Ya sé por dónde vas, te dije que lo hablaríamos en Fez –puso cara de resignación.
- Por cierto, ¿cuántos días vamos a estar aquí?
- No te pienso adelantar nada –dijo dándome un toque en la nariz y con esa risa misteriosa que me sacaba de quicio –, mañana tengo otra reunión, Anne se volverá a encargar de ti.
- Ah no, yo paso, en serio, prefiero esperarte aquí en la piscina relajada, no más shopping, me van a faltar maletas para volver y no quiero acostumbrarme a una vida que no me pertenece –el rostro de su cara le cambio.
- Quiero que seas mi mujer, mi vida es la tuya, si fuera pobre me inventaría algo para hacer feliz todos los días, pero el caso es que no es así, puedes comprar lo que quieras, quiero que pertenezcas a mi vida en todos los sentidos, no quiero volver a escuchar esas palabras de una vida que no te pertenece, ¿entendido? –dijo seriamente y se zambulló en la piscina.

Pues si no lo entendía, lo iba a tener que entender, pues si quería estar al lado de él, tenía que pensar que era un hombre que le gustaba complacer y controlar todo, algo que no me importaba, ya que me gustaba todo de él, menos en el negocio tan turbio que no dejaba de enturbiar mi felicidad.

- Namir, una cosa. ¿Sabes que te amo? –dije pegándome a él cuando sacó la cabeza del agua.
- Lo sé, lo siento, es algo que transmiten tus ojos y gestos...

- ¿En serio? –me pegué más y me puse melosa.
- Muy en serio, si no fuera así, no estarías a mi lado, no te lo hubiera permitido...
- ¿Y cómo sé que tú lo estás de mí?
- ¿En serio me lo preguntas? –puso gesto de enfado.
- Es broma, yo también lo siento por la forma en la que me tratas.
- Eso me gusta más –dijo cogiendo mis nalgas y apretándome hacia él, podía sentir en sus besos que la pasión empezaba a calentar nuestros cuerpos y su miembro, que se engrandecía debajo del agua.
- Te estás poniendo palote –dije riendo.
- Pero qué mal hablada eres –dijo mientras me agarraba por los hombros con pasión y besaba cada rescoldo de mis labios.
- Te recuerdo que soy de pueblo –sonreí irónicamente.
- Eso no quiere decir nada, podrías ser mejor hablada –en esos momentos volví a recordar a mi madre, aunque nunca la quitaba de mi cabeza.
- No sabes lo que echo de menos a mi mamá...
- Lo sé, te juro que me duele en el alma, a veces te veo que la sonrisa se te apaga, sé que se debe a ello y lo que más me duele es no poder hacer nada para restar tu dolor.
- Que estés a mi lado, eso ya es un gran apoyo. Jo, te he cortado el punto –dije dándole un apretón en los huevos.
- No seas tonta, pero me encanta el humor que llevas a pesar de tener

el alma partida en pedazos...– volvió a besarme, pero en la frente, en señal de protección, como él solo podía y sabía hacerlo.

- Si no hubieras aparecido en mi vida, todo sería ahora un caos...
- No digas eso, además soy el ángel que tu mamá envió para cuidarte – me guiñó el ojo.
- ¡Demonio! Más que ángel... ¡Demonio!
- Ahora sí que te la has buscado –se pegó contra mí, dejándome pegada al poyete de la piscina y apartando la parte baja de mi bañador, para jugar con sus dedos.
- Namir, nos pueden ver... –protesté mirando a todos lados.
- No, el servicio está en la casa y los de seguridad en la otra parte, nadie vendrá, saben que no se pueden acercar –dijo mientras introducía uno de sus dedos en mi interior, haciendo que mi cuerpo diera un sobresalto.
- Namir...
- Relájate –decía mientras seguía jugueteando con mis partes, haciendo que me excitara más y comenzara a respirar aceleradamente.

Sus manos actuaban como verdaderos dioses en mi cuerpo, llegándome a causar la locura, el desespero de querer llegar al orgasmo o de lo contrario reventaría. Me tenía de forma que no me podía mover, aguantando esos dedos que se movían de forma abismal, casi de forma que me causaba un dolor de lo más placentero, sin permitir que lo retirara, tomando el control de mi cuerpo y de mi sensibilidad, algo que me hacía sentir a su merced.

Tras un orgasmo de lo más brutal, me penetró, mis piernas quedaron en el agua agarradas a su cintura, mientras me embestía y apretaba de forma fuerte mis

nalgas, sus movimientos eran de lo más sincronizados y feroces, una sensación que no quería que terminase, unos momentos que sentía que estaba tocando el cielo con mis manos.

- Cualquier día me matas –dije besándolo apasionadamente.
- Matar no, pero quizás podría enseñarte algo más de lo que hay para aprovechar todo el placer que el cuerpo nos puede dar... – me guiñó el ojo.
- Pues como no sea hacer el mono –bromeé.
- El mono no, pero dime que puedo hacer lo que quiera y te enseñaré adónde llegaría contigo.
- No te entiendo... – mi cara cambió.
- Me gusta el sexo de otro modo, pero aún no me atreví contigo.
- ¿Un trío? –puse cara de asombro.
- Para nada, pero te podría enseñar a llevarlo como un juego.
- No te entiendo, háblame claro que me pones nerviosa.
- ¿Hasta dónde estarías dispuesta a llegar en el sexo?
- ¿Hasta dónde se puede llegar? No me imagino mucho más, soy un poco tradicional –me encogí de hombros.
- ¿Te fiarías de mí?
- Según... me estás acojonando...
- ¿Te doy miedo?



- No, pero no te entiendo y no sé a lo que te refieres...
- ¿Serías capaz de dejarme esta noche hacerte disfrutar a mi manera?
- Joder con el misterio. ¿A qué manera te refieres?
- Eso deberás arriesgarte y probarlo... – me apretó contra él y me besó los labios –¿Te arriesgas?
- Pues no sé. ¿Corro algún peligro? –puse cara irónica.
- Para nada, no lo permitiría, pero si vas a estar bajo mi sumisión por un buen rato...
- Namir... ¿No lo estoy ya? –reí.
- No, aún no...
- Pues me arriesgo, quiero saber hasta dónde eres capaz de llegar...
- Vale, pues ahora toca ducharse, bajar a cenar y del postre me encargo yo –dijo dándome una palmada en el trasero

Me quedé como siempre, con sus misterios, pero quería con él todo y si eso era hacer algo más de sexo al que estaba acostumbrada, lo quería probar.

## Capítulo 24

Siempre sorprendida

Después de una ducha bajamos.

Salí al jardín y... ¡Sorpresa!

El camino de madera hasta la piscina, cubierta entera de pétalos de flores de color rojo y todo de antorchas encendidas a los lados, justo en la parte entre la piscina y el mar había una preciosa mesa blanca con dos sillas a juego, al lado un balancín y una cama balinesa que ya estaban, yo no podía gesticular, eso bajo la luna que estaba llena y daba un precioso color a la noche, brillando sobre el mar, era todo un espectáculo, me agarró la mano y comenzamos a andar hacia la mesa donde se podía divisar un cubilete de plata con una botella dentro y dos copas sobre la mesa, además en el centro una gran bandeja de marisco.

La música comenzó a sonar...

Nos sentamos y abrió la botella de vino, no sin antes retirar la silla para que yo me sentara, por cierto, de lo más cómoda, era de la forma de un sillón, se estaba de vicio ahí. Sirvió las dos copas y la levantó.

- Por nosotros, por la vida, esa que te puso en mi camino, por todo lo que está por venir, por nuestra vida en común y por convertirte en la persona más importante de mi existencia. Te amo.

Chocamos las copas, yo negaba con la cabeza con una sonrisa floja de oreja a oreja, era todo como un cuento, como un sueño, como lo que siempre había deseado al leer cualquier historia de amor, pero la protagonista era yo y era real, aunque no me podía creer que eso me estuviera pasando a mí.

- Y luego de estoy tan bonito... me quieres hacer el Grey... – dije en

plan gracioso para romper el romanticismo que me había dejado a cuadros.

- ¿El Grey? ¿Ese tipo que da dos latigazos tiene un avión privado y un yate en donde diga?
- Ese mismo que con su forma de sexo ha calentado a medio planeta...  
— le guiñé el ojo.
- Claro, porque es millonario, si fuera el chico del supermercado, a la que da un latigazo está denunciado y detenido automáticamente –negó con la cabeza sonriendo y yo... solté una carcajada.
- Seguramente, pero de que calentó a medio planeta, lo calentó...
- Es solo una novela...
- Pero hay mucha gente que practica ese tipo de sexo en su vida, además, hoy se suponía que me ibas a someter, ¿no? –saqué la lengua.
- Efectivamente, la diferencia que él calentó a medio planeta y yo solo te voy a calentar a ti –dijo tocando mi rodilla con su mano, por debajo de la mesa.
- Bueno, vamos a cenar que veo que al final entra la langosta por todos lados menos por mi boca –solté otra carcajada, el vino ya comenzaba a hacer efecto.
- Me gusta tu traje – era blanco, de tirantes finos y por la rodilla, con un poco de vuelo –, deja tu ropa interior sobre el suelo.
- ¿Qué dices, Namir? Anda, come, que me estás poniendo nerviosa.
- Dijiste que aceptabas hoy todo, deja tus bragas sobre el suelo –dijo cambiando su silla al lado mía y sentándose más cerca.

- Yo hasta que no cene, no me quito nada –me estaba poniendo nerviosa, es más me estaba subiendo los colores.
- Ni se te ocurra moverte –dijo señalándome con el dedo.

Se metió debajo de la mesa, poniéndose de rodillas frente a mí, metió sus manos por debajo del traje, por mis caderas y comenzó a quitar mis bragas, yo miraba a la mar, nerviosa, no me pensaba mover, lo prometido era deuda, pero estaba cambiando mi pulso, respiraba más rápido y me estaba excitando a modo de la velocidad de la luz.

Las quitó y seguidamente me abrió las piernas con sus manos, dejándome totalmente a su merced, luego noté que me ponía algo húmedo al principio de mis partes, di un sobresalto.

- Tranquila, no te muevas –escuché debajo de la mesa.

Noté cómo me lo empezaba a introducir hasta no poder más, luego comenzaba a inflarse hasta que se quedó dentro amoldado a mi interior, se movía lentamente, causándome una sensación de placer desmedida y aumentando mi excitación, entonces Namir salió debajo de la mesa, guiñándome el ojo y dejándome introducido eso.

- Ahora puedes cenar –dijo señalando a la mesa.
- ¿Con esto dentro? –dije casi jadeando.
- Aja...

Me moría de la vergüenza, entre eso dentro de mí causándome excitación, Namir, tan campante y yo intentando comer, era algo que me ruborizaba, pero que me estaba poniendo tan salida que por momentos necesitaba que me dieran más.

Me comencé a comer la langosta que tan perfectamente nos habían dejado preparada, pero mi respiración delataba lo que mi cuerpo estaba sintiendo, Namir, me miraba sonriendo con sus ojos brillantes de satisfacción.

- ¿Cuánto tiempo se supone que me lo vas a dejar puesto? —pregunté ruborizada.
- Hasta que nos vayamos ahí —señaló a la cama balinesa.
- Namir, nos va a ver el servicio —protesté.
- Negativo, están en la casa de atrás, donde duermen, estamos solos — me guiñó el ojo.
- Y se supone que los dos nos vamos a dar el revolcón ahí —dije flipando.
- Llámalo como quieras —dijo terminándose de comer la langosta.

Volvió a meterse debajo de la mesa, me abrió las piernas, hizo algo que eso se hinchó más aún y volvió a salir tan campante, yo pensaba que iba a explotar.

- Ahora mejor —sirvió otras dos copas de vino, yo me encendí un cigarrillo.
- Me vas a matar —me mordí el labio mientras negaba con la cabeza.
- De placer, al menos eso intentaré.
- Ya te vale —solté una carcajada, sonó a disfrute, con ese jadeo que me producía lo que tenía en mi interior.
- Me encanta ese traje, encima lo llevas sin sujetador, me lo estás haciendo pasar muy mal —dijo sugerentemente.

- Estás cachondo perdido –le tiré con la servilleta.
- Soy feliz viéndote a ti de esa manera...
- ¿Con cara de perra salida? –bromeé.
- Con cara de estar deseando que vaya a más...
- ¿A que me lo quito? –chuleé.
- No, te lo quitaré yo –fruñó la ceja a modo convencido.
- Bueno, por hoy te lo dejaré hacer todo –dije terminando con la copa de vino.

Se levantó y vino hacia mí, me dio la mano y me llevó a la cama balinesa, tirándome en ella boca arriba e inclinando mis rodillas, dejándome expuesta ante él.

Sacó algo de debajo de la cama y me volvió a exigir con la mano que no me levantara, señalándome a la luna, para que no dejara de mirar a ella.

Noté sus dedos introduciéndose por mis partes y sacando el aparato de un jalón, metí otro salto, él volvió a colocarme agarrándome con sus manos.

- Intenta no moverte –dijo casi susurrando.

Afirmé con la cabeza, casi sin moverme, no podía ni hablar, la respiración iba a más.

Metió sus manos por debajo del traje y noté cómo ponía un líquido casi congelador sobre mis pezones, empezó a acariciarlos, cada vez apretaba más, mucho más, casi podía sentir el dolor en una mezcla de placer indescriptible. Me quejaba, pero no me hacía caso, hasta que ya no aguantaba más esos pellizcos y me quejaba cada vez más, emitiendo sonidos, pues hablar era imposible.

Los soltó y me abrió las piernas, aún podía notar esa mezcla en mis pechos, noté cómo me echaba el mismo líquido en mis partes, primero por delante y luego por detrás, eso me supuso un poco de nerviosismo, pero un chirrido de silencio por parte de él me hizo entender que me relajara y disfrutara.

Comenzó a acariciarme de arriba hasta la entrada de mi ano, yo me encogía y él daba un golpe a mis piernas para que me relajara.

Comenzó a introducirme el líquido con sus dedos por delante y suavemente y poco a poco por detrás.

Me contraía a medida que entraba más, era un dolor que se aguantaba y que te hacía ponerte a mil por horas, era la sensación de querer que parase y por otro lado que no lo hiciera por nada del mundo, que siguiera de esa manera.

Cuando ya consiguió entrar totalmente por atrás, comenzó con la otra mano a tocar mi clítoris, hasta conseguir una sincronización que me hizo llegar al orgasmo más brutal de mi vida.

Quedé tendida boca arriba, con los brazos abiertos, agotada y Namir aprovechó y se tiró junto a mí, sonriendo...

- Me has destrozado –puse una mano sobre mi cara.
- Aún no, esto ha sido el calentamiento...
- No, no, a mí no me tocas más hoy –dije soltando una carcajada nerviosa.

Se levantó y fue hacia la mesa, yo me incorporé y me apoyé sentada sobre los cojines, vi cómo echaba dos copas de vino.

- Toma, te va a hacer falta un buen trago –sonrió y luego me encendió un cigarro.
- Este es el cigarro de después del orgasmo, ¿no? –reí a carcajada.

- El de consolación –me guiñó el ojo.
- ¿Consolación?
- Aja –dijo haciendo una mueca de lo más interesante.
- Qué chulo eres –dije negando con la cabeza mientras sonreía.
- ¿Ves el mar?
- Claro, lo tengo rodeándonos.
- Pues ahora lo vas a ver de lo más cerca...
- Ah no, a mí no me haces bañarme ahora... ¡Me niego!
- No te dije que lo fueras a hacer, solo que lo verás de lo más cerca...
- Ya estamos con los misterios –dije en tono enfadado.
- Ven, dame la copa –la quitó de mi mano, me acercó a la barandilla, en la parte superior de la cama balinesa y me puso con las manos sobre ella, de rodillas, mirando al mar.

Noté cómo se desabrochaba el pantalón y su cara apoyada en mi hombro, me separó las piernas y levantó mis caderas un poco, antes de darme cuenta ya me había introducido de una estocada, por mi vagina, a toda velocidad, volviéndome a dejar sin aliento.

- De esta me quedo sin andar una semana –dije casi sin voz.

Namir había cogido el ritmo, casi sincronizado, no me daba la posibilidad de moverme lo más mínimo.

- ¿Cómo ves el mar?



- Capullo, como tú la luna ... – solté una sonrisa desagarrada por la excitación.
- La veo mejor que nunca –decía a ritmo de estocada.

Comencé a chillar como una loca, a la vez que Namir emitía esos sonidos de placer, hasta que los dos estallamos en un orgasmo a la vez, donde yo me quedé sin moverme y él apoyado sobre mi espalda.

## Capítulo 25

Y de nuevo de shopping.

- Buenos días, preciosa –besó mi mejilla.
- ¿No tenias una reunión? –dije adormilada.
- Sí, pero un poco más tarde, ahora vamos a desayunar, luego te llevamos al centro comercial y te dejamos con Anne, hasta que volvamos a recogerte.
- Ah perfecto.
- Hoy no tardaré mucho, como dos horas, así que tendrás que hacer compras exprés.
- Tranquilo, yo me ventilo la tarjeta rápido y ligero –bromeo.
- Eso deberías, pero ahora vamos a desayunar que se me viene el tiempo encima.

Y eso hicimos, vestirnos y bajar a desayunar, un delicioso desayuno nos esperaba en la mesa, yo estaba hambrienta.

- Por cierto, ahora recogerán nuestras cosas, del centro comercial volvemos a Fez.
- ¿Hoy nos vamos?
- Aja...
- Joder, qué rápido pasa lo bueno.

- Pues no, lo bueno es siempre, todos los días, a tu lado –me guiñó el ojo—. Ya volveremos más veces.
- Si te digo la verdad, esto es espectacular, pero Fez me gusta más, Marruecos me ha enamorado.
- Me encanta que ames mi país.
- Lo adoro, desde el minuto uno que lo conocí.

Del desayuno nos fuimos al centro comercial, allí me dejó con Anne.

- Anne, quiero comprar una chilaba bonita, de esas de película, quiero sorprender a Namir.
- ¡Estupendo! Vamos, hay una boutique aquí que tiene las más elegantes y bonitas del mundo.

Así fue, las más espectaculares que había visto en mi vida, preciosas, de fiesta, ceñidas con un cinturón a la cintura, con una textura de película, con toda la elegancia que jamás había visto.

- Esta te sienta genial –dijo Anne–, el color rojo con el dorado queda de lo más moderno y elegante.
- Me veo favorecida –dije sonriendo al verme tan guapa.
- Le va a encantar a Namir...
- Me la quiero llevar puesta –sonreí–, volvemos a Marruecos y quiero ir así.
- Una gran idea, pero espera que te traigo unos zapatos dorados a juego.

— ¡Vale!

Anne, salió corriendo y apareció al rato con 3 cajas, me enamoré del tirón de los primeros que sacó, unas sandalias doradas con pedrería, tacón bajo y llena de tiras finas, se veía preciosa y cómodas, cosa que corroboré al probarlas.

Salí vestida de allí, pero me llevó a la peluquería y me peinaron con el pelo suelto y revuelto, pero se me veía muy guapa y elegante, además que me maquillaron con los labios rojos.

Salimos a dar el encuentro a Namir y cuando me vio, se puso las manos en la boca.

— Estás preciosa –dijo observándome con los ojos brillantes.

— Me alegro de que te guste.

— Me encanta, Ariadna, me encanta.

Nos despedimos de Anne y fuimos directos al aeropuerto, donde entramos directos al avión y nos pusieron la comida.

Namir no paraba de mirarme y sonreír, le había encantado verme así vestida, yo me veía de lo más guapa, notaba que la gente me miraba asombrada.

Aterrizamos en Tánger, a cuatro horas de Fez.

Nos esperaba Hashim, como siempre con la mayor de sus sonrisas, no tardó en transmitirme lo guapa que estaba.

## Capítulo 26

Chefchaouen. El pueblo azul.

Para mi sorpresa, nos fuimos directos a Chefchaouen, un pueblo en la montaña del Rif, a una hora y media de Tánger.

- ¿Y esto? –pregunté al llegar a ese lugar.
- Nos quedamos aquí unos días.
- ¿En serio?
- Aja.
- A mí me van a despedir del trabajo –sonreí mientras negaba con la cabeza.
- No serían capaces –me guiñó un ojo.

El coche quedó aparcado arriba de la medina, en la puerta de un hotel y nos fuimos andando hacia la plaza principal, aquello me tenía embelesada, el pueblo de lo más pintoresco enclavado en las montañas miraba para sus calles y todo en azul.

Se veía que en ese pueblo no había pasado el tiempo, se habían quedado estancados en otra época, pero eso le hacía especial, muchos turistas tirándose mil fotos y un ambiente de lo más respetuoso y bohemio.

- Estoy alucinando –dije sacando el móvil y tirándome un selfie.
- Vamos a la casa.

- ¿¿¿También tienes casa aquí???
- Aja –dijo cogiéndome de la mano y subiendo una calle –. Esta es nuestra casa –dijo abriendo la puerta.

Una casa con la fachada más bonita que había visto en mi vida. Parecía pequeña, pero al entrar descubrí que para nada. Coqueta, moderna, en la planta baja con dos salones, una cocina, baño y en la primera planta un dormitorio gigante con su baño, al igual que en la segunda que estaba nuestro dormitorio, baño y una terraza que daba a la plaza con una piscina preciosa y todo muy balinés, como le gustaba a mi chico.

Unos minutos después, apareció por la terraza Fátima, la chica del servicio, nos puso unos té y unos pasteles, luego nos dejó tranquilos, más tarde subió Hashim con un chico y nos puso en el dormitorio las maletas.

- Él es Mohamed, mi chico de confianza.
- Hola, Mohamed –dije dándole la mano –. Qué jovencito –sonreí.
- Tiene veinte años, lo conocí cuando tenía ocho y vendía té al turista y poco a poco me lo fui trayendo a mi terreno y se convirtió en mi protegido, ayudamos a su familia y él siempre está dispuesto a proteger mi casa y a ayudar cuando estoy aquí. Junto a Fátima, son los dos encargados de la casa, considerados parte de mi familia.

Mohamed se sentó con nosotros a tomar un té, yo entré un momento a la habitación a ponerme cómoda y a ponerme el bañador, esa piscina invitaba a meterse.

Volví junto a ellos que charlaban animadamente.

- Ariadna, estaba diciéndome Mohamed, que podríamos llevarte mañana a Akchor, que le gustaría que conocieras ese sitio, te darás uno de los mejores baños de tu vida –sonrieron los dos.
- ¿Akchor? ¿Qué es? ¿Dónde está eso?

- Está a unos 30 minutos en coche, te bañas en unas lagunas naturales con cataratas, es un lugar precioso, se puede comer allí y pasar un día estupendo fuera del calor que hace aquí al medio día –dijo Mohamed.
- Pues perfecto, me parece una genial idea.

Mohamed se fue un rato, dijo que más tarde vendría para pasear con nosotros y nos quedamos disfrutando del baño en la piscina hasta que empezó a caer el sol. Nos duchamos, vestimos y bajamos al salón donde ya estaba Mohamed, esperándonos.

La plaza estaba de lo más animada, de turistas marroquíes y de todos los lugares del mundo.

Paseamos un rato y luego nos sentamos a cenar en la terraza de uno de los bares de la medina, sin dudas, ese lugar y yo, habíamos tenido un flechazo.

Mohamed era de lo más atento, simpático y me di cuenta de que tenía mucho feeling con él, me agradaba que estuviera con nosotros.

Luego volvimos a la casa y Namir, recibió una llamada que lo vi ponerse tan nervioso como nunca, no lo entendía porque hablaba árabe, pero sus vueltas por la piscina hacían presagiar que algo no iba bien.

- Tengo que irme con Hashim, dos o tres días, hay complicaciones en el trabajo.
- ¿En cuales de los trabajos? –pregunté muy seria.
- En mis tierras...
- Namir. ¿Qué pasa?
- Ya te contaré, te quedas aquí con Mohamed y Fátima, no te preocupes, pero son cosas que debo arreglar...

- ¿Que no me preocupe?
- Mañana te vas con Mohamed a Akchor, yo te llamo, hazme caso y no te preocupes, yo vuelvo lo antes posible...

Me dio un beso y ya apareció Hashim, con el que se fue, dejándome con la cara blanca y sin entender nada.

Me acosté con miedo de que le pudiera pasar algo, su mundo no lo llegaba a entender, pero mi corazón lo amaba a pesar de todos sus embrollos.



## Capítulo 27

Akchor.

Amanecí triste, pero ya tenía un mensaje de Hashim.

“Buenos días, te eche de menos en la noche, pasa un buen día con Mohamed, nos vemos en breve.”

En breve, ¡¿cuánto de breve?!, estaba nerviosa, no sabía de qué iba el tema y yo, solo quería estar con él y saber que todo iba bien.

Bajé a desayunar, me había colocado el bañador, un vestido corto y una bolsa con mis cosas para ir a Akchor.

- Buenos días, Mohamed –dije al verlo en el salón sonriendo.
- Buenos días, Ariadna. ¿Preparada para un lugar precioso?
- Claro –dije cogiendo el café que me había puesto Fátima, junto a un variado desayuno – ¿Hablaste con Namir? –pregunté preocupada.
- Sí, está bien, solo cosas que pasan y hay que arreglar, tranquila.
- Estoy muy agobiada, no entiendo nada y se me forman muchas películas en la cabeza.
- Confía en él, todo el Ref y Ketama, lo tiene controlado, es muy respetado y no le pasará nada.
- Yo confío en él, pero no en el que le puedan hacer algo –dije apenada.

- ¿A Namir? Tendrían que pasar por encima de mucha gente.
- Pero va solo con Hashim...
- ¿Eso crees? –soltó una risa –Hashim, siempre lleva alrededor unas diez personas de seguridad, siempre, vaya en coche, avión, barco o andando, otra cosa es que no los veas, pero siempre va protegido, tiene los mejores escoltas.
- ¿En serio? –pregunté con cara de idiota.
- Te lo juro, ayer no íbamos solos, iba un equipo detrás, cuando nos sentamos a cenar ellos se sentaron en otras mesas o en el bar de al lado, repartidos, pero siempre va escoltado.
- No me lo puedo creer...
- Créetelo...
- No me cuenta nada sobre el tema de sus tierras, pero con todos los negocios que tiene, debería de dejarlo –dije apenada.
- Lo dejará, pero ahora no puede, en breve lo hará, es algo que cogió por una historia de detrás, unas tierras que defendió y defiende por una promesa, aunque esto le haya hecho crecer disparadamente económicamente.
- No entiendo nada.
- Lo entenderás, no dudo que te lo va a contar todo, él te quiere mucho, me habla por mensaje todos los días de ti y me manda mil fotos que te hace para enseñarme lo bonita que eres.
- ¿En serio?
- Absolutamente –me dio su teléfono –, ve pasando las fotos hacia el

lado.

- No me lo puedo creer –dije mirándolas –fotos que ni yo sabía que me había echado.
- Es la primera vez que enseña a una mujer, lo has enamorado –sonrió mientras yo le devolvía el móvil.

Terminamos de desayunar y nos fuimos hacia el coche que nos esperaba para llevarnos a Akchor.

Iba observando todo, ese país nunca dejaba de impresionarme, pero echaba de menos a mi chico, estaba realmente preocupada, no me gustaba recordar cómo le cambió el semblante con esa llamada y encima, tener que irse de forma tan inesperada y precipitadamente.

Llegamos a unas lagunas cristalinas preciosas, con cataratas en cada una de ellas, era precioso el lugar, un bar pintoresco, unas mesas con sus techos de madera y una paz increíble, a pesar de haber chicos de los alrededores y algún turista de Marruecos, la única española creo que era yo.

Mohamed y yo cogimos una de esas mesas de madera y nos sentamos, rápidamente pidió dos té, mientras lo esperábamos nos dimos un baño, él me hizo mil fotos, me subía a esas rocas que sobresalían del agua y me tiraba de ellas.

Luego nos sentamos a disfrutar de las vistas, el té, la paz y ese aire tan delicioso que corría y se hacía sentir en ese lugar.

- ¿Cuándo crees que volverá Namir?
- Ni idea, pero estoy acostumbrado a enterarme de que llega cuando ya está en la plaza de Chefchaouen –soltó una risa.
- Estoy muy preocupada – dije poniendo el semblante serio.

- No lo estés, créeme si te digo que está muy protegido, él sabe lo que hace, es muy inteligente y lo tiene todo bajo control.
- No entiendo, pero es algo que no debería estar involucrado, podría vivir perfectamente de lo que tiene legal.
- Lo hará, confía en él.
- Yo confío, pero mi mente va muy rápida y no puedo quitar esa inquietud de mi cuerpo.
- Pues no pienses mucho, estar con Namir es como estar subido todo el tiempo en una montaña rusa, son cambios constantes –rio.
- Ya me di cuenta –sonreí tristemente, lo echaba de menos.

Un rato después pedimos unos keftas, me encantaron, lo trajeron con patatas fritas, nos pusimos las botas, estaban deliciosas, eran como hamburguesitas pequeñas alargadas especiada y hechas en los fuegos de piedra.

Pasamos el día allí, comiendo, tomando muchos té y bañándonos, nos llevábamos genial, al igual podíamos bromear que hablar de temas serios, era muy joven, pero con una personalidad muy equilibrada.

Volvimos a Chaouen, subí a relajarme sola a la terraza y luego bajé a cenar, Fátima, me había hecho una deliciosa ensalada y una tortilla francesa, luego me fui a dar una vuelta por las calles azules, viendo las tiendas, rápidamente apareció Mohamed.

- Hola. ¿Por qué no me llamaste? –dijo sonriendo.
- Tranquilo, iba a ver tiendas, no te quería molestar.
- No me molestas, Ariadna, yo feliz de enseñarte todas las tiendas –sonrió.

Paseamos por la medina, recibí un mensaje de Namir en el que me decía que me echaba de menos y que nos veíamos en breve.

- Yo hablé hace un rato con él —dijo Mohamed.
- ¿Qué te dijo?
- Que te cuidara mucho —soltó una risa.
- ¿Y de él?
- Que casi puede volver en breve, que ya está todo casi en su sitio.
- Todo es un casi y yo sin entender nada —reí.
- Tranquila, todo con calma, las prisas matan...

Las prisas matan, la frase más usada a lo largo de ese país, así paseamos, riendo y hablando, a mí me dio por comprar pulseras de plata, en varias joyerías de las calles, me puse la mano brillante con tantas que pillé.

Tomamos un té en la animada plaza y luego me acompañó hasta la casa.

Subí a la habitación, Fátima estaba viviendo permanentemente en la planta primera.

Echaba mucho de menos a Namir, tenía ganas de tenerlo a mi lado, pero no me quedaba otra que pensar en el reencuentro.

Me puse el camisón y salí a la terraza a fumar un cigarro antes de dormir, en ese momento sonó el teléfono y era Namir.

- Hola, Namir, te echo de menos.
- Yo también, princesa. ¿Qué tal lo pasaste en Akchor?
- Me encantó, tenemos que ir juntos, es alucinante.

- Claro, iremos juntos. ¿Ya estás en la casa?
- Sí, volví de pasear con Mohamed, me lo encontré por la medina cuando salí a que me diera el aire.
- Ya verás como es tu sombra, siempre aparece –soltó una risa.
- Y tú... ¿Cuándo vas a aparecer?
- Cuando menos lo esperes.
- Me debes una conversación que llevas evitando mucho tiempo.
- Lo sé, la tendremos cuando nos veamos.
- Vale.
- Ahora descansa, eso te traerá buenos amaneceres.
- Te quiero.
- Yo también.

Y así, me fui más feliz a la cama, escucharlo me tranquilizaba algo.

## Capítulo 28

Un precioso amanecer.

Me estiré para espabilarme, pero noté algo que me dio un sobresalto y abrí rápidamente los ojos.

- ¡¡¡Namir!!! –exclamé impresionada, viendo su sonrisa y recostado a mi lado – ¿Cuándo viniste? –dije abrazándolo fuertemente.
- Una hora más o menos –puso mi cabello detrás de la oreja.
- Dime que no te vas –puse cara de pena.
- Me quedo contigo, pero tendrás que ir a mi ritmo –me guiñó el ojo.
- Vamos, como llevo haciendo desde el primer día –solté una carcajada y lo abracé más fuerte.

Una llamada de mi hermano cortó el momento, hablé con él cinco minutos y luego salimos a la terraza a desayunar.

- Ariadna, la cosa se está poniendo fea, no quiero que te asustes, pues no es nada de peligro, pero las tierras están ya envenenadas por la avaricia de personas que me protegen a cambio de dinero y de pactos, he tenido ayer un día duro de reuniones, pero voy a entregar las tierras donde están todos los cultivos, es hora de dejarlo.
- ¿En serio? ¿Lo vas a dejar de verdad?
- Sí, ya las exploté bien y ya conseguí sacar a todo el foco de infección de personas que tanto daño hicieron a mi familia, por eso luché por las tierras, me hice de todos los cultivos, pero ya no quiero correr

más riesgos, ni mucho menos vivir esta vida.

- ¿Pero tendrás problemas con los que te protegen?
- Para nada, son ellos los que se las quedarán, son ellos los que quieren más, se las daré toda, hemos llegado a un pacto económico y en unos días lo haremos efectivo, en cuanto mande los kilos que tengo ahora mismo pactado.
- No me lo puedo creer, me das una alegría enorme.
- No pensé en soltarlas tan rápido, pero llegaste tú y cambiaste mi vida.
- Si soy el motivo de que lo dejes, soy la mujer más feliz del mundo.
- Quiero una vida tranquila, junto a ti, tengo mis asesores que me llevan las empresas a la perfección, gasolineras, supermercados, importación de Dubái, yo ya me hice mi terreno para cuando dejara esto. Ahora quiero afincarme en un lugar y que vivamos de ello, sin ilegalidades y disfrutar de nuestra familia, esa que hemos empezado a crear. Ahora solo somos dos, mañana no se sabe lo grande que puede ser.

Las lágrimas comenzaron a brotar por mis mejillas y me levanté a darle un fuerte abrazo.

- Me encanta, Namir, aunque no me has contado nada de ese mundo, pero no lo quiero saber, solo que salgas de todo aquello que pueda arruinarte la vida.
- Bueno, mejor es una vida que es muy compleja para contar, ahora debemos decidir dónde nos vamos a afincar.
- Donde tú quieras, a tu lado soy feliz en cualquier parte, aunque



prefiero Marruecos a Dubái, aquí me siento más yo, más en paz. Tanto lujo en aquel lugar parece que no me perteneciera, este país es más auténtico, lleno de contrastes, me da más buena vibra –dije agarrando la taza de café.

- Había pensado en Fez, por si algunos días te agobias y quieres ir a trabajar a la peluquería –puso los ojos en blanco.
- ¡Tonto! Allí me despejo y hago algo más que vivir del cuento.
- Me encanta que vivas del cuento –sacó su lengua.
- Pero Namir, si te digo la verdad, me he enamorado de Çhaouen, aunque la casa no sea tan grande ni extravagante, ni haya tanto comercio moderno, ni nada, esto es un lugar con un encanto especial.
- Podemos pasar aquí temporadas, podemos movernos, por eso no hay problema.
- Pues cuando tú digas, adonde digas –le acaricié la mano.
- Nos quedamos aquí hasta que yo traspase las tierras y luego nos vamos para Fez y ya nos organizamos.
- Estupendo.
- Ya cuando vaya a cerrar todo me voy tres días, tú te vas para Fez y me esperas allí.
- Vale.
- Y hoy...
- Hoy lo que tú quieras, pero Akchor es espectacular –le sonreí ampliamente.

- Sabía que me lo pedirías...
- Eres muy listo tú, ¿vendrá Mohamed?
- Claro, es nuestra sombra –soltamos una carcajada.
- Es muy majo, tuvimos grandes charlas y es muy atento.
- Lo es, es como mi hermano pequeño.

Desayunamos, feliz, mirando a la plaza, frente a esa preciosa piscina, a su lado, que era lo que más me reconfortaba y, sobre todo, sabiendo que todo iba a cambiar, que era lo que más me preocupaba.

Nos preparamos y salimos hacia Akchor, con Mohamed, que nos esperaba junto a Hashim.

- Esto es una maravilla –dije volviéndome a sentar en el mismo sitio del día anterior.
- Le gustó –dijo Mohamed, sonriendo, mirando a Namir.
- Ya veo. Bueno, vamos a pedir unos té –dijo al chico que se había acercado a atendernos.

Nos tiramos al agua, nos hicimos mil fotos, nos tiramos desde las rocas, los tres juntos, formando un equipo perfecto, donde el buen rollo, la cordialidad, simpatía y armonía hacían en ese entorno unos preciosos momentos.

Volvimos a la mesa, frente a nosotros, al otro lado de la cascada, en otra mesa, un grupo de tres chicas musulmanas que nos miraban sonriente.

- Están babeando con vosotros –solté.
- ¿Celosa? –dijo Namir.

- ¿Yo? –pregunté intentando disimularlo.
- Sí, tú –dijo dando un toque a mi nariz.
- Por mí puedes decirle que vengan y las invita a comer –dije ante la carcajada de Mohamed.
- No creo que lo aguantaras...
- Mira, Namir, me tiene que venir la Shakira en pelotas para que yo tenga celos...
- ¿Shakira? ¿Quién dijo que yo quiera una Shakira?
- Yo y punto –le saqué la lengua, observando que no dejaban de echar risas entre ellas y sin dejar de mirar.
- Te prefiero a ti antes que a todas ellas y a Shakira...
- Sí ya, anda que no estás crecidito ante tanta atención.
- Pero mírala. ¡Qué celosa!
- ¿A que te doy celos yo y vas a saber lo que es bueno?
- ¿Lo harías?
- Ponme a prueba... – solté chulescamente.
- Cuando quieras...
- Vale, tú lo has dicho –hice un gesto chulesco, sorbí del té y volví al agua, viendo cómo Namir se quedaba sonriendo y negando con la cabeza.

Pasamos el día allí, comimos de nuevo Kefta, a mí me volvía loca...

Por la tarde volvimos a Chaouen, estuvimos descansando un rato y desatando nuestra pasión, para por la noche salir a cenar por la medina e ir a pasear un rato.

Aquel lugar cada vez me gustaba más, lo sentía súper especial y no había un rincón que no fuera para ser fotografiado.

## Capítulo 29

Y comienza el caos

Llevábamos un par de días disfrutando de cada rincón de ese lugar que me había enamorado por completo. Mohamed siempre estaba con nosotros, a veces aparecía de la nada y cuando menos cuenta nos dábamos, volvía a aparecer donde estuviéramos. Además de cariñoso y atento, a mí me hacía mucha gracia. Más de una vez había pegado un bote cuando de repente hablaba a nuestras espaldas, apareciendo por sorpresa.

Me gustaba eso de él, era un alma libre, como una extensión de ese lugar maravilloso.

Namir estaba atento conmigo, pero en el fondo, ahora que lo conocía mejor, lo notaba algo tenso o nervioso. Me lo negaba, me decía que era solo por las ganas que tenía ya de terminar con todo y de vender esas tierras, que solo era eso. Lo creía, porque imaginaba que estaría de verdad deseando de que llegara ese momento y de que todo saliera bien. Y saldría bien, teníamos que creer firmemente en eso.

Después de contarme su historia y el porqué había elegido ese camino, esa historia que tanto me impactó, sentía aún más cuánto se merecía él estar lejos de todo aquello y ser feliz.

Era un gran hombre y la vida tenía que darle la oportunidad de ser libre. Porque con lo que cargaba a sus espaldas, cuando en cualquier momento las cosas podían salir mal, era de todo menos eso.

Nos habíamos levantado tarde esa mañana y estábamos desayunando en el restaurante de siempre. Yo emocionada extendiendo la crema de cacao por el crepé, deseando de hincarle el diente. Namir con su café, mirándome fijamente mientras se fumaba, relajado, un cigarro.

— Cualquier día te voy a embadurnar con eso —dijo con voz ronca.

- No si no hay una ducha muy cerca –reí.
- ¿Qué más da? Te quedas pringadita –sonrió.
- Yo es que prefiero pringarme de otras cosas –le guiñé el ojo y noté cómo su mirada se encendió con el doble sentido de mi frase.

La noche anterior nos habíamos dormido tarde, la necesidad de disfrutar el uno del otro desde que volvió de esos días que estuvo fuera y que se me hicieron eternos era demasiado intensa. No habíamos podido dejar de acariciarnos, tocarnos, besarnos desde entonces. Y me sorprendía que en lugar de menos, como sería normal, nuestra pasión cada vez fuera a más. Como si se autoalimentara de ella misma. Como si con cada momento juntos ya no fuera suficiente, necesitando entonces mucho más.

- ¡Buenos días!

Casi se me cae el cuchillo de la mano cuando Mohamed apareció a mi lado con ese saludo medio a modo de grito.

- Me vas a matar de un susto –gruñí, divertida en el fondo.
- Eso es porque tienes el corazón grande –rio él.
- Será el corazón pequeño –reí yo, terminando de decir el dicho bien.
- Grande, pequeño, ¿qué importa? –negó con la cabeza, divertido.
- Anda, pide algo –dije sin poder parar de reír.

Mohamed se levantó a pedir en la barra, era demasiado culo inquieto para esperar a que le llevaran las cosas o le tomaran nota. Cuando volvió a la mesa, entonces se sentó al lado de Namir y le quitó un cigarro.

- ¿Dónde fuiste anoche, Mohamed? —la pregunta hecha por Namir, recordando el momento en el que Mohamed desapareció de repente sin decir no adiós, algo habitual además, hizo al chico suspirar.
- Verás, es que la gente no piensa... —resopló.

Yo no pude dejar de reírme en toda la explicación. Había discutido con un amigo, después tuvo que ir a buscarlo... Yo no me enteraba de nada, pero me hacía mucha gracia cómo explicaba las cosas, recreando la conversación que tuvo hasta imitando distintas voces. Me tuve que limpiar los ojos de las lágrimas que salían de ellos por intentar retener las carcajadas que necesitaba soltar.

- Pues imagina —terminó—, al final tuvo que ir Mohamed—dijo refiriéndose a él mismo, en tercera persona— a salvar su culo.

Ya en ese momento no pude más y estallé en carcajadas. Mohamed me miró y empezó a reírse también y Namir siguió el mismo camino.

Ya más tranquila, seguí con mi desayuno y suspiré mientras los veía hablar. Por esos momentos merecía la pena todo en la vida. Namir se había cruzado en mi camino por algo y seguro que una de las razones era para enseñarme cómo sentirme viva de otra manera, en otro lugar, con otra gente.

Y yo, en ese momento, no cambiaba esas sensaciones ni a mi amor por nada ni nadie en el mundo. Ni en ese momento ni nunca jamás, eso lo tenía muy claro.

Tras el desayuno, caminamos por la plaza del pueblo bañándonos del sol que ya calentaba ese día. El lugar ya lleno de gente, las risas, las voces, la música marroquí de fondo... Todo un espectáculo que nunca quería dejar de presenciar. Estaba enamorada de todo aquello.

Iba de la mano de mi amor, mirando tranquilamente los puestos que nos encontrábamos por el camino. Todo artesanal, souvenirs por doquier y aunque no compré nada aún, me encantaba observar los detalles, todo me llamaba la atención.

El teléfono de Namir sonó y al descolgar, comenzó a hablar en su idioma. Le hice señas, diciéndole que hablara tranquilo que yo estaba con Mohamed mirando los puestos y eso hicimos, adelantarnos un poco mientras él se movía hacia una esquina para tener más privacidad.

Entre los puestos, las risas con Mohamed y las sensaciones, perdí la noción del tiempo.

— ¿Habéis terminado?

Miré atrás cuando Namir apareció haciéndome esa pregunta. Noté la mirada que cruzó con Mohamed y supe que algo había pasado. Miré de nuevo a mi amor y por cómo su cara estaba sería, sus facciones contraídas, supe que estaba en lo cierto, algo iba mal.

— ¿Qué pasa? –pregunté sin más preámbulos, no iba a fingir ser tonta. Como Namir me miró y no me contestó, miré a Mohamed para volver a mirar a Namir, esperando una respuesta.

— Será mejor que volvamos a la casa... – Namir me agarró del brazo y jaló de mí. Le hizo señas silenciosas a Mohamed para que se pusiera al otro lado de mi cuerpo y a mí eso no se me pasó desapercibido. Mi sensación de que algo no iba bien fue en aumento tras ese detalle de protección sobre mí.

Pregunté varias veces qué pasaba y no obtuve respuesta, nada más allá de “en casa hablamos” y de jalar más de mí para llegar rápidamente. Y no me gustaba eso en absoluto, no era tonta y sabía que tras esa llamada de teléfono, algo no iba bien.

Entré en la casa casi corriendo, no se me escapó el gesto de Mohamed de echar los cerrojos. Namir casi me dejó caer en el sofá y comenzó, por fin, a hablar. En su idioma, con Mohamed y yo sin entender una mierda.

— Namir... –lo llamé, pero él ni me escuchaba, tan enfrascado estaba en su conversación con Mohamed, movía las manos mientras explicaba a saber qué demonios y a veces se pasaba las manos por el pelo, como



desesperado—. Namir —insistí esa vez con más fuerza. En ese momento, Mohamed hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se dirigió hacia la puerta, abrió los cerrojos y se fue, dejándonos solos. Mi amor miraba la puerta ya cerrada, sin emitir un sonido—. ¡Namir! —chillé ya, desesperada— ¿Qué pasa? —pregunté cuando por fin me miró.

- Escúchame, tengo que irme unos días —se acercó a mí y se sentó a mi lado.
- ¿A firmar la venta? —pregunté, recordando que me dijo que tendría que estar unos días fuera para terminar con todo.
- Sí, eso mismo —respondió.
- Vale, entonces ¿yo me voy a Fez? —pregunté recordando nuestra anterior conversación.
- ¿A Fez? No, no es necesario ahora. Te quedarás aquí, en esta casa hasta que yo vuelva a por ti.
- No entiendo... ¿Qué pasa, Namir? ¿Por qué estás tan nervioso? —yo no era tonta, sabía que no me estaba contando nada. Y por la impresión que me daba, había pasado algo grave y él quería dejarme allí. Sola. Sin saber absolutamente nada.
- No estoy nervioso —pero yo sabía que mentía—. Solo quiero que todo esto acabe de una vez.
- Namir ... —cogí sus manos y lo miré a los ojos— Cuéntame lo que sea, pero no me mientas, me estoy preocupando. ¿Dónde fue Mohamed?
- Se quedará contigo, fue por sus cosas.
- ¿Conmigo? No es necesario...

- Sí que lo es. Escúchame –me miró muy seriamente—. Te quedarás en esta casa. No saldrás de aquí ni para respirar aire de fuera, no hasta que yo llegue. No se te ocurra darle esquinazo a Mohamed, se convertirá en tu sombra...
- ¿Necesito una sombra dentro de esta casa? –pregunté con la boca abierta.
- Ariadna, por favor, no me cuestiones y hazme caso.
- Pero Namir, necesito saber...
- No –dijo con fiereza—. No necesitas saber nada. Solo necesitas hacerme caso y dejar de hacer preguntas –lo dijo tan rudamente que hasta me encogí con el tono de su voz—. Cariño, por favor –dijo más suave, cuando vio que me estaba asustando—. No pasa nada, todo está bien, pero por favor, hazme caso.
- Que me quede encerrada en esta casa...
- Algo así. No salgas ni para asomarte a una ventana.
- ¿Y después de eso me estás diciendo que no pasa nada? –alguna que otra lágrima se escapó por mis mejillas, por más que él intentara ocultarme que algo iba mal, no lo conseguía, yo sabía y sentía que las cosas no estaban bien y tenerme encerrada en ese lugar no iba a mejorar mi visión de las cosas.
- ¿Confías en mí?
- Eso no es una respuesta, Namir. Claro que confío en ti –resoplé, angustiada—. Pero tú no tienes el control de todo, está pasando algo y no me quieres contar.
- No te pasará nada.

- ¿Y a ti? —pregunté con rabia. Vi cómo apretaba la mandíbula y no me dio ninguna respuesta. Mi respiración se aceleró al confirmarme con eso de que yo estaba en lo cierto, pasaba algo grave y estaba en peligro— Maldita sea, Namir ¿qué está pasando? —rompí a llorar— ¿Dónde ha ido de verdad Mohamed?

Namir se levantó y se fue a la habitación. Lo seguí y lo vi preparar una pequeña maleta.

- ¡Namir, contesta! —iba a perder los papeles.
- Ha ido por protección extra —dijo a regañadientes.
- ¿Protección extra? —pregunté sin entender— ¿Protección extra y me estás diciendo que no pasa nada?

Se mantuvo en silencio hasta que terminó de preparar la maleta y entonces se giró, mirándome. Yo estaba apoyada en el marco de la puerta, cruzada de brazos mientras lloraba silenciosamente.

- Cariño... —se acercó a mí y me abrazó.
- ¿Qué pasa, Namir? Me estás asustando.
- De verdad, confía en mí. No pasa nada... —me acarició el pelo— Pero tengo que terminar con esto, lo sabes. Y llegó el momento.
- ¿Pero por qué tengo que estar aquí? ¿Qué es eso de protección extra? —pregunté hipando.
- Solo seguridad, de verdad —él podía decir misa que yo no lo creía. Lo conocía bien y sabía que estaba preocupado—. Volveré pronto, con todo eso arreglado. Pero mientras, necesito que me hagas caso, que te quedes aquí y que yo pueda estar tranquilo mientras todo termina.

Afirmé con la cabeza, pero en el fondo no lo creía, sabía que algo me ocultaba.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos. Él sonrió y me limpió las lágrimas.

- No te asustes, confía en mí —me pidió.
- Dime que todo irá bien —le rogué.
- Todo estará bien. Solo hazme caso y mantente aquí, con Mohamed, ¿entendido?

Afirmé con la cabeza y me fundí con él en un beso que sabía a sal por las lágrimas, un beso de miedo y de necesidad de confiar en que todo, fuera lo que fuese lo que ocurría y que no me quería contar, terminaría bien. De confianza en él, confianza ciega.

Mohamed llegó segundos después, hablaron alterados en su idioma y tras despedirse de mí con otro beso, Namir se fue hacia la puerta.

- Confía en mí —me dijo cuando abrió—. Todo irá bien. Te amo—yo no podía ni hablar, la mala sensación seguía en mi cuerpo, afirmé con la cabeza mientras seguía llorando—. Y no salgas de aquí —dijo antes de marcharse y cerrar de un portazo.

Caí de nuevo en el sofá y dejé que todas las sensaciones afloraran, que el miedo y la incertidumbre salieran sin control.

Mohamed se sentó a mi lado y me acarició la espalda, dándome consuelo.

- Todo está bien —me dijo tranquilizadamente—. Confía en él.
- Hay algo que no me cuenta...
- Pero confía en él, sabe lo que hace.

Miré al chico a los ojos y vi su sonrisa.

- ¿Qué significa eso de protección extra? –le pregunté.
- Pues más protección...
- Mohamed...
- Que además de la que ya tenéis siempre, Namir está más tranquilo si hay más gente vigilando la casa. Y yo pues busqué esa gente.
- Entiendo... –pero en realidad no entendía nada.
- ¿Un té?

Sin esperar siquiera mi respuesta, Mohamed se levantó a prepararlo y ahí comenzaron los días más angustiosos de mi vida. Encerrada en ese lugar, con Namir lejos, sin saber qué pasaba y si volvería a verlo.

Comenzaba el infierno.

## Capítulo 30

No hay descanso...

Dos días llevaba en el infierno. Encerrada en esa casa, sin noticias de Namir. Sin saber nada de lo que podía estar pasando, de si estaba bien. Era una mierda.

Mohamed cumplió bien su cometido, no me dejó casi ni moverme ni para preparar un té. De la cama al sofá, del sofá a la cama. Me dejaba solo “libre” cuando iba al baño y porque no tenía más remedio. La primera noche en que Namir se fue, no pude pegar ojo, el miedo y las elucubraciones de mi mente no me dejaban descansar y esa segunda noche en la que me encontraba, no tenía pinta de mejorar.

Mi cabeza iba a dos mil por hora, imaginando de todo lo malo posible, estaba viviendo una auténtica pesadilla.

Intentaba que las palabras de Namir me relajaran, que no pasaba nada, que solo iba a terminar de una vez por todas con todo, pero eso no era lo que estaba pasando, estaba segura de eso.

Había algo detrás, algo que lo puso nervioso, que lo asustó y que lo hizo marcharse de esa manera. Algo que lo hizo mantenerme encerrada en ese lugar por miedo.

Y nada me sacaría de ese pensamiento. Solo él. Cuando apareciera, si es que aparecía...

Ni siquiera había cenado, esa vez de nada habían servido los intentos de Mohamed o sus amenazas de darme él mismo de comer. A mí no me entraba nada, estaba demasiado preocupada sin saber qué ocurría y cómo estaría Namir para pensar, siquiera, en probar bocado.

— Vas a enfermar y si eso ocurre me matará —decía siempre Namir,

preocupado al ver que no comía. Pero me daba igual, en esos momentos nada iba a convencer a mi cuerpo de que tenía que ingerir comida.

Yo solo quería a Namir, sano y salvo de lo que fuera, lejos de todo ese negocio y a mi lado. Vivo.

Tumbada en el sofá, con la música marroquí de fondo, cerré los ojos mientras las lágrimas, de nuevo, volvían a salir de ellos. No iba a estar bien hasta tenerlo a mi lado, de eso estaba más que segura.

— Cariño...

Oí la voz de Namir como si fuera un sueño, noté cómo me acariciaba con cariño y cómo me llamaba. Me acurruqué un poco más, no queriendo abrir los ojos para no despertar de esa sensación que por un momento me aliviaba, pensando que ya lo tenía cerca.

— Ariadna, amor... —me besó y puedo jurar que lo noté tan real...

Gemí y comencé a llorar de nuevo. Lo echaba tanto de menos... Y el miedo que sentía cada vez era mayor cuanto más tiempo pasaba él lejos y yo sin noticias.

— Mi amor, estoy aquí, despierta... —en ese momento, tras su beso en mis labios, comencé a salir de la neblina del sueño. Y seguía sintiéndolo...

Ni siquiera abrí los ojos, lo toqué y al notar que era real, me aferré a él y a su beso como si se me fuera la vida en ello.

— Te eché de menos —dijo contra mis labios.

Entonces abrí mis ojos y ahí estaba él, de rodillas en el suelo, mirándome con amor y acariciando mi cara.

— ¡Namir!

Me incorporé rápidamente y me tiré sobre él, haciéndonos caer a los dos. Me

lo comía a besos allí mismo. Nos levantó a ambos y nos sentamos en el sofá.

- Namir ... Dios mío, ¿estás bien? —comencé a tocarle el tórax, los brazos, buscando... No sé ni qué buscaba expresamente, comprobar que él estaba entero, imaginaba.
- Estoy bien —dijo sonriendo—. Tranquila.
- Dios... —me abracé a él y lo besé de nuevo, con la necesidad de sentirlo vivo. Conmigo.
- Cariño, estoy bien —cogió mi cara entre sus manos—. Pero tú parece que no —gruñó.
- No ha querido comer, he tenido que obligarla pero ni con esas...

Miré malamente a Mohamed cuando dijo eso y volví a mirar a Namir. Este puso los ojos en blanco y resopló.

- Hablaremos de eso más tarde.
- Sí, tienes muchas cosas que explicarme —dije ya seria.
- Ahora no. Ahora vas y te vistes, recogemos las cosas y nos vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo —se levantó, cogió mi mano y tiró de mí hacia el dormitorio.
- ¿Irnos adónde? —pregunté mientras jalaba de mí.

Me dejó a un lado de la cama y empezó a preparar las maletas y a meter todo dentro rápidamente.

- Namir ...
- Aligera, Ariadna, no podemos perder más tiempo.



- ¿No vas a explicarme? –pregunté con la boca abierta.
- No. Vístete, tienes dos minutos.
- Namir ...
- Amor, por favor, confía en mí.

Solté un joder antes de hacer lo que me pedía. Me sobró aún tiempo de sus dos minutos de gracia para estar lista. Las maletas preparadas, por decirlo de alguna forma. Y nosotros saliendo de la casa a toda leche.

- Te mantengo informado –le dio un abrazo a Mohamed cuando bajamos a la calle y se despidió de él. Entendí que era momento de despedirnos de él, que no vendría con nosotros.

Me acerqué a Mohamed y lo abracé también, dándole las gracias por todo.

Namir cogió mi mano y volvió a jalar de mí hacia un coche que ya nos esperaba con las puertas abiertas y en el que segundos después, estábamos los dos sentados detrás mientras un chófer conducía a toda velocidad. Miré ese lugar mientras nos alejábamos y suspiré. Siempre lo llevaría en mi memoria, lo que había vivido allí era demasiado especial.

- Namir ... –ya en carretera, de noche, con el silencio y cuando mi cuerpo se relajó un poco, tenía que hacer las preguntas que llevaba en mi mente todo ese tiempo.
- Ariadna, no es momento.
- Joder, ¡¿y cuándo va a ser momento?! –exploté.

Namir me miró, con la mandíbula apretada por la frustración, pero en sus ojos vi que me entendía.

- ¿Adónde vamos? —pregunté, yo no iba a callarme.
- A Fez. Te quedas con mi madre.
- ¿Cómo que me quedo con tu madre?
- Estarás con ella hasta que yo vuelva.
- ¿Vuelvas de dónde?
- Ariadna... —suspiró— ¿No puedes solo confiar en mí, hacer lo que te digo y no preguntar por el momento?
- Joder, ¡pues no! Me has dejado dos días allí, encerrada en esa casa, sola, sin saber qué demonios estaba pasando. Sin siquiera saber si estabas bien, vivo, imaginando lo peor porque no te atreviste a darme ninguna explicación —dije con rabia—. Y ahora me sacas de allí, en mitad de la noche, sin explicaciones de nuevo para decirme que me llevas, a estas horas, a casa de tu madre.
- Ella te está esperando.
- ¿Y eso es una respuesta suficiente? ¿Es que sabe todo el jodido mundo qué es lo que está pasando menos yo? —tenía mucha rabia que sacar por todo lo mal que lo había pasado esos dos días atrás.
- Amor... —cogió mis manos y sonó derrotado— Te prometo que no pasa nada. Solo que esto está a punto de terminar. No quise esperar a buscarte mañana, me quedaría más tranquilo si te quedaras con mi madre. Yo firmaré la venta, mañana se habrá acabado todo y seremos libres.
- ¿Me estás diciendo la verdad?
- Sí. Confía en mí. Te quedas allí, sé que estarás mejor que en Chaouen, mi madre te mantendrá más tranquila. Yo mañana firmo la

venta, se termina todo y vuelvo contigo.

- ¿Lo prometes?
- Siempre volveré contigo, cariño.

Se acercó a mí y me besó y por fin pude relajarme. Me apoyé en su hombro y cerré los ojos, debía de confiar en él, pero algo me decía que me estaba mintiendo. Algo pasaba y eso no se me iba a quitar de la mente. Me había ido a buscar en medio de la noche, como huyendo y eso no era solo porque me echara de menos y pensara que estaría mejor con su madre, no. Ahí había mucho más escondido que no me iba a contar. Pero también sabía que no iba a decirme nada en ese momento y que me tocaría esperar al día siguiente, a que volviera de la “supuesta” firma, para que me contestara a todas las preguntas que tenía en mi cabeza.

No sé cuándo me dormí ni cuánto tiempo estuve así, pero cuando desperté, ya habíamos llegado a Fez.

- Me dormí... –suspiré, diciendo lo evidente.
- Mejor, necesitabas descansar.

Y no llenarte a preguntas, pensé irónicamente.

Nos bajamos del coche y ya la mamá de Namir estaba en la puerta. Su hijo le dijo varias cosas en su idioma y ella afirmó con la cabeza.

- Le he dicho que te cuide, que eres lo más valioso que tengo en la vida –se pegó a mí y acarició mi cara.
- ¿Que me cuide de qué? ¿No dices que todo está bien y que no me preocupe?
- Así es –sonrió y me besó–, te veo esta noche y te quiero contenta, bien alimentada y sin esas malditas ojeras, ¿está claro?

Volvió a besarme y se separó de mí.

— No tardes —le rogué.

— No lo haré —prometió antes de montarse en el coche.

Lo vi alejarse, ni siquiera había tomado un simple café para seguir. Pero si era verdad lo que decía, suponía que estaba deseando terminar con todo eso de una vez.

Sin embargo, la sensación que yo tenía era otra bien diferente y no me gustaba en absoluto. Porque Namir estaba en peligro y me lo estaba ocultando.

Iba a llorar de nuevo, pero su mamá me agarró del brazo. La miré a los ojos y me sonrió. Acarició mi cara, diciéndome con ese gesto que confiara, que todo estaría bien. Sonreí con tristeza y agarrada a ella, entré en esa casa de nuevo.

Solo que esa vez iba sin Namir.

El día se había pasado rápidamente, comí, me duché, descansé y pasé mucho tiempo con la madre de Namir, quien intentaba relajarme como podía. Me fui a la cama tarde, cuando ya mi cuerpo decía que no podía más. Y él no había aparecido.

Noté cómo sus manos acariciaban mis muslos, con su dedo tocaba el centro de mi deseo y gemí sin poder evitarlo.

En mi cama, en ese momento no estaba sola. Notaba cómo sus manos vagaban por mi cuerpo, sacándome del sueño en el que me había sumido.

— Namir ... —suspiré.

— Estoy aquí —dijo y devoró mi boca.

Correspondí al beso, notando el peso de su cuerpo ya sobre el mío y la necesidad imperiosa de sentirlo dentro de mí.

— Por fin llegaste —dije entre gemidos cuando dejó mi boca libre.

Sus manos apartaron mi ropa interior y metió dos dedos dentro de mí. Grité al notarlos y moví mis caderas, pidiendo más.

— Tenía tantas ganas de verte... —gimió y me besó.

No más de las que tenía yo de saber que estaba bien y conmigo de nuevo.

La necesidad se hizo dueña de nosotros, llevándonos a un baile desenfadado donde la ropa acabó en el suelo, nuestras bocas no se separaban de la otra. Besando, lamiendo, mordiendo... Nuestros cuerpos desnudos queriendo estar dentro del otro, convertirse en uno solo.

Me hizo el amor como nunca antes, con una necesidad que me hacía llorar. Porque era la misma que sentía yo. Todo el miedo convertido en deseo, consumiéndonos.

Apenas acabamos y tras un largo abrazo y un beso, Namir se levantó de la cama. Lo miré con el ceño fruncido, extrañada porque no se quedara a mi lado, como siempre.

— Tenemos que irnos.

Esa frase fue como una patada en mi estómago.

— ¿Qué? —pregunté con voz débil— ¿No se suponía que se acabaría todo? —me incorporé y lo miré sacando de nuevo las maletas para hacerlas.

— Ariadna...

— No, Namir, ni se te ocurra decirme que confíe ciegamente en ti de

nuevo. ¡Quiero una explicación!

Me levanté, me puse una camisa larga, él también comenzó a taparse y lo miré con ganas de matarlo.

- Tenemos que irnos del país —dijo mirándome.
- ¿Irnos? —pestañeé. Me tembló todo cuando decenas de pensamientos se me pasaron por la mente. Perdí el equilibrio y él me agarró antes de que cayera, me sentó sobre la cama y se agachó, de rodillas entre mis piernas.
- La cosa se puso fea, será mejor que nos vayamos un tiempo...
- No entiendo... Me dijiste que hoy se terminaría todo —aunque claro que lo entendía, sabía que me había mentado, pero yo aún tenía una pequeña esperanza de que todo lo que me decía era verdad. Aunque sabía que solo era una manera de engañarme a mí misma...
- Te lo explicaré...
- No —dije con rabia—. Lo harás ahora, Namir. Sabes que confío en ti y que te seguiré al fin del mundo. Pero maldita sea, ¡lo harás ahora!

Suspiró, resopló y me miró a los ojos, sabía que era el momento de soltarlo y que no podría callárselo más.

- Mi cabeza tiene precio.

No asimilaba esas palabras, no entendía...

- ¿Qué?
- El anterior narcotraficante volvió. Salió de la cárcel de Colombia en la que estaba y volvió, Ariadna. Quiere acabar conmigo...

- ¿Pero acabar contigo por qué? –pregunté, aunque tampoco eran necesarios los detalles, con todo lo que sabía de su vida, de su negocio y de sus tierras, que ese hombre quisiera matarlo una vez fuera de la cárcel era lo “normal” en cosas así, ¿no?
- Ariadna... Sé que te pido mucho, sé que no debería, pero no puedo separarme de ti. Aquí no estamos a salvo, no hasta que mis hombres lo atrapen, ¿me entiendes?
- Sí... –dije, pero no entendía una mierda, en ese momento estaba en shock– Dejar el país.
- Iremos al tuyo, a tu ciudad. Allí nos relajaremos y...
- ¿Volveremos? –pregunté asustada, con lágrimas en los ojos.
- ¿A Marruecos? Te juro que sí, solo necesitamos tiempo.

Afirmé con la cabeza, sin ser capaz de asimilar todo. Sabía que estaba en peligro, pero oírlo de su boca era algo que no esperaba. Y no sabía reaccionar.

- Amor... –me dijo con pena.

Negué con la cabeza. No podía ni hablar y en ese momento no quería una disculpa, ni siquiera una explicación más. Mi mayor miedo era él. Que le pasara algo, perderlo. Yo... Yo, estando con él, podría con todo.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas y lo miré.

- Entonces no perdamos más el tiempo –dije como pude, con la voz entrecortada.

Me besó y yo, en lo único que podía pensar en ese momento, es que la vida ahora no podía quitarlo de mi lado y que iría al fin del mundo con él, sin

explicaciones. Lo que fuera para mantenerlo a salvo.



## Capítulo 31

### La huida

En esos momentos iba como ajena a mi cuerpo, como si todo lo que estaba viviendo no fuera conmigo. No sé ni en qué momento salimos de la casa a hurtadillas, sin despedirnos de nadie, aunque imaginaba que Namir lo quiso así. Seguramente ya su madre sabía lo que estaba ocurriendo y nos dejó ese momento sin despedidas y lo agradecí, demasiado tenía con mantenerme en shock.

Ni siquiera fui consciente del trayecto al aeropuerto, ni de ir en ese avión con destino a mi ciudad. Todo lo hacía automáticamente. Todo lo que Namir me decía, porque lo demás lo hacía él. Con solo mantenerme agarrada de la mano, no soltarme y guiarme, era más que suficiente.

Cuando dejamos la maleta en el hotel de Conil, salí al balcón que daba al mar y miré a la lejanía, a ese lugar infinito donde parecía que el mar se juntaba con el cielo. Era ya de día, no sabía ni qué hora era y no me importaba. Solo en ese momento una sensación de alivio me recorrió el cuerpo.

Alivio porque, por el momento, Namir estaba lejos de su país y fuera de peligro. Pero el miedo seguía martilleando mi cabeza. ¿Realmente estaba bien? ¿Realmente no corría peligro allí?

Noté cómo se acercaba a mí, me abrazó por detrás y yo me dejé caer sobre su cuerpo, apoyando la cabeza en su hombro.

— Estamos a salvo —dijo en mi oído, queriendo tranquilizarme.

Y en ese momento estallé como no me había permitido hacerlo hasta entonces. Comencé a llorar sin control, dejando que todo saliera fuera y que mi cuerpo liberara toda esa tensión que me había mantenido en ese estado de muerta en vida por horas.

Solo en ese momento me permití ser verdaderamente consciente de todo.

Namir me hizo girarme y me abracé a él, enterrando mi cara en el hueco de su cuello.

Me acunó un rato, allí, de pie. Hasta hacer que nos moviéramos y termináramos los dos tumbados en la cama, abrazados, mientras él me consolaba y yo intentaba dejar de llorar.

— Nada de esto tenía que haber pasado —dijo apesadumbrado.

Me limpié las lágrimas, respiré profundamente y levanté la cabeza para mirarlo a los ojos. Veía el dolor y la culpabilidad en ellos y eso me mataba más aún.

— Estamos a salvo aquí —dije repitiendo sus palabras, dejando a un lado todo lo que yo sentía y evitando, si podía, que la culpa se adueñara de él.

— La primera vez que te vi, luché conmigo mismo. Sabía que yo no era bueno para ti, pero no pude mantenerme alejado. Era más fuerte que yo, te quería cerca. Conmigo.

— Namir ...

— No, déjame hablar, por favor —me pidió y yo asentí con la cabeza, entendía que quizás eso lo ayudaría, soltar todo lo que llevaba dentro—. Me dije muchas veces que mi mundo no era para ti. Ni para nadie. Sabía a lo que me dedicaba y aunque sabía también que terminaría con todo eso tarde o temprano, en el momento en que apareciste en mi vida, hiciste que ese momento se acercara más rápidamente.

— Lo habrías dejado de todas formas.

— Sí, supongo. O quizás no, quizás nada hubiera valido tanto la pena, no lo sé...

— Lo que está pasando no es tu culpa.

- Sí lo es, claro que es mi culpa. Sé que me quieres, pero la verdad es la verdad, Ariadna. Son las consecuencias del mundo en el que me muevo. O en el que me he estado moviendo hasta ahora. Nos creemos poderosos, invencibles. Y quizás lo somos porque compramos el poder y la protección. Pero a la hora de enfrentarnos con alguien de nuestro “círculo” ... ¿De qué sirve eso? Te puso en peligro –dijo con la voz torturada.
- Tú eres el que está en peligro y eso me mata, Namir –lloré de nuevo, acariciando su cara.
- Cuando te dejé en Chaouen, tuve mucho miedo. Sabía que nadie te haría nada, estabas muy protegida. Pero... El miedo existía. No llegaba el momento de tenerte de nuevo entre mis brazos.
- Eso ya pasó, ya estamos aquí. Estamos a salvo, ¿no? –pregunté mirándolo a los ojos.
- Sí –dijo convencido y fue como quitarme un gran peso de encima, era sincero—. Sí lo estamos. Mis hombres lo encontrarán, todo esto terminará y podremos volver allí.
- Y si no... Pues nos quedamos aquí, pero no volverás a correr peligro, ¿me oyes?

Afirmó con la cabeza y me dio un beso que me dejó temblando.

- No tienes que culparte, Namir. Yo también elegí estar a tu lado, obviando incluso todo eso. Porque el amor que te tengo es así. E iré al fin del mundo, estaré escondida si es necesario, pero tú estarás bien, a salvo, vivo y siempre conmigo, ¿me oyes? –terminé con firmeza, porque era lo que pensaba, no había otro camino para nosotros que no fuera juntos, aunque fuera escondidos del mundo bajo un puente.

- No seas dramática, todo pasará –dijo haciéndose el gracioso, quitándole hierro al asunto.

Resoplé, pero a pesar de todo, terminé riendo y abrazada a él.

- Namir, hay algo que no entiendo. ¿Vendiste las tierras?

— Sí.

- ¿Entonces por qué...?

- ¿Por qué me busca?

— Sí...

- Bueno, yo en realidad ya no tengo nada que ver, pero claro, él vino buscando mi cabeza. Y con gente así, en un momento así, no te puedes poner a hacerlo reaccionar. Yo hice lo que te dije, no te mentí, el negocio está vendido, ya no es mío. Pero las amenazas existen, el riesgo está. Y hasta que mis hombres no lo encuentren y terminen con su sed de venganza contra mí, la persona incorrecta, no podremos estar a salvo.

- Entiendo...

Lo hacía, más o menos. Suponía que eso de encontrarlo para hacerlo entrar en razón no era una opción, sino que sería algo drástico, acabar con él. Pero no quería preguntar sobre eso, no quería saber más nada.

En ese momento solo me importaba que estábamos a salvo. Que él estaba a salvo y a mi lado.

Lo demás... Confiar en que sabría terminar con todo aquello que amenazaba su vida y nuestra felicidad.

Pasamos el día descansando, lo necesitábamos. Al día siguiente nos montamos

en el coche de alquiler y fuimos a ver a mi hermano. Cuando lo abracé, se me vino de nuevo el mundo encima, recordé la pérdida de mi madre y el dolor y el vacío tan grande que había dejado en mí y se me cayó todo.

No le contamos nada, obviamente. Le dijimos que habíamos ido unos días de vacaciones y para verlo a él. Estaba muy bien, seguía adelante con su vida y se le notaba muy contento y yo me alegré infinitamente de verlo así, de nuevo con la sonrisa en su rostro. Aunque el simple hecho de vernos el uno al otro nos trajera a la mente todo el dolor por la pérdida repentina de nuestra madre.

Los días pasaban y yo me relajaba un poco. Era mi país, me sentía segura en él. Y Namir no se separaba de mi lado. Si en algún momento me sentía nerviosa, me abrazaba e intentaba desviar mi mente de lo que fuera que estuviera pensando.

Aunque él sabía bien en qué me concentraba. En que él, habláramos de ello o no, aún seguía en peligro. Y eso no me gustaba. Ni me hacía sentir en paz.

Aún así, logré mantenerme todo lo alegre que podía, también porque sabía que él necesitaba verme fuerte, si me veía llorando o con miedo, sería peor para él sobrellevar esa situación.

Hablaba con su gente más de una vez al día, lo mantenían al tanto de todo. Yo, como no entendía nada, esperaba que él me dijera las cosas, pero tampoco me contaba toda la verdad. Un aún nada, para referirse a que aún no lo habían encontrado o alguna frase para decirme que todo acabaría pronto, que confiara en él y que no tardaríamos mucho en poder volver a ese país del que tanto me había enamorado.

Pero a mí, la verdad, es que ya me daba igual dónde estar. Siempre que estuviera con él.

Una semana llevábamos ya por mi tierra, estábamos almorzando a pie de playa, cuando el móvil de Namir sonó.

Se levantó muy serio de su asiento y me hizo señas para decirme que se alejaba. Siempre lo hacía, así que estaba acostumbrada a que hablara lejos cada vez de que podía, era como una muestra de respeto para conmigo.

- ¿Todo bien? —pregunté cuando se sentó de nuevo.
- Sí —sonrió, pero mi percepción me decía que volvía a ocultarme cosas.
- Namir ...
- Se acabó todo, Ariadna. Por fin se acabó...

Lo miré sin entender. ¿Qué se acabó? Si era algo bueno, ¿por qué me lo decía así, tan serio?

De repente me miró, yo iba a levantarme para acercarme a él, pero él se me adelantó. Se levantó, cogió mi mano y jaló de mí hasta tenerme de pie y pegada a su cuerpo. Me besó como si se le fuera la vida en ello y me miró con los ojos brillantes.

Me estaba empezando a preocupar...

- Ven —jaló de mí y fui a preguntarle adónde, o qué estaba pasando o algo para que me explicara cuando él siguió hablando —. Ahora necesito hacerte mía.
- Oh...

Fue lo único que pude decir en ese momento. No iba a quejarme, pero tras eso, tendría que contarme las cosas.

Caí en la cama y lo dejé amarme como quería. Con intensidad, sacando fuera todo eso que necesitaba, poseyéndome hasta el alma. Dejándolo sentirse libre, pero conmigo. Como yo me sentía siempre que estaba con él.

Viva.

- Namir ... —acaricié su pecho. Estaba recostada sobre él después de hacer el amor, acariciando y jugando con su vello mientras mi respiración aún seguía acelerada por el último orgasmo que me dio.

— No sé ni cómo expresar lo que siento...

Sonreí, porque por la manera en que me había hecho suya, yo podía tener una ligera idea de cómo se sentía, y no era necesario explicarlo con palabras.

— ¿Quién te llamó? —pregunté.

— Somos libres... —suspiró. Levanté la cabeza y lo miré— Tuvo un accidente de tráfico, murió en el instante. Mis hombres se acaban de enterar, ya confirmaron que falleció.

Lo miré esperando que en mi cara no se notara que no me lo creía. Estaba claro que todo era demasiada casualidad, que sus hombres... No quería ni pensarlo y la verdad es que después del miedo que había sentido y del temor por su vida, ni siquiera quería saber la verdad. No quería saber si lo habían matado, él no necesitaba decírmelo tampoco.

— ¿Libres para volver? —pregunté dejando el tema de lado.

Noté agradecimiento en su mirada por no hacer preguntas ni elucubraciones, y jamás lo haría, ya todo eso era pasado y me importaba poco lo que hubiera ocurrido en realidad.

Yo conocía bien a ese hombre que me tenía entre sus brazos y eso era lo único que me importaba.

— Libres para siempre —dijo emocionado.

Esas palabras tenían mucho significado y las lágrimas comenzaron a salir de mis ojos.

— Namir ...

— No, no quiero verte llorar nunca más —secó mis lágrimas con sus pulgares y me besó—. Solo quiero verte reír.

- Pero lloro de alegría –sonreí.
- Pues ni eso. Estamos bien, juntos, libres de todo ese mundo... Nada amenazará nuestra felicidad.
- Mmmm... –ronroneé, esperando quitarle un poco de hierro al asunto—  
¿Eso significa que vamos a tener una vida aburrida?
- ¿Aburrida? –enarcó sus cejas y sonrió –Te voy a dar yo aburrimiento a ti.

Empecé a reírme cuando me giró y se puso sobre mi cuerpo, su erección ya buscando entrar en mí para volverme a hacer gritar de placer.

No salimos de la cama en todo el día, celebrando, a nuestra manera, que por fin volvíamos a ser libres y podíamos regresar a su país.

Al día siguiente volvimos a ver a mi hermano, me despedí de él y le prometí ir a verlo pronto. Namir y yo nos montamos en el ferry que nos llevaría de vuelta a esa tierra soñada una vez más.

En el barco, con su mano entrelazada con la mía, cerré los ojos, sintiéndome por fin en paz. Desde que lo había conocido todo fue una aventura vertiginosa y loca y gracias a Dios, toda esa locura que nos puso en peligro había terminado.

Volvíamos sanos y salvos, juntos, con ganas de empezar una nueva vida. Con proyectos por llevar a cabo y, lo que era más importante. Juntos.

Pero no aburridos, eso seguro. Toda nuestra historia no acababa más que comenzar y yo sabía que aunque su pasado ya estaba más que enterrado, la vida junto a ese hombre del que me enamoré por casualidad iba a ser de todo menos aburrida.

Que nuestra historia no había hecho más que comenzar.



## Capítulo 32

Hogar, dulce hogar...

Su mamá nos recibió como si no hubiera un mañana, estaba emocionada, lloraba, nos abrazaba, besaba, con una sonrisa de felicidad que no se le borraba de su rostro.

– Dice que es la mujer más feliz del mundo –tradujo Namir a su mamá –, que está feliz de tener a sus dos hijos hoy aquí –siguió traduciendo.

– Shukram –dije mirando a Zulema muy de carca, nos tenía abrazados.

Su mamá nos preparó un té mientras Namir la ponía al día, yo me puse a hablar con mi hermano por mensajes, dejando que ellos hablaran más rápidamente sin necesidad de traducir todo.

“Hermana, te vi muy feliz y enamorada.”

Una sonrisa inundó mi cara y Namir miró a la pantalla mientras seguía hablando con la madre, así que aproveché y escribí concienzudamente para que supiera lo que mi corazón sentía.

“Tino, te puedo garantizar que es la persona que amo, que quiero, añadiendo que este país lo siento mío y quiero vivir aquí, me sería muy difícil dejar esto.”

Esta vez noté que el que sonreía era Namir. Esperé a que contestara mi hermano.

“Construye tu familia donde tu corazón te pida, estoy muy feliz de verte así y mamá estará muy contenta donde quiera que esté.”

Me vino en ese momento a la mente que si mi madre vio por todo lo que había pasado y me había metido en lo que eran mis vacaciones, no debía de haberlo pasado bien. Quise quitarme eso de la mente y contesté a mi hermano.

“Tienes que venir a Marruecos...”

Era lo que deseaba, enseñarle ese país desde mis ojos.

“Te prometo que iré. Te quiero, hermana.”

Suspiré, era lo único que tenía de sangre cercana y estaba lejos, leer que me quería me reconfortaba.

“Yo también te quiero.”

Miré a Namir y seguía con los ojos puestos en la pantalla, además de seguir charlando con su madre.

Tras tomarnos el té nos fuimos a la habitación.

– Esta noche te voy a llevar a cenar a un sitio muy bonito –me guiñó el ojo y acarició mi mejilla.

– E intuyo que ahora no me vas a decir adónde... – puse los ojos en blanco.

– Ven –me empujó hacia él, estaba sentado en el filo de la cama y me sentó sobre él –No soy tan misterioso como te piensas, pero imagínate sentir que puedes solucionar algo para estar por fin siempre juntos y sin problemas de nada, pues yo prefiero hacerlo bien y no dar explicaciones.

– Pues no lo entiendo, yo podía haberte ayudado en muchas cosas –me crucé de brazos y él sonrió.

– ¿¿¿Tú?? –me abrazó fuerte y rio.

– No te rías –protesté.

– No me reiría de ti nunca, pero hay cosas que llevan su tiempo, te recuerdo que irrumpiste mi vida para ponerlas en poco tiempo patas arriba –dijo apretando mi nariz.

– O tú la mía, no me seas chulo que yo también tenía una vida –le hice gesto sarcástico.

– Ponte guapa y sin bragas...

– ¿¿¿Qué dices??? ¿¿¿Has fumado???

– ¡A la ducha! –dijo levantándome y dándome una palmada en el culo.

– No pienso ir a ningún sitio sin mis bragas y hoy me voy a poner las de cuello alto –saqué la lengua y me metí en el baño.

¿Y para que quería este llevarme a cenar y sin bragas? Capaz de hacerme lo mismo que en su casa de Abu Dhabi, que mientras comimos en la piscina se metió por debajo de la mesa y me introdujo algo. Sonreí al recordarlo.

Entró unos minutos después y se metió en la ducha, yo ya me había salido y me estaba secando.

– Espérame en la cama, no te vistas.

– ¿Me vas a dar el día hoy?

– ¡A la cama! –dijo sacando la mano debajo del agua y señalando la puerta.

– ¿Le espero en alguna postura en particular? –dije con ironía.

– Boca arriba, piernas flexionadas y abiertas –salió y se lio en una toalla para secarse.

– Namir...

– A la cama –ordenó.

– Pues no me da la gana de abrirme de piernas –saqué la lengua y me marché.

Ahí estaba yo, tal como había ordenado, al fin y al cabo era lo que deseaba...

– Muy bien –dijo secándose el pelo y otra toalla sobre su cintura –. Tócate – arqueó sus ojos hacia mis partes.

– ¿Yo aquí sola mientras tú me miras y te secas el pelo?

- Aja –volvió a levantar los ojos en señal de que comenzara.
  - ¿Así? –me mordí el labio mientras hacía círculos en mi clítoris.
  - No pares –se acercó y se agachó empujando mis caderas hacia el filo y metiéndome bruscamente dos dedos.
  - Auch.
  - Sigue... – metía y sacaba sus dedos fuertemente y sin parar.
- Gemí como loca, chillé, llegué al orgasmo.
- Eres un malvado –dije señalándole para que se tirara a mi lado.
  - Levanta y vístete, nos vamos...
  - ¿Y tú?
  - Yo estaba relajado, yo no necesitaba el orgasmo –sonrió.
  - Serás...
  - Por cierto, ya sí puedes llevar las bragas, era porque te iba a hacerte correr por el camino en el coche, pero vi que era mejor tranquilizarte antes –me guiñó el ojo y yo le hice un gesto burlón.
- Solté una carcajada mientras negaba con la cabeza, no podía con él.
- Si no fuera porque eres tan así, no estaría contigo –puse los ojos en blanco.
  - ¿Qué es tan así?
  - Tan tú...
  - ¿Tan yo?
  - Paso, en el fondo sabes lo que quiero decir –dije poniéndome el vestido negro de cuello de barco y mis tacones negros.
  - Estás preciosa –se mordió el labio.

– Eres un capullo...

– ¡Vamos! Me muero del hambre.

– Te encanta cambiar los temas bruscamente, señor misterio –sonreí falsamente.

Salimos hacia su coche, nos esperaba Hashim, nos llevó a las afueras de Fez, a un palacete, un lugar indescriptible, típico de fiestas americanas donde el lujo y la impecabilidad eran palpable en todo momento.

Nos recibieron con unas copas de champán, luego nos indicaron la mesa asignada, para cuando nos apeteciera sentarnos, pero antes nos quedamos por el jardín en un rincón tomando la copa.

Notaba que la gente nos miraba.

– ¿Tenemos monos en la cara?

– Tú no, pero yo sí –me guiñó el ojo.

– ¿Te conocen?

– La mayoría –dijo chocando su copa con la mía.

– Allí hay dos que no paran de cuchichear mirando para acá –dije disimulando.

– Las vi al entrar, las hijas del Doctor Asad... –sonrió.

– ¿No las saluda? –pregunté con ironía –Lo mismo así dejan de mirar...

– No suelo saludar, todos me conocen pero pocos han hablado conmigo – dijo con indiferencia.

– Te gusta imponer...

– No me conoces entonces –me guiñó el ojo.

– Tú estás encantado de conocerte –sonreí.

– Estoy encantado de conocerte a ti, no se te olvide –me guiñó el ojo.

Un camarero vino a retirar nuestras copas y reemplazarlas por otras.

– ¿Ahora qué?

– ¿Qué de qué?

– Qué vamos a hacer a partir de ahora...

– Eso lo hablaremos allí –señaló a la mesa donde íbamos a cenar, un rincón perfecto debajo de un árbol y con un farolillo alumbrando.

– Pues vamos –dije andando rápidamente para que no me parara, necesitaba que largara por la boca.

Nos sentamos y un camarero vino a traer una botella de vino, pidió permiso para retirar el champan.

– Ariadna. ¿Quieres saber mis planes?

– Sí –dije en tono nervioso.

– Quiero casarme contigo, ya, el mes que viene, que seas mi mujer, tenerte a mi lado para siempre, que vivamos en Fez, vayamos a Abu Dhabi, a Chefchaouen que creemos una familia y que yo te vea sonreír sin miedo a nada.

– Namir...

– Déjame terminar –dijo sonriendo y tocando mi mano –. ¿Te atreves a casarte conmigo dentro de dos semanas? –sacó otro precioso anillo, el segundo que me ganaba en ese tiempo, sonreí y toqué las palmas emocionada.

– ¡¡¡Sí!!!

– ¿Así que te quieres venir a vivir a mi país? –sonrió.

– Contigo al fin del mundo, pero amo tu país. ¿Puedo preguntarte algo? –puse cara de miedo.

– Adelante –dijo.

– ¿Por qué yo pudiendo tener un abanico de posibilidades? –me daba miedo su respuesta, pero necesitaba quitarme esa pregunta que día tras día rondaba mi cabeza, desde que lo conocí.

– Sabía que me lo ibas a preguntar...

– ¿En serio?

– Claro, sé que tienes ese miedo, yo también lo tengo, imagínate el peso de hacerte ver que era narco, eso me mataba, pensaba que porque te ibas a quedar a mi lado pudiendo tener a cualquier hombre a tus pies.

– Ya, pero tú eres...

– No, yo soy una idealización de tu cabeza, yo soy uno más, que tú has creado en tu mente algo como que estoy por encima de todo y no es así, una cosa es que tenga todo lo que he conseguido legal o ilegalmente, pero el poder no da elección y déjame decirte que he conocido mil mujeres, me acosté con un gran porcentaje de ellas, pero nunca nadie me arrastró más allá, por mucho que lo intentaran.

– ¿¿¿Y???

– Y entonces llegaste tú, te vi en el barco fumando, mirando al mar y cambiaste mi vida...

– ¿Pero qué viste para que fuera así?

– No lo sé, el amor no se sabe por qué lado viene, el amor llega con un solo gesto, una sola palabra, por mucho que lo busquemos no vamos a llenarnos tanto como cuando aparece sin más.

– Y tuve que ser yo...

– Aja... Si te cuento un secreto, llevaba mucho tiempo queriendo sentir esto, hablaba con chicas, intentaba ilusionarme, pero seguía igual de vacío y tiraba la toalla, no me motivaban a querer transformar mi vida y tú has conseguido

que lo quiera todo contigo, que no me imagine una vida sin ti y que eres el motivo de las mayores de mis sonrisas.

– Tenía miedo, pero mereció la pena todo lo que pasé y tuve que esperar para estar ahora así contigo.

– Ya estás conmigo, ahora todo será diferente, tienes esta semana para buscar vestido de novia, todo lo demás me encargo yo –decía acariciando mi mano.

En ese momento comenzó a caer lágrimas por mis mejillas, me acordé de mi madre, esa que me hubiera gustado en estos momentos llamar y dar la noticia.



## Capítulo 33

Preparando...

Esa semana estaba de los nervios, casi todas las tiendas de vestidos de novias internacionales y no tenía claro cuál quería, ninguno me había convencido lo suficiente.

— Ariadna...

— Dime, Nahla –dije saliendo con otro modelito que no me gustaba nada.

— Nos vamos a España – dijo con gesto de aligera y sal de ahí.

— ¿A España?

— Sí, ahora mismo...

— ¿Ahora?

— Te espero fuera fumando un cigarro –dijo poniendo los ojos en blanco.

La chica de la tienda me miró a lo lejos, ya pasaba de mí, me cambie, puse el vestido en el colgador del vestidor y salí afuera mientras sacaba el tabaco.

- ¿¿¿A España??? –volví a preguntar al verla.
  
- ¿En qué idioma hablas? – negó con la cabeza riendo –Allí sé que vamos a encontrar más a tu gusto, he llamado a Namir y nos da permiso para que nos vayamos a tomar por culo –sonrió sarcásticamente.
  
- A mí ese no me tiene que dar permiso –dije chulescamente –, pero lo de mandar a tomar por culo... ¡Nos vamos! –solté una carcajada.
  
- Es broma lo de España, era para joder a la dependienta que estaba al loro y me caía fatal –se descojonaba de la risa.
  
- Entonces lo de iros a tomar por culo... – lloré de la risa por solo haber imaginado, siquiera, que él lo había dicho...
  
- Indudablemente, no lo dijo él, ni yo hablé tampoco –hizo una mueca.
  
- No entiendo cómo no me puede gustar ninguno...
  
- Lo que no entiendo yo es cómo se puede ser tan gilipollas y estar atendiendo en una boutique de novias – dijo refiriéndose a la dependienta.

- Va, que le den, esa no folla a menudo – dije bromeando.
- Ni yo, pero mira qué cara de felicidad tengo – sonrió.
- Eres un caso aparte – puse los ojos en blanco –. A este paso me caso como estoy imaginando...
- ¿¿¿Cómo???
- Necesitamos irnos a España y de verdad, aquí es imposible conseguir un modelo así, no es el país acorde, ¡vamos!
- ¿No es el país acorde?
- Aja... – le hice un gesto para meternos en el coche.
- ¿Y cuándo nos vamos a España?
- Mañana por la mañana.
- ¿Pero así sin anestesia?
- Así mismo...

Conduje hasta la casa, entré como alma que lleva el diablo, mi futuro esposo estaba tomando el sol en la piscina y Nahla me seguía hasta él.

- Mañana me tengo que ir a España urgente – dije dando un trago a la cerveza que tenía –, con ella – señalé a Nahla que se encogía de brazos.
- ¿Te has metido a narco? — bromeó levantando la cabeza.

- Efectivamente y mañana tengo que ir a traer una mercancía – dije levantándome para coger dos cervezas de la nevera del bar de la barra de la piscina.
  
- Algo estás haciendo mal, normalmente sale la mercancía de aquí, no se trae lo que se sacó – sonrió.
  
- Bueno pues yo hago lo que me da la gana, yo voy a traerla – sonreí mientras le daba una a Nahla.
  
- Vale, yo os llevo.
  
- Sabemos ir solitas...
  
- No, os voy a llevar yo, mientras que recoges lo que quieras, yo os espero tomando algo.
  
- Chicos – llegó la madre de Namir con una bandeja de pan tostado con carne y miel, en plan tapas.
  
- Gracias – dije dándole un beso en la cara –. Tiene muy buena pinta.
  
- Ya te entendió – dijo bromeando mi chico.

Nahla se despidió un rato después, quedamos en recogerla al día siguiente muy temprano para salir para Sevilla, donde iríamos desde Fez, ya Namir había cogido los billetes de avión online.

Esa noche nos acostamos rápido, yo sabía que ya encontraría lo que quería, la diseñadora que tendría lo que buscaba y me acosté con la ilusión de volver con el traje de mis sueños.

Despertamos y tomamos un café rápido, salimos a por Nahla y de ahí para el aeropuerto, donde una hora después de montarnos en el avión, estábamos aterrizando en Sevilla.

Un coche nos esperaba, nos montamos y le indiqué donde nos llevaría, cuando llegamos una chica nos recibió ofreciéndonos un té o un café.

- Así da gusto – dijo recordando a la de ayer.
- Menos mal – sonreí –, se refiere a que ayer no nos atendieron muy bien en otro sitio – dije a la chica.
- Bueno, aquí os trataremos como os merecéis – sonrió.

No dejé ver nada a Nahla, hasta que salí con el traje puesto de mis sueños, ella me miró y se le saltaron las lágrimas...

- No, esto es imposible encontrarlo en mi país – sonrió – pero vas a estar brillante y es una pasada, suerte tienes en poderlo lucir.

Listo, traje de novia comprado y salí con él en las manos, mi talla, perfecto todo y en mis manos.

Namir sonrió al verme con la gran bolsa, lo pusimos en el coche que nos esperaba, fuimos a comer por la capital andaluza y de allí para el aeropuerto, de vuelta a Fez con mi vestido de novia a cuestas.

## Capítulo 34

### La boda

Llegó el esperado día, por fin se hacía realidad mi sueño, casarme con el hombre por el que había luchado y había merecido la pena todo.

Me planté mi vestido con la ayuda de Nahla, ya me había peinado y maquillado, al mirarme se echó a llorar.

- Estoy muy nerviosa – dije mirándome al espejo.
- Estás impresionante – escuché a mi hermano emocionado al entrar para llevarme de su brazo.
- Es una preciosidad – dijo Nahla.
- Van a alucinar los invitados, que, por cierto, debe haber unos quinientos – dijo poniendo los ojos en blanco.

Agarré a mi hermano del brazo, cogí aire, volví a mirarme al espejo, mi vestido sin velo, de tirantes, con escote en v, pegado hasta la cadera donde ya salía la parte de abajo con una cola impresionante con volantes preciosos haciendo brillar a ese vestido de novia de flamenca que llevaba. La raya del pelo en medio, estirado y terminado en un roete con forma de media castañuela que iba con un pasador de plata vieja. Los labios y uñas pintados en rojo.

Nerviosa, en aquel lujoso hotel de Sicilia, donde se habían trasladado centenas de invitados de todas las partes del mundo.

Cuando salí por la puerta al jardín donde estaba él en el altar ya esperando, todos los invitados se giraron y se escuchó un susurro multitudinario de impresión al verme, tan a lo español, a Namir se le dibujó una sonrisa que jamás podré borrar de mis retinas.

- Eres la novia más bonita del mundo – dijo al llegar a él.

— Gracias, tú también estás impresionante.

Su mamá que estaba a su lado me miraba emocionada y haciéndome gestos de que estaba guapísima.

La ceremonia fue rápida, por deseos de nosotros, una boda internacional por lo civil, al terminar nos dieron dos copas de Champagne a nosotros y todos los invitados.

— Quiero decir algo – dijo Namir ante mi asombro –. Hoy es el día más importante de mi vida, hoy la he hecho mi mujer, este momento con el que tantas veces soñé. Encontrar al amor no era algo que lo tuviera fácil, compartir mi vida con alguien tenía que ser desde los sentimientos, esos que nadie consiguió remover, hasta que llegó ella. – Un murmullo de emoción se escuchó entre los invitados. A mí comencaron a caerme las lágrimas –. Quiero decir que encontré a la persona que quiero que me acompañe en el viaje de mi vida a partir de ahora, esa que me haga sentir que tengo una familia y que deseo con ella todo, todo lo que siempre soñé pero que nunca veía cerca, ahora lo tengo todo, ahora te tengo a ti y te quiero para siempre.

Los invitados empezaron a aplaudir y nosotros nos fundimos en un precioso beso entre lágrimas.

— Ahora me toca hablar a mí y eso que en estos casos no se me da bien – le saqué la lengua y los invitados rieron –. Quiero decir que no lo conocí como podía haber conocido a otro hombre, que fue cuando menos lo esperaba y cuando menos lo busqué. Mi mundo cambió de la noche a la mañana, ya todo giraba en torno a él – dije mirándolo entrecortada –, tuve muchos miedos e inquietudes, era de otro continente, cultura y una vida muy diferente a la humilde vida que yo llevaba en España. Pensé que esto no llegaría a ninguna parte, aunque

me dolía pensarlo, pero no entendía qué podía tener yo que no le hubiera dado otra.

- Aún no se entera de que es ella todo lo que quería – irrumpió Namir mientras ponía los ojos en blanco.
  
- Déjame acabar – reí –. Que ahora soy la mujer más feliz del mundo y que sobre todo aprendí que tenía razón, que no era un capricho y que un verdadero hombre si te pide estar a su lado, no lo hace para luego darte dos patadas – le sonreí –, con todos esos valores y con toda tu ausencia, quiero que sepas que quiero estar contigo todos los días de mi vida, aunque tuviera que pasar muchas cosas que nunca imaginé y que tú y yo sabemos.

Rompí a llorar, era feliz, estaba ahí, me había convertido en la mujer del hombre que me había enamorado cuando menos lo esperaba, poniéndome a prueba hasta cuánto aguantaría por amor, con el resultado de estar aquí y ahora.

Junto a él.

Para siempre.



